COLECCION AMBOS MUNDOS

LA BOHÈME

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA DE

EMÜRGER

Precio: UNA peseta

Tomo I.

LA BOHÈME

BIBLIOTECA AMBOS MUNDOS

Se han publicado las obras siguientes:

La Bohème, por Murger (2 tomos).—2.ª edición.
El Crepúsculo, por Jorge Ohnet.—2.ª edición.
Indiana, por Jorge Sand.
Mimi Pinson, por Alfredo de Musset.
La Mujer de treinta años, por H. de Balzac.
Los Mineros de Polignies, por Elías Berthet.
Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira, por Julio Claretie.
El Capitán Richard, por A. Dumas (padre).
Roma bajo Nerón, por I. J. Kraszewski.—(3.ª edición).
Dosia, por Enrique Gréville.
Renata Mauperin, por E. y J. de Goncourt.
El Ultimo Ateniense, por Victor Rydberg.
El Libro de los Snobs, por W. M. Thackeray.
Las Lágrimas de Juana, por A. Houssaye.
Margot, por A. de Musset.—(Agotada).
Una Entretenida, por A. Houssaye.
Cuentos al oído, por A. Silvestre.
La Modelo, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).
La Pecadora, por Arsenio Houssaye.

EN PREPARACIÓN

El Cura de Longueval, por F. Halévy.
Colomba, por Próspero Merimée.
Espíritu, por Teófilo Gautier.

LA BOHÈME

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA

POR

ENRIQUE MÜRGER

TRADUCCIÓN

DE

Francisco Casanovas

ILUSTRADA CON 17 MAGNÍFICAS LÁMINAS EN COLORES Y VIÑETAS EN NEGRO

POR

GASPAR CAMPS

Tercera edición

TOMO I

BARCELONA

F. GRANADA Y C.ª, EDITORES

CALLE DE LA DIPUTACIÓN, 344

1907

Tip. El Anuario de la Exportación, Paseo de S. Juan, 54
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

INDICE

	Págs.
Al lector.	VII
Prefacio.	IX
I.—Como fué instituído el Cenáculo de la Bohemia.	27
II.—Un enviado de la Providencia.	71
III.—Los amores en Cuaresma.	81
IV.—Ali-Rodolfo, ó el turco por fuerza.	93
V.—El escudo de Carlomagno.	105
VI.—Musette.	117
VII.—La corriente del Pactolo.	127
VIII.—Lo que cuestan cinco francos.	143
IX.—Las violetas del Polo.	157
X.—El Cabo de las Tormentas.	169
XI.—Un café de la Bohemia.	181
XII.—Una recepción en la Bohemia.	195

AL LECTOR

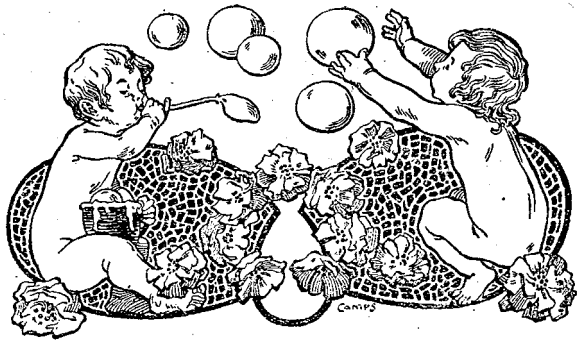
El éxito alcanzado por la ópera LA BOHÈME, *éxito que ha repercutido en todas las naciones de ambos mundos, nos ha impelido á dar al público la preciosa novela de Enrique Mürger, de la cual extrajeron los principales elementos, los compiladores del libreto italiano, Giacosa é Illica.*

Más de medio siglo cuenta la interesante novela que con tanta fidelidad retrata las costumbres de una parte de la sociedad, quizás la más intelectual, en la que, con apariencias de humorismo frívolo y alegre, palpitan las más dramáticas sensaciones de amargura y dolor. Por esto, como todas las obras que contienen un hondo sentimiento de humanidad, su pintura es eterna, como eternas son las pasiones humanas que reproduce; y, semejante á los buenos vinos, cuanto más se amontona sobre ella el polvo de los años, más excelente parece á la opinión de la posteridad.

Por nuestra parte, no hemos reparado en sacrificios para presentarla con el debido esplendor, ya bajo el punto de vista material y artístico, ya cuidando con fidelidad la traducción que sigue íntegramente el original.

Esperamos que el público sabrá apreciar nuestros propósitos, que no son de lucro, dadas las condiciones económicas de la obra, bastándonos, para nuestra satisfacción, el haber contribuído á enaltecer la memoria del gran novelista Enrique Mürger.

EL EDITOR.



PREFACIO

Los bohemios de quienes vamos á tratar en este libro, no tienen punto de contacto con los bohemios que los dramaturgos de arrabal han confundido con los ladrones y asesinos. No se reclutan tampoco entre los domadores de osos, los tragadores de sables, los vendedores de cadenas de seguridad, los maestros fulleros, los agiotistas de la pequeña banca, y otros mil industriales misteriosos y vagos cuya principal industria consiste precisamente en no tener ninguna, hallándose siempre dispuestos á hacerlo todo, menos el bien.

La Bohemia objeto de este libro no es una raza nacida hoy, sino que ha existido en todos tiempos y en todas partes, y puede reivindicar ilustres orígenes. En la antigüedad griega, sin remontarnos más allá en esta genealogía, existió un bohemio célebre que vivía al día, recorriendo las campiñas de la floreciente Jonia, comiendo el pan de la limosna y deteniéndose por la noche para suspender en el hogar de la hospitalidad, la lira armoniosa

que había cantado los *Amores de Elena* y la *Caída de Troya*. Descendiendo la escala de las edades, la Bohemia moderna encuentra antepasados en en todas las épocas artísticas y literarias. Durante la edad media continúa la tradición homérica con los músicos y trovadores ambulantes, los hijos de la gaya ciencia, todos los vagabundos melodiosos de las campiñas de la Turena; todas las musas errantes que, llevando á la espalda el zurrón del pordiosero y el harpa del trovador, atravesaban, cantando, las llanuras del hermoso país donde debía florecer la eglantina de Clemencia Isaura.

Durante la época que sirve de transición entre los tiempos caballerescos y la aurora del renacimiento, la Bohemia continúa recorriendo todos los caminos del reino, y empieza á mostrarse ya por las calles de París. Allí aparece maese Pedro Gringoire, el amigo de los pordioseros y el enemigo del ayuno; flaco y hambriento cuanto puede estarlo un hombre cuya existencia se resuelve en una larga cuaresma, cruza las calles de la ciudad, con las narices al aire, semejante á un perro que husmea, oliendo los perfumes de los figones y de las cocinas; sus ojos, ávidamente glotones, hacen adelgazar, con sólo mirarlos, los jamones colgados en los garfios de las choricerías, mientras que en su imaginación, ya que no en sus bolsillos, hace sonar ¡ay! los diez escudos que le han prometido los señores magistrados municipales, en pago de la *muy piadosa y muy devota farsa* que ha compuesto para el teatro de la sala del Palacio de justicia. Al lado de esta silueta doliente y melancólica del enamorado de Esmeralda, las crónicas de la Bohemia pueden evocar á un compañero de un humor menos ascético y de aspecto más regoci-

jado; maese Francisco Villón, el amante de *la hermosa que fué comadre*. Era el poeta vagabundo por excelencia, y en su poesía, pomposamente imaginada, á causa sin duda de ciertos presentimientos que los antiguos atribuían á sus vates, asomaba una constante y singular preocupación, la de la horca, cuya corbata de cáñamo estuvo á punto de ceñir el cuello de Villón, una vez que quiso ver más de cerca de lo que era lícito el color de los escudos del rey. Aquel anciano Villón, que más de una vez hizo echar los bofes á los esbirros lanzados tras de sus trapacerías, aquel huésped bullanguero de las zahurdas de la calle de Pedro Lescot, aquel parásito de la corte del duque de Egipto, aquel Salvador Rosa de la poesía, rimó elegías cuyo hondo sentimiento y acento sincero, conmueven á los más empedernidos y hacen olvidar al malandrín, al vagabundo y al licencioso, ante aquella musa que vierte el raudal de sus propias lágrimas.

Por lo demás, entre los escritores poco conocidos cuyas obras han sido estudiadas por los que creen que la literatura francesa no empieza sólo desde el día en que «vino Malherbe», Francisco Villón ha tenido el honor de ser uno de los más desbalijados, hasta por las eminencias del Parnaso moderno. ¡Cuántos y cuántos han caído sobre el campo del pobre y han acuñado moneda de gloria con su humilde tesoro! Más de una balada escrita en el guardacantón de la esquina, debajo del alero, en una fría mañana de invierno, por el rapsoda bohemio; más de cuatro estrofas amorosas improvisadas en el tugurio en donde *la hermosa que fué comadre* desabrochaba su dorado ceñidor ante cualquiera que la solicitara, aparecen hoy, meta-

morfoseadas en galanterías de salón, oliendo á almizcle y ámbar, en el álbum blasonado de alguna aristocrática Cloris.

Pero he aquí que llega el gran siglo del renacimiento. Miguel Angel sube los andamios de la Sixtina y mira con inquietud al joven Rafael que asciende la escalera del Vaticano, con los cartones de las Logias bajo el brazo. Benvenuto medita su *Perseo,* Ghiberti cincela las puertas del Baptisterio al mismo tiempo que Donatello engasta sus mármoles en los puentes del Arno; y entre tanto que la ciudad de los Médicis lucha en obras maestras con la ciudad de León X y de Julio II, Ticiano y Veronés ilustran la ciudad de los Dux ; San Marcos lucha con San Pedro.

Aquella fiebre de genio, que acaba de estallar de pronto en la península italiana con una violencia epidémica, extiende su glorioso contagio por toda Europa. El arte, rival de Dios, marcha al par de los reyes. Carlos V se baja á recoger el pincel de Ticiano, y Francisco I hace antesala en la imprenta donde Esteban Dolet corrige tal vez las pruebas de *Pantagruel.*

En medio de esa resurrección de la inteligencia, la Bohemia continúa buscando, como hizo anteriormente, su alimento y su madriguera, según la expresión de Balzac. Clemente Marot, que llega á ser familiar en las antesalas del Louvre, alcanza, aun antes de que llegue á ser la favorita de un rey, los favores de aquella hermosa Diana cuya sonrisa iluminó tres reinados. Del gabinete de Diana de Poitiers, la Musa inconstante del poeta pasa al de Margarita de Valois, peligroso favor que Marot pagó con la prisión. Casi en la misma época, otro bohemio, cuya infancia

había sido acariciada por los besos de una Musa épica, en las playas de Sorrento, el Tasso, entraba en la corte del duque de Ferrara como Marot en la de Francisco I; pero menos afortunado que el amante de Diana y de Margarita, el autor de la *Jerusalén* pagaba con la pérdida de su razón y de su genio, la audacia de amar á una hija de la casa de Este.

Las guerras religiosas y las tempestades políticas que señalaron en Francia la llegada de los Médicis, no detuvieron un punto el vuelo del arte. En el momento en que una bala hería, en el andamio de los *Inocentes* (1), á Juan Goujon, que acababa de encontrar el cincel pagano de Fidias, Ronsard encontraba á su vez la lira de Píndaro, y fundaba, ayudado por su pléyade, la grande escuela lírica francesa. A esta escuela de *la primavera,* sucedió la reacción de Malherbe y de los suyos, que desterraron de la lengua todas las gracias exóticas que sus predecesores trataron de nacionalizar en el Parnaso. Un bohemio, Maturino Regnier, fué el que defendió uno de los últimos baluartes de la poesía lírica, atacada por la falange de los retóricos y dramáticos que declaraban bárbaro á Rabelais y obscuro á Montaigne. El mismo cínico Maturino Regnier fué quien, añadiendo nuevos nudos al látigo satírico de Horacio, gritaba indignado al ver las costumbres de su época:

El honor es santo viejo
al que ya no se venera.

(1) Se ha comprobado que Juan Goujon había muerto en Italia mucho antes que ocurriera la matanza de San Bartolomé, y por consiguiente no pudo ser muerto durante la noche fatal del 24 de Agosto de 1572. (Todas las notas de este libro son del traductor).

En el siglo XVII, la lista de la Bohemia contiene algunos de los nombres que figuraron en la literatura de Luis XIII y Luis XIV; cuenta varios miembros entre los ingenios que frecuentan el *hôtel* Rambouillet, donde aquella colabora en la *Guirnalda de Julia;* tiene acceso en el palacio del Cardenal, colaborando con el poeta ministro, que fué el Robespierre de la monarquía, en la tragedia *Mariana.* Cubre de madrigales la calleja de Marión Delorme y corteja á Ninón bajo los árboles de la Plaza Real; almuerza por la mañana en la taberna de los *Glotones* ó de la *Espada Real,* y cena por la noche en la mesa del duque de Joyeuse; y se bate en duelo bajo los faroles, en pro del soneto de Urania contra el soneto de Job. La Bohemia se dedica al amor, á la guerra y hasta á la diplomacia; y en su vejez, cansada de aventuras, pone en verso el Antiguo y Nuevo Testamento, escribe al margen de todas las hojas de beneficios, y, bien nutrida por pingües prebendas, se sienta en una silla episcopal ó en un sillón de la Academia, fundada por uno de los suyos.

Durante la transición entre los siglos décimosexto y décimoctavo, fué cuando aparecieron aquellos dos grandes genios que oponen entre sí las naciones donde vivieron en sus luchas de rivalidad literaria, Molière y Shakespeare: esos ilustres bohemios cuyo destino ofrece tantas semejanzas.

Los nombres más célebres de la literatura del siglo XVIII se encuentran también en los archivos de la Bohemia, que puede citar, entre los más gloriosos de aquella época, á Juan Jacobo y á d' Alembert, el expósito del atrio de Nuestra Señora, y, entre los más obscuros, Malfilâtre y Gilbert; dos

reputaciones inmerecidas: pues la inspiración del uno no era más que el pálido reflejo del pálido lirismo de Juan Bautista Rousseau, y la inspiración del otro, la mezcla de una impotencia orgullosa unida á un odio que no tenía siquiera la excusa de la iniciativa y de la sinceridad, puesto que sólo era el instrumento pagado de los rencores y las cóleras de un partido.

Con esta época cerramos este rápido resumen de la Bohemia en sus diferentes edades; prolegómenos sembrados de nombres ilustres que hemos colocado con toda intención á la cabecera de este libro, para poner en guardia al lector contra toda falsa aplicación que podría hacer preventivamente al fijarse en el nombre de bohemios, atribuído por tanto tiempo á ciertas clases, con las cuales tienen el honor de diferenciarse aquellas cuyas costumbres y lenguaje hemos tratado de describir.

Hoy, como en otro tiempo, todo aquel que desee cultivar las artes sin otro medio de existencia que el arte mismo, tendrá que pasar imprescindiblemente por los senderos de la Bohemia. La mayor parte de los contemporáneos que ostentan los más hermosos blasones del arte han sido bohemios; y, en su gloria tranquila y próspera, recuerdan con frecuencia, tal vez con amargura, el tiempo en que, mientras subían la verde colina de la juventud, no poseían otra fortuna, bajo el sol de los veinte años, que el valor, que es la virtud de los jóvenes, y la esperanza, que es el millón de los pobres.

Para el lector intranquilo, para el ciudadano timorato, para todos aquellos que no encuentran nunca bastantes puntos sobre la *i* de una definición, repetiremos en forma de axioma:

«La Bohemia es el examen de aptitud de la vida artística; es el prefacio de la Academia, del Hospital ó de la Morgue.»

Añadiremos, por nuestra parte, que la Bohemia sólo existe en París y no puede existir más que en París.

Como todo estado social, la Bohemia admite diferentes gradaciones, diversos géneros que se subdividen por sí mismos y cuya clasificación no será inútil que establezcamos.

Empezaremos por la Bohemia ignorada, la más numerosa. Compónese de la gran familia de los artistas pobres, fatalmente condenados á la ley de lo incógnito, puesto que no saben ó no pueden hallar la más ínfima publicidad para atestiguar su existencia en el arte, y probar con lo que son lo que podrían llegar á ser mañana. Estos forman la raza de los obstinados soñadores, para quienes el arte es más bien una fe que un oficio; hombres entusiastas, convencidos, á quienes basta la vista de una obra maestra para causarles la fiebre, y cuyo leal corazón late con violencia ante todo lo bello, sin averiguar el nombre del maestro y de la escuela. Esta bohemia se recluta entre los jóvenes de quienes se dice que prometen, y entre los que realizan lo prometido, pero que, por negligencia, timidez ó ignorancia de la vida práctica, se imaginan que lo han dicho todo cuando han terminado la obra, y esperan que la admiración pública y la fortuna entre por su casa con escalo y con fractura. Viven, por decirlo así, al margen de la sociedad, en el aislamiento y la inercia. Petrificados en el arte, toman al pie de la letra los símbolos del ditirambo académico que forman una aureola alrededor de la frente de los poetas, y per-

suadidos de que irradian luz en la sombra, esperan que vayan á buscarlos. Tiempo atrás conocimos una pequeña escuela compuesta de esos tipos, tan extraños, que hay que esforzarse para creer en su existencia; llamábanse los discípulos *del arte por el arte*. Según esos inocentes, el arte por el arte consistía en divinizarse entre sí, en no ayudar al azar que ni siquiera conocía su casa, y á esperar que los pedestales fueran á colocarse bajo sus plantas.

Como se ve, esto es el estoicismo del ridículo. Pues bien, lo afirmamos una vez más para que se nos crea; existen en el seno de la Bohemia ignorada seres parecidos, cuya miseria excita una piedad simpática, hacia la cual os impele el buen sentido; pues si les hacéis observar tranquilamente que nos hallamos en el siglo XIX, que la moneda de cinco francos es la Emperatriz de la humanidad, y que las botas no caen del cielo charoladas, os vuelven las espaldas y os llaman burgués.

No obstante, son lógicos en su heroísmo insensato; no claman ni se lamentan, y soportan pasivamente el destino obscuro y riguroso que se fabrican ellos mismos. La mayor parte mueren, diezmados por la enfermedad á la que la ciencia no se atreve á dar su verdadero nombre, la miseria. Sin embargo, si lo quisieran, serían muchos los que podrían escapar á ese desenlace fatal, que viene á cerrar su vida á una edad en que la vida suele empezarse. Les bastaría para ello hacer algunas concesiones á las duras leyes de la necesidad, esto es, saber desdoblar la naturaleza, poseer dentro de sí dos seres diferentes; el poeta, soñando siempre en las altas cimas en donde canta el coro de las voces inspiradas; y el hombre, obre-

ro de su vida que sabe amasar su pan cotidiano. Mas este dualismo, que existe casi siempre en las naturalezas bien organizadas y de las que es uno de los caracteres distintivos, no se encuentra en la mayor parte de esos jóvenes á quienes el orgullo, un orgullo bastardo, ha hecho invulnerables á los consejos de la razón. Y mueren jóvenes, dejando alguna vez detrás de sí una obra que el mundo admira más tarde, y que hubiera aplaudido antes si no hubiera permanecido invisible.

Sucede en las luchas del arte algo parecido á las de la guerra; toda la gloria conquistada se concentra en el nombre de los jefes; el ejército se reparte como á recompensa las breves líneas de un orden del día. En cuanto á los soldados muertos en el combate, se les entierra en el sitio donde cayeron, y un solo epitafio es suficiente para veinte mil muertos.

Así también la multitud, que fija constantemente los ojos en el que se eleva, no baja jamás su mirada hacia el mundo subterráneo en donde luchan los obscuros obreros; su existencia acábase desconocida, y sin tener siquiera la satisfacción de sonreir á una obra terminada, dejan esta vida envuelta en un sudario de indiferencia.

En la Bohemia ignorada existe otra fracción; compónese de jóvenes que han sido engañados ó se han engañado á sí mismos. Toman su capricho por vocación, é impelidos por una fatalidad homicida, mueren, víctimas los unos de un acceso perpetuo de orgullo, y los otros idolatrando una quimera.

Permítasenos al llegar aquí, una ligera digresión.

Los caminos del arte, tan llenos de obstáculos y

de peligros, á pesar de los obstáculos y de los peligros, son de día en día más y más frecuentados, y por consiguiente nunca la Bohemia llegó á ser tan numerosa.

Si se investigasen las causas que han podido determinar esa afluencia, podría hallarse tal vez la siguiente:

Muchos jóvenes han tomado en serio las declamaciones hechas á propósito de los artistas y de los poetas desgraciados. Los nombres de Gilbert, de Malfilâtre, de Chatterton, de Moreau, han sido con demasiada frecuencia, demasiado imprudentemente, y sobre todo demasiado inútilmente lanzados á los vientos. Se ha hecho de la tumba de esos infortunados un púlpito, desde el que se predicaba el martirio del arte y de la poesía.

¡Adiós, adiós, suelo infecundo
helado sol, rudo Calvario!
Como fantasma solitario
pasé ignorado por el mundo.

Ese canto desesperado de Víctor Escousse, asfixiado por el orgullo que le había inoculado un triunfo ficticio, se convirtió por algún tiempo en la *Marsellesa* de los voluntarios del arte, que acudían á inscribirse en el martirologio de la medianía.

Porque todas esas fúnebres apoteosis, ese *Requiem* lisonjero, que tenía la atracción del abismo para los espíritus débiles y las vanidades ambiciosas, han hecho que muchos, sucumbiendo á aquella atracción, pensaran en que la fatalidad era la mitad del genio; y que otros muchos soñaran en aquella cama de hospital donde murió Gilbert, esperando que llegarían á ser poetas, como él lo fué

un cuarto de hora antes de morir, y creyendo que aquella era una etapa indispensable para alcanzar la gloria.

No serán nunca bastante condenadas esas mentiras inmorales, esas paradojas homicidas, que alejan de su camino, en el que hubieran podido triunfar, á tantos jóvenes, que acaban miserablemente en una carrera en la que estorban á los que por su real vocación tienen derecho á entrar en ella.

Esas predicaciones peligrosas, esas inútiles exaltaciones póstumas, son las que han creado la raza ridícula de los no comprendidos, de los poetas llorones, cuya Musa tiene constantemente los ojos enrojecidos y las greñas despeinadas, y todas las medianías de la impotencia que, recluídos en el registro de lo inédito, llaman madrastra á la Musa y verdugo al arte.

Todos los espíritus verdaderamente poderosos tienen que decir su palabra y la dicen, en efecto, tarde ó temprano. El genio y el talento no son accidentes imprevistos en la humanidad; tienen su razón de ser, y por esto mismo no podrían permanecer siempre en la obscuridad; pues si la multitud no va delante de ellos, ellos saben ir delante de la multitud. El genio es el sol: todo el mundo lo ve. El talento es el diamante que puede permanecer por mucho tiempo perdido entre la sombra, pero que siempre es percibido por alguien. Es un error, pues, el compadecerse de las lamentaciones é insistencias de esa clase de intrusos y de nulidades que penetran en el arte á pesar del arte mismo, y que constituyen en la Bohemia una categoría en la que, la pereza, el desorden y el parasitismo, forman el fondo de sus costumbres.

Axioma

«La Bohemia ignorada no es un camino, es un callejón sin salida.»

Efectivamente, aquella vida es una quisicosa que no conduce á ninguna parte. Es una miseria embrutecida, en medio de la cual, la inteligencia se extingue como una lámpara en un sitio sin aire; donde el corazón se petrifica en una misantropía feroz, y donde las mejores naturalezas se convierten en las peores. Si se tiene la desgracia de permanecer en ella por largo tiempo y de internarse demasiado en esa calle sin salida, no hay medio de arrancarse de ella, ó se sale por entre peligrosas brechas, para caer en una bohemia cercana, cuyas costumbres pertenecen á otra jurisdicción distinta de la fisiología literaria.

Debemos citar, además, una singular variedad de bohemios que podríamos llamar aficionados. No son estos los menos curiosos. La vida de bohemio es para ellos una existencia llena de seducciones: no comer todos los días, acostarse al raso bajo las lágrimas de los días lluviosos y vestirse de verano en el mes de diciembre les parece el paraíso de la felicidad humana, y para introducirse en él dejan, éste, el hogar de la familia, aquél, el estudio que habría de proporcionarle resultados positivos. Vuelven francamente la espalda á un porvenir honroso para correr las aventuras de aquella existencia azarosa. Mas como los más robustos no podrían resistir á un régimen que volvería tísico á Hércules, no tardan en abandonar la partida, y comiendo á dos carrillos la pitanza

paternal, acaban por casarse con su primita y por establecerse de notarios en una ciudad de treinta mil almas; y por la noche, al amor de la lumbre, tienen la satisfacción de relatar *sus miserias de artista,* con el mismo énfasis con que un viajero explicaría la caza del tigre. Otros se obstinan por exceso de amor propio; pero una vez han apurado los recursos del crédito que hallan siempre los hijos de familia, son más desdichados que los mismos bohemios, los cuales no habiendo poseído jamás otros recursos, poseen por lo menos los que les presta su inteligencia. Nosotros conocimos á uno de esos bohemios aficionados, que después de haber permanecido tres años en la Bohemia y de haber reñido con su familia, murió de la noche á la mañana, y fué conducido á la fosa común en el carro de los pobres: ¡poseía diez mil francos de renta!

Es inútil decir que esos bohemios no tienen, bajo ningún aspecto, nada de común con el arte, y que son los más obscuros entre los más desconocidos de la Bohemia ignorada.

Llegamos ahora á la verdadera Bohemia, á la que, en parte, proporciona asunto á este libro. Los que la componen son verdaderamente los llamados del arte, y tienen además la suerte de ser los escogidos. Esta Bohemia está, como las otras, erizada de peligros; dos abismos la limitan por ambos lados: la miseria y la duda. Pero entre esos dos abismos hay por lo menos un camino que conduce á un término que los bohemios pueden alcanzar con la mirada, mientras esperan alcanzarlo con la mano.

Es la Bohemia oficial, llamada así, porque los que de ella forman parte han hecho constar públi-

camente su existencia, señalando su presencia en la vida por otros medios que los que da el registro civil; porque, en fin, para emplear un término de su lenguaje, sus nombres están en el cartel, son conocidos en el mercado literario y artístico, y sus productos, que llevan su marca, tienen curso en él, aunque á decir verdad, á precios moderados.

Para llegar á su objeto, que está perfectamente determinado, todos los caminos son buenos, y los bohemios saben sacar partido hasta de los accidentes del camino. Lluvia ó polvo, sombra ó sol, nada detiene á los animosos aventureros, cuyos vicios están forrados de virtud. Con el espíritu mantenido constantemente despierto por su ambición, que toca paso de ataque y les lanza al asalto del porvenir, luchando sin descanso con la necesidad, su inventiva, que anda siempre con la mecha encendida, hace saltar los obstáculos que estorban su paso. Su existencia diaria es una obra genial, un problema cotidiano que logran resolver siempre con el concurso de audaces matemáticas. Esos tipos se harían prestar dinero por Harpagón, el *Avaro* de Molière, y hubieran hallado trufas en la balsa de la Medusa (1). Cuando conviene saben practicar también la abstinencia con toda la virtud de un anacoreta; pero apenas se les va á las manos la más insignificante fortuna, les veis lanzarse á las más ruinosas fantasías, buscando el amor de las más bellas y las más jóvenes, bebiendo los vinos mejores y más viejos, y no hallando nunca suficientes ventanas por donde

(1) Famoso naufragio que tuvo lugar en la costa occidental del Africa el 2 de Julio de 1816.

tirar su dinero. Luego, cuando el último escudo está muerto y enterrado, vuelven á comer á la mesa redonda del azar, donde su cubierto está puesto siempre, y precedidos por una jauría de astucias, entrando furtivamente en todas las industrias que se relacionan con el arte, van sin descanso á caza de ese animal feroz que se llama moneda de cinco francos.

Los bohemios lo saben todo, y van á todas partes según disponen de botas nuevas ó de botas rotas. Un día se les encuentra apoyados en la chimenea de un salón del gran mundo, y al día siguiente les veis comiendo bajo el cobertizo de una taberna de las afueras. No dan diez pasos en el *boulevard* sin encontrar á un amigo, ni treinta pasos en cualquier parte sin topar con un acreedor.

La Bohemia habla entre sí un lenguaje particular, sacado de las conversaciones de taller, de la jerga de entre bastidores, y de las discusiones de las redacciones de los periódicos. Todos los eclecticismos de estilo se dan cita en ese idioma inaudito, en el que el modo apocalíptico de decir se codea con los más extraños despropósitos, en el que la rusticidad de la sátira popular, se alía con los períodos extravagantes salidos del mismo molde de donde sacaba Cyrano sus fanfarronadas; en el que la paradoja, este niño mimado de la literatura moderna, trata á la razón como tratan á Casandra en las pantomimas; en el que la ironía adquiere la violencia de los ácidos más activos y la puntería de esos tiradores que dan en el blanco con los ojos vendados; jerigonza inteligente aunque ininteligible para cuantos no posean la clave, y cuya audacia excede á la de las lenguas más libres, el vocabulario del bohe-

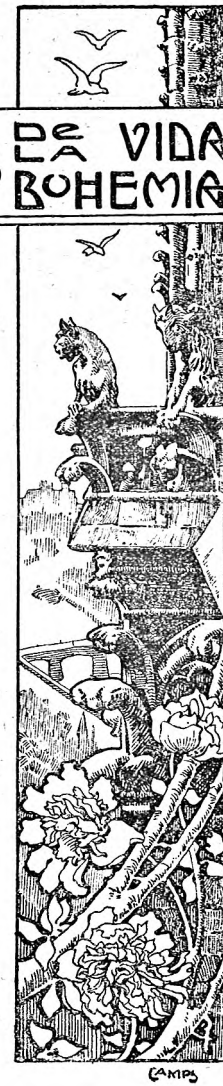
mio es el infierno de la retórica, y el paraíso del neologismo.

Tal es, en resumen, esta vida de bohemio, mal conocida de los puritanos del mundo, desacreditada por los puritanos del arte, insultada por todas las medianías pusilánimes y celosas que no encuentran bastantes clamores, mentiras y calumnias para ahogar las voces y los nombres de los que triunfan, pasando por este vestíbulo de la fama, unciendo la audacia á su talento.

Vida de paciencia y de valor, en la que sólo se puede luchar revestido con una fuerte coraza de indiferencia á prueba de tontos y de envidiosos, en la que ni por un solo momento se debe abandonar, so pena de caer en el camino, el orgullo de sí mismo, que sirve de báculo; vida encantadora y terrible que tiene sus vencedores y sus mártires, y en la que no se debe ingresar sin resignarse de antemano á la implacable ley del *vœ victis*.

H. M.

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA



I

Cómo fué instituído el Cenáculo de la Bohemia.

He aquí como el azar, que los escépticos llaman el agente de negocios de Dios, puso un día en contacto á los individuos cuya fraternal asociación debía constituir más tarde el cenáculo formado por esa pequeña fracción de la *Bohemia,* que el autor de este libro ha tratado de dar á conocer al público.

Una mañana, el 8 de Abril, Alejandro Schau-

nard, que cultivaba las artes liberales de la pintura y la música, fué despertado bruscamente por el cacareo de un gallo de la vecindad que le servía de reloj.

—¡Vive Dios! — gritó Schaunard, — mi reloj de plumas anda adelantado, pues no es posible que estemos ya en el día de hoy.

Y diciendo estas palabras, saltó precipitadamente de un mueble producto de su inventiva, y que haciendo oficio de cama durante la noche (por cierto que lo hacía mal, no hay que decirlo) desempeñaba durante el día el oficio de los demás muebles, ausentes á consecuencia del frío riguroso con que se había señalado el invierno precedente: como se ve, una especie de mueble maese Jaime (1).

Para precaverse de los achaques del fresco matutino, Schaunard se puso á toda prisa una falda de raso rosa bordada de estrellas de lentejuelas, que le servía de bata. Aquellos oropeles se los había dejado olvidados en el taller del artista, una noche de baile de máscaras, una *locura* que había cometido la de dejarse sorprender por las falaces promesas de Schaunard, el cual, disfrazado de marqués de Mondor, hacía sonar en sus bolsillos las seductoras sonoridades de una docena de escudos, moneda de fantasía recortada por el cortador en una plancha de metal, y sacada de la guardarropía de algún teatro.

Cuando estuvo vestido con su traje de casa, el artista se dirigió á abrir los postigos de la ventana. Un rayo de sol semejante á una flecha de

(1) Personaje del *Avaro* de Molière, que desempeña varios oficios á la vez.

luz, penetró bruscamente en el cuarto y le obligó á entornar los ojos todavía velados por las brumas del sueño; al mismo tiempo dieron las cinco en un campanario de las cercanías.

—Amanece ya—murmuró Schaunard;—es maravilloso. Empero,—añadió consultando su calendario colgado en la pared,—aquí debe haber un error. Las indicaciones de la ciencia afirman que á esta época del año el sol se levanta á las cinco y media; no son más que las cinco y está ya arriba. ¡Celo indiscreto! Este astro se equivoca y tendré que quejarme á la oficina de las Longitudes. Sin embargo,—añadió,—será conveniente que empiece á pensar en mis asuntos; no hay duda que hoy es el mañana de ayer, y, como ayer estábamos á 7, á menos que Saturno ande hacia atrás, hoy debe ser el ocho de Abril, y si he de dar crédito á lo que me dice este papel,—dijo Schaunard volviendo á leer una orden de deshaucio fijada en la pared por un ujier,—hoy, á las doce en punto, debo haber desalojado este sitio y puesto en manos del señor Bernard, mi propietario, la suma de setenta y cinco francos por tres meses vencidos que me reclama haciendo malísima letra. Como siempre, había esperado que la casualidad se encargaría de liquidar esta cuenta, pero parece que no ha tenido tiempo. En fin, tengo aún seis horas por delante; empleándolas bien, podría ser que... ¡Ea, pues! En marcha,—añadió Schaunard.

Disponíase á ponerse el gabán, cuyo paño, felpudo en otro tiempo, estaba atacado de una intensa calvicie, cuando de pronto, como si le hubiese mordido una tarántula, empezó á ejecutar en su cuarto una danza de su composición

que, en los bailes públicos le había procurado con frecuencia los honores de la gendarmería.

—¡Magnífico! ¡Soberbio!—gritó.—Es particular como despierta las ideas el aire de la mañana; me parece que he encontrado la pista de mi canción. Veamos...

Y Schaunard, vestido á medias, fué á sentarse ante su piano, y después de haber despertado al instrumento dormido, con una serie tempestuosa de acordes, empezó, tarareando, á perseguir la frase melódica que buscaba tanto tiempo hacía.

—*Do, sol, mi, do, la, si, do, re,* bum, bum. *Fa, re, mi, re.* ¡Ay! ¡Ay! Este *re* es más falso que Judas,—exclamó Schaunard golpeando con fuerza la nota de dudoso sonido.—Veamos el menor... Hay que describir con precisión el dolor de una joven que deshoja una margarita blanca en un lago azul. No es una idea muy moderna que digamos. Pero puesto que está de moda y que difícilmente se encontraría un editor que se atreviera á publicar una romanza en la que no hubiera un lago azul, hay que conformarse... *Do, sol, mi, do, la, si, do, re;* esto no me disgusta, expresa bien la idea de una margarita de los prados, sobre todo á las personas fuertes en botánica. *La, si, do, re,* ¡pícaro *re,* al diablo! Ahora, para que se comprenda bien el lago azul, sería conveniente alguna cosa húmeda, azulada, con claridades de luna (porque la luna tampoco puede faltar); toma, ya va saliendo, pero no olvidemos al cisne... *Fa, mi, la, sol,*—prosiguió Schaunard haciendo chillar las notas cristalinas de la octava alta.—Falta el adiós de la joven que se decide á arrojarse al lago azul, para reunirse con su amado hundido entre las nieves. Este desen-

lace no aparece claro,—murmuró Schaunard,—pero es interesante. Aquí convendría un motivo tierno, melancólico; ya va saliendo, ya va saliendo; aquí van doce compases que lloran como Magdalenas. ¡Esto parte los corazones! ¡Brr! ¡brr!—exclamó Schaunard, estremeciéndose dentro de su falda bordada de estrellas.—¡Si esto pudiera partir la madera! Hay en mi alcoba una viga que me estorba bastante cuando viene gente... á comer; encendería lumbre con ella... *la, la..., re, mi,* pues siento que la inspiración se me desarrolla envuelta en un constipado de cabeza. ¡Bah! ¡tanto peor! Sigamos ahogando á la muchacha.

Y mientras que sus dedos atormentaban el palpitante teclado, Schaunard, con los ojos brillantes y el oído atento, perseguía su melodía, que, semejante á una vaporosa sílfide, revoloteaba entre la niebla sonora que llenaba la habitación con las vibraciones del instrumento.

—Veamos ahora,—repitió Schaunard,—si mi música se enlaza bien con las palabras de mi poeta.

Y canturreó con voz desagradable este fragmento de poesía, usado especialmente en las óperas cómicas y en las coplas de ciego:

Y la joven sin consuelo,
echando hacia atrás el manto,
alza al estrellado cielo
los ojos que arrasa el llanto,
y en el cristal *azulado*
del hondo lago *argentado*...
. . . . . .

—¡Cómo, cómo!—dijo Schaunard, poseído de justa indignación.—¡El cristal azulado de un la-

go argentado! No me había fijado aún en esto; es demasiado romántico. Este poeta es un idiota, que jamás ha visto ni plata ni lagos. Su balada es estúpida; además, el corte de los versos no encaja con mi música; en lo sucesivo compondré las poesías yo mismo, y esto va á ser en seguida; ya que me siento inspirado, voy á escribir el borrador de unas coplas que se adapten á mi melodía.

Y Schaunard, apoyando la cabeza entre ambas manos, tomó la grave actitud de un mortal que mantenga relaciones con las Musas.

Al cabo de algunos minutos de aquel concubinato sagrado, dió á luz una de esas deformidades que los autores de libretos llaman con razón *monstruos,* y que inprovisan con facilidad para que sirvan de cañamazo provisional á la inspiración del compositor.

Unicamente que, el monstruo de Schaunard tenía sentido común, y expresaba con bastante claridad la inquietud despertada en su espíritu por la llegada brutal de aquella fecha: ¡el 8 de Abril!

He aquí la copla:

Ocho y ocho diez y seis,
pongo seis y llevo uno.
¡Oh! cuán feliz me veréis
si en el momento oportuno
hallo á un ser pobre y honrado,
que me dé cuarenta luises
pagaderos al contado
cuando cobre mis monises.

ESTRIBILLO

Y cuando suene en el reloj *supremo*
las doce menos cuarto,
yo pagaré al señor Bernard, el *dueño*,
el alquiler del cuarto.

—¡Demonio!—dijo Schaunard al terminar su composición,—*dueño* y *supremo* son un par de rimas que no pecan de millonarias, pero no me queda tiempo para enriquecerlas. Probemos ahora cómo encajan las notas con las sílabas.

Y con aquel antipático órgano nasal que le era peculiar, volvió á ejecutar su romanza. Satisfecho sin duda del resultado que acababa de obtener, Schaunard se felicitó con una mueca de júbilo que, semejante á un acento circunflejo, se dibujaba en su nariz cada vez que se sentía contento de sí mismo. Pero aquella alegría orgullosa fué de corta duración.

Tocaron las once en un campanario próximo; cada campanada entraba en el cuarto repercutiendo con sonido socarrón que parecía decir al desdichado Schaunard:—¿Estás listo?

El artista saltó de la silla.

—El tiempo corre como un gamo,—dijo,—no me quedan más que tres cuartos de hora para buscar mis setenta y cinco francos y mi nuevo alojamiento. No lo conseguiré nunca, porque la cosa entra de lleno en los dominios de la magia. Veamos; me concedo cinco minutos para pensar lo que debo hacer.—Y hundiendo la cabeza entre las rodillas, descendió á los abismos de la reflexión.

Pasaron los cinco minutos, y Schaunard levantó la cabeza sin haber encontrado nada que se pareciera á sus setenta y cinco francos.

—Decididamente no me queda otro partido que tomar para salir de aquí, que marcharme con la mayor naturalidad; hace buen tiempo y tal vez mi amiga la casualidad se pasea tomando el sol. Será preciso que me conceda hospitalidad, hasta

que encuentre medio de liquidar mis cuentas con el señor Bernard.

Schaunard, después de atiborrar con todos los objetos que pudieron contener los bolsillos de su gabán, profundos como cuevas, ató en un pañuelo algunas piezas de ropa blanca y abandonó su habitación, no sin despedirse, con algunas palabras, de su domicilio.

Cuando atravesaba el patio, el portero de la casa, que parecía atisbarle, le detuvo de pronto.

—¡Eh, señor Schaunard!—gritó cerrando el

murmuró Schaunard;—no pienso en otra cosa.

—Ocho y ocho diez y seis,
pongo seis y llevo uno,—

murmuró Schaunard;—no pienso más que en esto.

—El caso es que, parece que no se da usted mucha prisa en cambiar de casa,—dijo el portero;—son las once y media, y el nuevo inquilino á quien ha sido alquilado el cuarto de usted, puede llegar de un momento á otro. ¡Conviene que despache usted!

—Si es así, —respondió Schaunard, —déjeme pasar; voy á buscar un carro de mudanzas.

—Sí, pero antes de que se lleve los muebles queda por cumplir una pequeña formalidad. Tengo orden de no dejarle sacar ni un cabello, sin que haya pagado los tres meses vencidos. ¿Traerá el dinero, probablemente?

—¡Diantre!—dijo Schaunard adelantando un paso.

—Entonces,—dijo el portero,—si quiere usted entrar en mi cuarto, le daré los recibos.

—Ya los tomaré á la vuelta.

—Pero, ¿por qué no en seguida?—dijo el portero insistiendo.

—Tengo que cambiar... No llevo sueltos.

—¡Ah! ¡ah!—repitió aquel con inquietud.—¿Tiene usted que cambiar? Entonces, para evitarle molestias, guardaré mientras tanto el pequeño envoltorio que lleva bajo el brazo y que podría cansarle.

—Señor portero,—dijo Schaunard con dignidad,—¿desconfía usted de mí? ¿Sospecha acaso que me llevo los muebles envueltos en un pañuelo?

—Perdone usted, señor Schaunard,—replicó el portero bajando el tono de la voz,—esta es mi consigna. El señor Bernard me ha encargado expresamente, que no le dejara sacar ni un cabello antes de que le haya satisfecho usted.

—Pues mire,—dijo Schaunard abriendo su envoltorio;—no se trata de cabellos, sino de camisas que llevo á la planchadora que vive al lado del cambista, á veinte pasos de aquí.

—Esto es otra cosa,—exclamó el portero después de haber examinado el contenido del envoltorio.—Si no es indiscreción, señor Schaunard, ¿podría saber las señas de su nueva casa?

—Vivo en la calle de Rívoli,—respondió friamente el artista, quien, saliendo á la calle, se alejó más que deprisa.

—En la calle de Rívoli,—murmuró el portero metiéndose los dedos en la nariz,—es curioso que le hayan alquilado una habitación en la calle de Rívoli sin venir á tomar informes aquí; es muy curioso. En fin, él no se ha de llevar los muebles sin haber pagado antes. ¡Con tal de que el nuevo inquilino no venga con sus muebles, en el preciso

momento en que el señor Schaunard se lleve los suyos! No sería mala molestia. ¿No lo decía yo? —exclamó de pronto, pasando la cabeza á través del ventanillo.—Aquí está precisamente mi nuevo inquilino.

Seguido por un faquín que no parecía muy fatigado bajo el peso de su carga, acababa de entrar, en efecto, un joven que llevaba un sombrero blanco á lo Luis XIII.

—Diga usted,—preguntó al portero que había salido á su encuentro,—¿está libre mi cuarto?

—No, señor; pero no tardará en estarlo. La persona que lo ocupa ha ido á buscar el carro de mudanzas. Entre tanto, para esperar, podría usted mandar que depositaran sus muebles en el patio.

—Temo que llueva,—respondió el joven, mascando tranquilamente un ramo de violetas que tenía entre los dientes;—mi ajuar podría echarse á perder. Oiga usted,—añadió dirigiéndose al faquín que había permanecido detrás de él, cargado con un lío de objetos cuya naturaleza no alcanzaba á explicarse el portero;—deje esto en el vestíbulo y vuelva á mi anterior alojamiento á tomar los muebles preciosos y objetos de arte que han quedado allí.

El mozo de cuerda colocó á lo largo de la pared varios bastidores de unos seis ó siete pies de alto y cuyas hojas, plegadas en aquel momento unas sobre otras, podían, al parecer, desplegarse á voluntad.

—¿Ve usted?—dijo el joven al mozo de cuerda entreabriendo uno de los bastidores, y mostrándole un desgarrón que había en la tela.—Mire usted que desgracia, me ha roto usted mi grande

espejo de Venecia; sea más cauto en su segundo viaje, y tenga usted cuidado sobre todo con la biblioteca.

—¿Qué querrá decir con su espejo de Venecia? —murmuró el portero, examinando con curiosidad los bastidores apoyados en la pared.—Yo no veo ningún espejo; sin duda será una broma, porque no veo más que un biombo; en fin, ya veremos lo que trae en su segundo viaje.

—¿Tardará mucho ese inquilino en dejarme libre el sitio? Son ya las doce y media y quisiera instalarme,—dijo el joven.

—Me figuro que no puede tardar ya,—respondió el portero;—además, la cosa no corre prisa, puesto que aún no han venido los muebles de usted,—añadió subrayando estas palabras.

El joven iba á contestar, cuando un dragón en funciones de servicio entró en el patio.

—¿El señor Bernard?—preguntó sacando una carta de una gran cartera de cuero que llevaba colgada al hombro.

—Aquí es,—respondió el portero.

—Traigo esta carta para él,—dijo el dragón, —extiéndame el recibo;—y entregó al portero un boletín de despacho que fué á firmar en su habitación.

—Dispénseme usted si le dejo solo,—dijo el portero al joven que se paseaba en el patio con impaciencia;—pero he recibido esta carta del ministerio para el señor Bernard, el casero, y voy á subírsela.

En el momento en que entraba el portero, el señor Bernard estaba haciéndose la barba.

—¿Qué quiere usted, señor Durand?

—Señor,—respondió éste quitándose el gorro,

—un ordenanza acaba de traer esto para usted, de parte del ministerio.

Y tendió al señor Bernard, la carta cuyo sobre ostentaba un sello del departamento de la guerra.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó el señor Bernard, con tanta emoción, que faltó poco para que se cortara con la navaja.—¡Del ministerio de la guerra! Estoy seguro que se trata de mi promoción al grado de caballero de la Legión de Honor, que hace tanto tiempo solicito; al fin se hace justicia á mis méritos. Tome usted, Durand,—dijo buscando en el bolsillo de su chaleco,—ahí van cinco francos para que beba á mi salud. ¡Toma! No tengo el portamonedas, ya se los daré luego, espere usted.

El portero se sintió tan conmovido por este acceso de generosidad fulminante, tan poco usual en su amo, que se encasquetó el gorro otra vez.

El señor Bernard, que en otras circunstancias hubiera corregido severamente aquella infracción de la jerarquía social, hizo como si no lo viera. Se puso los anteojos, rompió el sobre con la emoción respetuosa de un visir que recibe un firmán del sultán, y empezó á leer el despacho. A las primeras líneas, una mueca espantosa llenó de arrugas amoratadas la grasa de sus mejillas monacales, y sus diminutos ojos lanzaron chispas capaces de incendiar los mechones de su enmarañada peluca.

En una palabra, sus facciones estaban tan descompuestas, que hubiérase dicho que acababan de sufrir un terremoto.

He aquí el contenido de la misiva escrita en papel con el membrete del ministerio de la gue-

rra, llevada por un dragón correo, y de la cual el señor Durand había dado recibo al gobierno.

«Muy señor mío y casero:

»La cortesía, que á creer á la mitología, es la abuela de la buena educación, me obliga á hacerle saber que me encuentro en la cruel necesidad de no poder satisfacer la costumbre de pagar el alquiler, sobre todo debiéndolo. Hasta esta mañana, me había lisonjeado la esperanza de poder celebrar este fausto día, satisfaciendo los tres meses atrasados de mi locación. ¡Quimera, ilusión, ideal! Mientras me adormecía en los ensueños de aquella seguridad, el infortunio, *anankè* en griego, el infortunio, repito, desvanecía mis esperanzas. Los beneficios con que contaba, ¡¡¡Jesús, como está el comercio!!! no se han realizado, y á pesar de las crecidas sumas que debía percibir, sólo he cobrado tres francos, en calidad de préstamo, y no me atrevo á ofrecérselos á usted. Vendrán días mejores para nuestra hermosa Francia y para mí, no lo dude usted, señor Bernard. Así que brillen, volaré á advertírselo y á retirar de su inmueble los objetos preciosos que he dejado en él, y que pongo bajo su protección y la de la ley, que le prohibe venderlos antes de un año, en el caso que lo intentara con objeto de reintegrarse de las sumas de que es acreedor en el registro de mi probidad. Le recomiendo especialmente mi piano, y el gran marco que contiene sesenta rizos de pelo, cuyos diferentes colores recorren toda la escala de los matices capilares, y que han sido arrebatados de la frente de las Gracias por el escalpelo del amor.

»Puede usted disponer, pues, señor casero, de las cuatro paredes en que he vivido. Yo le otorgo mi permiso y lo ratifico con mi firma.

»ALEJANDRO SCHAUNARD.»

Apenas hubo acabado la epístola, que el artista había escrito en la oficina de uno de sus amigos, empleado en el ministerio de la guerra, el señor Bernard la arrugó con indignación; y como su mirada tropezara con el portero Durand, que esperaba la prometida gratificación, le preguntó brutalmente qué es lo que hacía allí.

—¡Espero, señor!

—¿Qué?

—¡Pues... la generosidad del señor... por la buena noticia!—balbuceó el portero.

—¡Salga usted! ¡Cómo, bellaco! ¿Está usted cubierto delante de mí?

—Pero, señor...

—Cállese usted, salga de aquí, ó más bien, espéreme usted. Vamos á subir al cuarto de este canalla de artista, que se marcha sin pagarme.

—¿Cómo,—dijo el portero,—el señor Schaunard?

—Sí,—prosiguió el propietario, cuyo furor aumentaba progresivamente.—Y si se ha llevado el más mínimo objeto, le echo á usted, ¿lo oye? ¡Le echo á usteeed!

—Esto es imposible,—murmuró el pobre portero,—el señor Schaunard no se ha llevado nada aun; ha ido á cambiar para pagar á usted, y á buscar un carro para llevarse sus muebles.

—¡Llevarse sus muebles!—exclamó el señor Bernard.—Corramos, estoy seguro que ya lo está haciendo; le han tendido á usted un lazo para

alejarle de su portería y dar el golpe. Es usted un imbécil.

—¡Ah! ¡Dios mío, qué imbécil soy! — gritó Durand, tembloroso ante la cólera olímpica de su superior que lo arrastraba hacia la escalera.

Cuando llegaron al patio, el portero fué apostrofado por el joven del sombrero blanco.

—¡Oiga usted, señor portero! — gritó.—¿No me da usted posesión de mi domicilio? ¿Estamos ó no á 8 de Abril? ¿No es en esta casa donde he alquilado un cuarto, y no le he entregado la señal en prenda? ¿Si ó no?

—Perdone usted, perdone usted,—dijo el casero, — soy con usted. Durand, — añadió volviéndose hacia el portero,—voy á contestar yo mismo al señor. Corra usted arriba, ese pillo de Schaunard habrá vuelto sin duda para hacer sus líos; si le sorprende, deténgale usted, y vuelva á bajar para ir á llamar á los guardias.

Durand desapareció escalera arriba.

—Perdone usted, — dijo el propietario, inclinándose ante el joven así que quedaron solos,—¿á quién tengo el honor de hablar?

—Soy su nuevo inquilino; he alquilado un cuarto en el sexto piso de esta casa, y empiezo á impacientarme porque el cuarto no está vacante todavía.

—Crea usted que lo siento mucho,—respondió el señor Bernard,—pero se han suscitado algunas dificultades con el inquilino á quien debe usted reemplazar.

—¡Señor, señor!—gritó Durand desde una ventana situada en el último piso de la casa,—el señor Schaunard no está... pero su cuarto sí...

Que imbécil soy, quiero decir que no se ha llevado nada, ni un cabello, señor.

—Está bien, baje usted,—contestó el señor Bernard.—¡Dios mío!—prosiguió dirigiéndose al joven,—un poco de paciencia, yo se lo ruego. Mi portero llevará á los sótanos los objetos que ocupan el cuarto de mi insolvente inquilino, y dentro de media hora podrá usted tomar posesión; por otra parte, los muebles de usted no están aún aquí.

—Usted dispense, —respondió tranquilamente el joven.

El señor Bernard miró á su alrededor y no vió más que los grandes biombos que antes habían despertado la curiosidad del portero.

—¿Qué quiere usted decir con su «dispense»?... Yo aquí no veo nada.

—Mire usted,—respondió el joven desplegando los bastidores y ofreciendo á la vista del estupefacto propietario un magnífico interior de palacio con columnas de jaspe, bajorrelieves y cuadros de grandes maestros.

—Pero, ¿y los muebles?—preguntó el señor Bernard.

—Están aquí,—contestó el joven indicando el suntuoso mueblaje pintado en el *palacio* que acababa de comprar en el *hótel* Bullion, donde formaba parte de una venta de decoraciones pertenecientes á un teatro de sociedad.

—Señor mío,—repitió el propietario.—supongo que tendrá usted muebles más serios que éstos...

—¡Cómo! ¡Legítimas tallas de Boule! (1)

—Usted comprenderá que necesito garantías para mis alquileres.

---

(1) Andrés Boule, escultor tallista, natural de París (1642-1732).

—¡Caracoles! ¿No le basta á usted un palacio para responder del alquiler de una buhardilla?

—No señor; quiero muebles, verdaderos muebles de caoba.

—¡Ah, señor mío! Ni el oro ni la caoba nos hacen dichosos, ha dicho un filósofo antiguo. Y además, yo no la puedo sufrir, es una madera demasiado común, todo el mundo la tiene.

—En resumen, ¿tiene usted algunos muebles, sean de la clase que fueren?

—No: ocupan demasiado espacio en las habitaciones y así que hay algunas sillas no sabe uno donde sentarse.

—No obstante ¿tendrá usted una cama? ¿En dónde descansa usted?

—¡Descanso en la Providencia!

—Perdone usted otra pregunta,—dijo el señor Bernard,—¿qué profesión es la suya?

En este mismo momento el mandadero del joven, de vuelta de su segundo viaje, entraba en el patio. Entre los objetos que llevaba atados, sobresalía un caballete.

—¡Ah, señor!—exclamó Durand con terror; y mostraba el caballete al propietario. —¡Es un pintor!

—Un artista, ¡lo había sospechado!—exclamó á su vez el señor Bernard, y los pelos de su peluca se le erizaron de espanto.—¡¡¡Un pintor!!! Pero ¿no ha tomado usted informes del señor?—prosiguió dirigiéndose al portero.—¿No se había enterado aún de su oficio?

—¡Demontre!—respondió el pobre hombre,—me había entregado *cinco* francos de *señal;* cómo podía dudar...

—Cuando usted guste,—manifestó á su vez el joven.

—Verá usted,—prosiguió el señor Bernard afianzando las gafas en su nariz,—puesto que no tiene muebles, no podrá tomar posesión del cuarto. La ley autoriza á rechazar al inquilino que no ofrezca garantías.

—¿Y mi palabra, pues?—dijo con dignidad el artista.

—No vale lo que los muebles... Busque usted piso en otra parte. Durand le devolverá á usted el dinero adelantado.

—¡Hum!—exclamó con estupor el portero.—Ya está en la caja de ahorros.

—Pero, señor mío,—replicó el joven,—yo no puedo encontrar alojamiento en un minuto. Deme usted al menos hospitalidad por un día.

—Vaya usted á una posada,—respondió el señor Bernard.—A propósito,—añadió vivamente, asaltado por una súbita reflexión,—si usted quiere le alquilaré amueblado el cuarto que debía ocupar, en el que se encuentran los muebles de mi inquilino insolvente. Sólo que no ignorará usted que en este género de contratos, se paga el alquilier por adelantado.

—¿Y cuánto querrá usted por ese tabuco?—dijo el artista obligado á pasar por todo.

—El cuarto es muy conveniente, el alquiler será de veinticinco francos al mes, en atención á las circunstancias. Pago adelantado.

—Ya lo había dicho usted, y la frase no merecía los honores de la repetición,—dijo el joven buscando en su bolsillo.—¿Tiene usted cambio de quinientos francos?

—¡Hum!—exclamó el casero.—Dice usted...

—Pues, la mitad de mil, ¡qué tiene de particular! ¿No ha visto usted ninguno?—añadió el artista, pasando el billete por delante de los ojos del propietario y del portero, quienes, á aquella vista, pareció que perdían el equilibrio.

—Voy á darle el cambio,—dijo respetuosamente el señor Bernard;—no tomaré más que veinte francos, pues Durand le devolverá los cinco adelantados.

—Yo se los regalo,—dijo el artista,—á condición de que suba todas las mañanas á decirme el día de la semana y la fecha del mes, las fases de la luna, el tiempo que haga y la forma de gobierno bajo la cual vivamos.

—¡Ah! señorito,—exclamó Durand, describiendo una curva de noventa grados.

—Perfectamente, buen hombre, usted me servirá de almanaque.

—Voy á extender á usted el recibo,—dijo el casero.

Aquella misma noche, el nuevo inquilino del señor Bernard, el pintor Marcelo, estaba instalado en el cuarto del fugitivo Schaunard, transformado en palacio.

Durante aquellas horas, el referido Schaunard iba desempedrando las calles de París, tocando llamada y tropa al dinero.

Schaunard había elevado el préstamo á la altura de un arte. Previendo el caso en que tendría que *oprimir* á los extranjeros, había aprendido la manera de pedir cinco francos en todas las lenguas del globo. Había estudiado á fondo el repertorio de las astucias que emplea el metal para escapar de los que lo persiguen; y conocedor de las mareas mejor que un piloto, sabía las

épocas en que las *aguas* estaban en baja ó en alza, esto es, los días en que un amigo ó conocido acostumbraban á recibir dinero. Esto hacía que en algunas casas, al verle entrar, no dijeran: «Aquí está el señor Schaunard»; sino: «Aquí está el primero ó el quince de cada mes». Para facilitar y al propio tiempo igualar esa especie de diezmo que sacaba provisionalmente, cuando la necesidad le apretaba, de las personas que poseían medios para pagarlo, Schaunard había compilado un cuadro alfabético por barrios y distritos, en donde estaban anotados los nombres de todos sus amigos y conocidos. Al lado de cada nombre estaba inscrito el máximun de la suma que podía pedirles prestado en relación con el estado de su fortuna, las épocas en que estaban en fondos, y las horas de comida con la minuta ordinaria de la casa. Además de este cuadro, Schaunard había organizado una pequeña cuenta corriente perfectamente ordenada, en la que inscribía escrupulosamente las sumas que le habían prestado sin descuidar las más mínimas fracciones, pues no quería gravar su deuda más allá de cierta cifra que tal vez debería heredar de cierto tío normando. Cuando debía veinte francos á un individuo, Schaunard cerraba su cuenta y la saldaba íntegramente de una sola vez, aunque para ello necesitara empeñarse con otros acreedores á quienes debía menos. De esta manera, mantenía en la plaza un cierto crédito que él llamaba su deuda flotante; y como se sabía que tenía la costumbre de pagar apenas sus recursos personales se lo permitían, todos le servían con gusto, si les era posible.

Ahora bien, desde las once de la mañana, hora

en que había salido de su casa para procurar reunir los setenta y cinco francos necesarios, no había podido recoger más que un solo escudo, debido á la colaboración de las letras M, V y R de su famosa lista: el resto del alfabeto, teniendo, como él, deudas que satisfacer, le había despedido con buenas palabras.

A las seis de la tarde, un apetito violento empezó á tocar la campana de la hora de comer en su estómago; estaba entonces en la barrera del Maine, en donde vivía la letra U. Schaunard subió á casa de la letra U, donde se le ponía cubierto, cuando había cubiertos.

—¿Dónde va usted?—le preguntó el portero, saliéndole al paso.

—A casa del señor U...,—respondió el artista.

—No está.

—¿Y la señora?

—Tampoco: me han encargado que dijera á uno de sus amigos que debía venir esta tarde, que habían ído á comer á la ciudad: y en el caso de que sea usted á quien esperaban,—añadió el portero,—me han dejado esta dirección,—y alargó á Schaunard un trozo de papel en el que su amigo U... había escrito:

«Hemos ido á comer á casa del señor Schaunard, calle... número...; ven á buscarnos.»

—Está bien,—dijo éste marchándose,—cuando la casualidad quiere, ocurren cosas muy graciosas.

Schaunard se acordó entonces de que se encontraba á dos pasos de un bodegón en el que había comido dos ó tres veces por poco precio, y se dirigió hacia aquel establecimiento, situado en la calzada del Maine, y conocido entre la baja Bo-

hemia con el nombre de la *Madre Cadet*. Era un figón cuya ordinaria clientela se componía de los cocheros de la línea de Orleans, de cantarinas del Monte Parnaso y de galanes jóvenes de Bobino. Durante la buena estación, los discípulos de pintura de los numerosos estudios que rodean el Luxemburgo, los literatos inéditos, los periodistas de gacetas desconocidas, van en tropel á comer al bodegón de la *Madre Cadet,* célebre por sus fricasés de liebre, por sus coles en vinagre, y por un vinillo claro que sabe á pedernal.

Schaunard fué á sentarse bajo el bosquecillo: así llaman en casa de la *Madre Cadet* al escaso follaje de dos ó tres árboles raquíticos, cuyas ramas de enfermiza verdura, han sido dispuestas en forma de emparrado.

—A fe mía, mejor así,—dijo Schaunard interiormente,—voy á darme un atracón y á celebrar un festín de Baltasar íntimo.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, pidió una sopa, medio plato de coles en vinagre y dos medios de fricasé de liebre: había observado que fraccionando la ración se ganaba por lo menos una cuarta parte más que pidiéndola entera.

La petición de aquella lista de platos atrajo hacia él las miradas de una joven vestida de blanco, adornada con flores de azahar y calzada con zapatos de baile; un velo imitación de imitación flotaba sobre sus hombros que hubieran debido guardar el incógnito. Era una cantarina del teatro Monte Parnaso, cuyo escenario daba, por decirlo así, en la cocina de la *Madre Cadet*. Había aprovechado un entreacto de la *Lucía* para ir á comer, y en aquel momento terminaba con me-

dia taza de café, una comida compuesta de una alcachofa en aceite y vinagre.

—¡Dos fricasés! ¡Qué lobo!—dijo en voz baja á la camarera.—Se da buena vida, el mozo. A ver mi cuenta, Adela.

—Cuatro de la alcachofa, cuatro de la media taza y uno de pan. Total, nueve sueldos (1).

—Ahí van—dijo la cantarina, y salió canturriando:

¡Este amor que Dios me da!

—Toma, da el *la,*—dijo entonces un personaje misterioso sentado á la misma mesa de Schaunard, medio oculto detrás de un montón de libros de lance.

—¿Lo da?—dijo Schaunard.—Creo más bien que lo guarda. No hay más que ver eso—añadió mostrando con el dedo el plato que había servido á *Lucía de Lammermoor* para comer su alcachofa.—¡Escabechar su falsete en vinagre!

—Es un ácido violento, no hay duda,—añadió el personaje que hablara antes.—La ciudad de Orleans produce algunos que gozan, á justo título, de una gran reputación.

Schaunard examinó atentamente aquel individuo, que tanta insistencia mostraba por trabar conservación con él. La mirada penetrante de sus grandes ojos azules, que parecían buscar algo con asiduidad, daban á su fisonomía el carácter de placidez beata que se observa en los seminaristas. Su rostro tenía el color del marfil viejo, salvo las mejillas que parecían espolvoreadas de polvo de ladrillo molido.

(1) Para los que lo ignoren, el sueldo vale cinco céntimos.

Su boca parecía dibujada por un alumno principiante á quien se hubiera dado en el codo. Los labios, algo abultados y salientes, á la manera de los de la raza negra, dejaban entrever unos dientes de perro de caza, y su barba rasa dejaba caer dos pliegues sobre una corbata blanca, una de cuyas puntas amenazaba á los astros, mientras que la otra se dirigía á agujerear la tierra. Por debajo del sombrero de fieltro, de alas prodigiosamente anchas, se desbordaban sus cabellos en rubias cascadas. Vestía un gabán con esclavina, de color de avellana, cuyo paño, reducido á la trama, tenía las asperezas de un rallo. De los anchos bolsillos de aquel gabán se escapaban legajos de papeles y libros en rústica. Sin preocuparse del examen de que era objeto, saboreaba su ración de coles en vinagre, dando frecuentes y expansivas señales de satisfacción. Mientras comía iba leyendo un librajo abierto ante sí, y en el que de vez en cuando escribía algunas notas con un lápiz que tenía en la oreja.

—¡Eh!—gritó de pronto Schaunard haciendo sonar su vaso con el cuchillo.—¿Y mi fricasé?

—Caballero,—respondió la muchacha, que llegaba con un plato en la mano,—se ha acabado; este es el último, y es para el señor, que lo ha pedido antes,—añadió dejando el plato frente al hombre de los libros de lance.

—¡Por Cristo vivo!—gritó Schaunard.

Y había tan melancólica decepción en aquel grito, que el hombre de los libros se conmovió interiormente. Separó la muralla de libros que se interponía entre él y Schaunard; y colocando el plato entre los dos, dijo con los más dulces acentos de su voz:

—¿Se dignará usted compartir conmigo este plato?

—¡Oh! de ninguna manera—dijo Schaunard, —no puedo permitir que usted se prive por mí.

—¿Me negará usted el placer de serle agradable?

—Si es así, caballero...—Y Schaunard avanzó su plato.

—Me permitirá que no le ofrezca la cabeza,— dijo el desconocido.

—¡Ah! caballero — exclamó Schaunard, — no puedo permitirlo.

Pero al retirar el plato se apercibió que el desconocido le había servido precisamente la parte que decía iba á guardar para sí.

—Si la cabeza es la parte más noble del hombre,—dijo el desconocido—es la más desagradable del conejo. Por esto son muchas las personas que no la pueden sufrir. Yo, por el contrario, la prefiero á todo.

—Entonces—dijo Schaunard,—siento vivamente que se haya usted privado de ella por mí.

—¿Cómo?... Usted perdone—exclamó el hombre de los libros viejos.—Soy yo quien se ha quedado con la cabeza. Con toda consideración he de hacerle observar que...

—Permítame usted—dijo Schaunard poniéndole el plato debajo de la nariz.—¿Sabría decirme que pedazo es éste?

—¡Santo cielo! ¿Qué veo? ¡Oh dioses! ¡Otra cabeza! ¡Era un conejo bicéfalo!—gritó el desconocido.

—Bicé...—dijo Schaunard.

—...falo. Es una palabra que viene del griego. El caso es que Buffon, que sabía donde tenía la

mano derecha, cita varios ejemplos de esta singularidad. ¡Por vida mía! No me disgusta haber comido parte de un fenómeno de esta clase.

Gracias á este incidente, la conversación quedó definitivamente entablada. Schaunard, que no quería ser menos cortés que su compañero, pidió un litro más. El hombre de los libros de lance mandó traer otro. Schaunard ofreció ensalada. El hombre de los libros ofreció los postres. A las ocho de la noche había seis litros vacíos encima de la mesa. Con la conversación, la franqueza, rociada con las libaciones del vinillo, les había impelido á referirse mutuamente su biografía, y se conocían ya como si siempre hubiesen estado juntos. El hombre de los libros, después de haber oído las confidencias de Schaunard, le había explicado que se llamaba Gustavo Colline; ejercía la profesión de filósofo, y vivía dando lecciones de matemáticas, de botánica y otras varias ciencias terminadas en *ica*.

El escaso dinero que ganaba corriendo de un lado á otro, Colline lo gastaba comprando libros de lance. Su gabán color de avellana era conocido por todos los libreros de lance del muelle, desde el puente de la Concordia hasta el puente de San Miguel. Lo que se hacía de todos aquellos libros, tan numerosos que la vida de un hombre no hubiera bastado para leerlos, nadie lo sabía, y él lo sabía menos que nadie. Pero aquella manía había tomado en él las proporciones de una pasión; y cuando por la noche regresaba á su casa sin haber comprado un libro, parodiando para su uso particular la sentencia de Tito, exclamaba: «Hoy he perdido el día.» Sus modales educados y su lenguaje, que ofrecía un mosaico de todos los

estilos, los terribles equívocos con que esmaltaba su conversación, habían seducido á Schaunard, quien pidió desde aquel momento permiso á Colline para añadir su nombre á los de los que componían la famosa lista de que hemos hecho mención.

Salieron del figón de la *Madre Cadet* á las nueve de la noche, pasablemente achispados ambos, y con aire de personas que acababan de estar en íntima conversación con las botellas.

Colline invitó á tomar café á Schaunard, y éste aceptó á condición de que se encargaría de los licores; y entraron en un café situado en la calle de San German l'Auxerrois, cuya muestra estaba dedicada á Momo, dios de los Juegos y de la Risa (1).

En el momento en que entraban en el saloncito, acababa de entablarse una acalorada discusión entre dos clientes del cafetín. Uno de ellos era un joven cuya cara se perdía en el fondo del matorral de una barba multicolor. Como antítesis á la abundancia de su barba, una calvicie precoz había despoblado su frente, que parecía una rodilla, y cuya desnudez trataba de disimular un mechón de cabellos tan escasos que se hubieran podido contar uno por uno. Vestía levita negra tonsurada en los codos, y dejaba ver, cuando levantaba los brazos, unos ventiladores practicados á lo largo de las mangas. Su pantalón pudo haber sido negro, pero sus botas, que nunca habían sido nuevas, parecía que hubiesen dado varias veces la vuelta al mundo en los pies del Judío Errante.

(1) Véase las *Confessions de Sylvius*, de Champfleury. (N. de A.)

Schaunard observó que su amigo Colline y el joven de copiosa barba se saludaron.

—¿Conoce usted á ese caballero?—preguntó al filósofo.

—No—respondió éste;—pero le encuentro alguna vez en la Biblioteca. Creo que es un literato.

—El traje lo es, por lo menos—replicó Schaunard.

El personaje con quien discutía el joven era un individuo de unos cuarenta años, amenazado de apoplegía fulminante, según dejaba colegir su enorme cabeza hundida inmediatamente entre sus hombros, sin la transición del cuello. Leíase el idiotismo en letras mayúsculas en su frente deprimida, cubierta con un pequeño casquete negro. Llamábase el señor Mouton, y estaba empleado en la alcaldía del distrito IV, en donde llevaba el registro de defunciones.

—¡Señor Rodolfo!—gritaba con voz de eunuco, sacudiendo al joven á quien tenía agarrado por la solapa de la levita.—¿Quiere usted que le diga mi opinión? Pues bien, todos los periódicos, no sirven para nada. Hagamos una suposición: yo soy un padre de familia ¿no es cierto?... Pues bien... Yo vengo al café á hacer mi partida de dominó. ¿Va usted comprendiendo?

—Siga usted, siga usted—dijo Rodolfo.

—Pues bien—continuó Mouton, acompañando sus frases con un puñetazo que hacía temblar las copas y vasos que había sobre la mesa.—Pues bien, recorro todos los periódicos, y... ¿qué es lo que veo? Veo que el uno dice blanco y el otro dice negro, y que patatrís y que patatrás. ¿Qué me importa á mí de todo eso? Yo soy un buen padre de familia que viene á jugar...

—Su partida de dominó—dijo Rodolfo.

—Todas las noches—continuó el señor Mouton.

—Pues bien, es una suposición: ¿está usted?...

—¡Perfectamente!—dijo Rodolfo.

—Leo un artículo que no es de mi opinión. Esto me incomoda y me irrita la sangre, porque, ¿ve usted, señor Rodolfo? Todos los diarios sólo dicen mentiras. ¡Sí, mentiras!—aulló con la nota más aguda de su falsete.—Y los periodistas son unos tunos, unos folicularios.

—No obstante, señor Mouton...

—Sí, unos tunos—continuó el empleado.—Ellos son la causa de las desgràcias de todo el mundo; ellos hicieron la revolución y los asignados (1); prueba de ello Murat.

—Usted dispense — replicó Rodolfo, — querrá decir Marat.

—No, no — prosiguió Mouton; — Murat, de quien vi el entierro cuando era niño...

—Le aseguro á usted...

—El protagonista de un drama representado en el Circo... ¡Vaya!

—Justo, precisamente—dijo Rodolfo;—es Murat.

—Pero ¿qué es lo que le digo á usted desde hace una hora?—exclamó el testarudo Mouton.—Murat, que trabajaba en unos sótanos, ¡vaya! Pues bien, es una suposición. ¿No han hecho bien los Borbones en guillotinarlo por su traición?

—¿A quién han guillotinado? ¿Quién hizo traición?—gritó Rodolfo sujetando á su vez al señor Mouton por la solapa.

—Pues, Marat.

---

(1) Papel moneda de la primera República.

—No, no, señor Mouton, Murat. ¡Entendámonos, vive Dios!

—Ciertamente, Marat, un canalla. Hizo traición al emperador en 1815. Por esto digo que todos los periódicos son lo mismo;—continuó el señor Mouton volviendo á la tesis de lo que llamaba una explicación.—¿Sabe usted lo que yo querría, señor Rodolfo? Pues bien, es una suposición... Yo querría un buen diario... ¡Oh! No muy grande... ¿Está usted? Y que no hiciera frases... ¿Me explico?

—¡Qué exigente es usted!—interrumpió Rodolfo.—¡Un diario sin frases!

—Sí, señor, sí; entiéndame usted.

—Así lo deseo.

—Un diario que se ocupara simplemente de la salud del rey y de los bienes de la tierra. Porque, seamos justos ¿de qué sirven vuestras gacetas, que nadie entiende? Una suposición: Yo estoy en la alcaldía ¿no es cierto? Yo atiendo á mi registro ¡perfectamente! Pues bien, es como si me vinieran á decir: «Señor Mouton, usted inscribe las defunciones, pues bien, hágalo así, hágalo asado. Pues bien, ¿y qué? ¿y qué? ¿y qué? Pues bien, con los periódicos ocurre lo mismo—dijo por conclusión.

—Es evidente—afirmó un vecino que había comprendido.

Y el señor Mouton, después de recibir las felicitaciones de algunos concurrentes que participaban de su opinión, se fué á proseguir su partida de dominó.

—Le he dado una lección—dijo indicando á Rodolfo, que había vuelto á sentarse en la misma mesa donde se hallaban Schaunard y Colline.

—¡Qué estúpido!—dijo éste á los dos jóvenes, designándoles al empleado.

—Tiene una gran cabeza, con sus párpados que parecen el fuelle de un coche, y sus ojos á guisa de bolas de lotería—dijo Schaunard, sacando una pipa maravillosamente culotada.

—¡Pardiez! caballero, — dijo Rodolfo — posee usted una hermosa pipa.

—¡Oh! tengo otra mucho mejor para las grandes ocasiones—replicó Schaunard con indiferencia.—Saque usted el tabaco Colline.

—¡Demontre!—exclamó el filósofo.—Se me ha acabado.

—Permítame que se lo ofrezca—dijo Rodolfo sacando de su bolsillo un paquete de tabaco que dejó encima de la mesa.

En vista de su galantería, Colline creyó necesario ofrecer unas copas.

Rodolfo aceptó. La conversación recayó en la literatura. Interrogado respecto á su profesión, denunciada por su traje, Rodolfo confesó sus relaciones con las Musas, y mandó traer otras copas. Cuando el mozo iba á llevarse la botella, Schaunard le rogó que la dejara. Había oído sonar en uno de los bolsillos de Colline el duo argentino de dos monedas de cinco francos. Rodolfo alcanzó bien pronto el nivel de expansión en que se hallaban los dos amigos, y les comunicó, á su vez, sus confidencias.

Así habrían pasado la noche en el café, sin duda, si no les hubieran suplicado que se retiraran. No habían dado aún diez pasos por la calle, y en ello emplearon un cuarto de hora, cuando les sorprendió una lluvia torrencial. Colline y Rodolfo vivían en dos extremidades de París, el uno

en la Isla de San Luis y el otro en Montmartre.

Schaunard que había olvidado completamente que carecía de domicilio, les ofreció hospitalidad.

—Venid á mi casa,—dijo—vivo aquí cerca; pasaremos la noche hablando de literatura y bellas artes.

—Tú tocarás y Rodolfo nos recitará sus versos—dijo Colline.

—Sí, á fe mía,—añadió Schaunard—divirtámonos, no se vive más que una vez.

Al llegar delante de su casa, que Schaunard reconoció con dificultad, se sentó un instante en un guardacantón esperando á Rodolfo y á Colline que habían entrado en una taberna que estaba abierta todavía, para adquirir los primeros elementos de una cena. Cuando estuvieron de vuelta, Schaunard llamó repetidas veces á la puerta, porque recordaba vagamente que el portero tenía la costumbre de hacerle aguardar. La puerta se abrió, por fin, y el tío Durand, hundido en las dulzuras del primer sueño y sin acordarse de que Schaunard no era ya inquilino suyo, no mostró sorpresa ninguna cuando éste dió su nombre por el ventanillo.

Cuando los tres llegaron á lo alto de la escalera, cuya ascensión había sido tan larga como difícil, Schaunard, que era el que iba delante, lanzó un grito de sorpresa al ver la llave en la puerta de su cuarto.

—¿Qué sucede?—preguntó Rodolfo.

—No lo comprendo,—murmuró aquél—encuentro en la cerradura la llave que me he llevado esta mañana. ¡Ah! ahora veremos. La metí en mi bolsillo. ¿No lo decía yo? ¡Aquí la tengo todavía!—exclamó mostrando la llave.

—¡Es cosa de magia!

—De fantasmagoría—dijo Colline.

—Fantástica—añadió Rodolfo.

—Pero—prosiguió Schaunard cuya voz empezaba á impregnarse de terror—¿no oís?

—¿Qué?

—¿Qué?

—Mi piano, que toca solo *do la mi re do, la si sol, re.* ¡Infame *re,* te reconozco! desentonado siempre.

—No estará usted en su casa, sin duda—le dijo Rodolfo, que añadió por lo bajo á Colline sobre quien se apoyó con pesadez:—Está borracho.

—Así lo creo. Porque ante todo, no es un piano lo que suena, sino una flauta.

—Usted también está borracho, amigo—respondió el poeta al filósofo, que se había sentado en la meseta.—Es un violín.

—Un vio... ¡Ja, ja, ja! Oye, Schaunard,—balbuceó Colline, tirando de las piernas á su amigo —¡qué ocurrencia! Pues no pretende este señor que es un vio...

—¡Por Cristo vivo!—gritó Schaunard en el colmo del espanto;—mi piano sigue tocando; ¡es cosa de magia!

—Fantasma...goría—aulló Colline dejando caer una de las botellas que llevaba en la mano.

—Fantástica—chilló á su vez Rodolfo.

En medio de aquel galimatías, se abrió de pronto la puerta del cuarto, y se vió aparecer en el umbral á un personaje que llevaba en la mano un candelabro de tres brazos en el que ardían velas de color de rosa.

—¿Qué desean ustedes, caballeros?—preguntó, saludando cortesmente á los tres amigos.

—¡Cielos, qué he hecho! Me he equivocado; esta no es mi casa—exclamó Schaunard.

—Caballero—añadieron en coro Colline y Rodolfo, dirigiéndose al personaje que había abierto,—dispénsenos usted; está borracho hasta la punta de los pelos.

De pronto un relámpago de lucidez iluminó la borrachera de Schaunard; acababa de leer en la puerta esta línea escrita con yeso:

«*He venido tres veces á buscar mis regalos.*
EUFEMIA.»

—¡Sí, sí, decididamente, estoy en mi casa!—prorrumpió;—esta es la tarjeta de visita que Eufemia me dejó el día de año nuevo: es mi puerta sin duda alguna.

—Por mi vida, caballero,—dijo Rodolfo, que estoy verdaderamente avergonzado.

—Crea usted, caballero,—añadió Colline,—que por mi parte participo altamente de la vergüenza de mi amigo.

El joven no podía casi contener la risa.

—Si quieren entrar ustedes un instante en mi casa,—respondió,—no dudo que su amigo, apenas se haga cargo del sitio, reconocerá su error.

—Con mucho gusto.

Y el poeta y el filósofo, tomando á Schaunard por un brazo cada uno, lo introdujeron en el cuarto, ó más bien en el palacio de Marcelo, que los lectores habrán reconocido seguramente.

Schaunard paseó lentamente la mirada á su alrededor, murmurando:

CAMPS

—Es sorprendente de la manera cómo se ha embellecido mi estancia.

—¿Qué tal? ¿te has convencido ahora?—le preguntó Colline.

Pero al ver el piano, Schaunard se había acercado al instrumento y ejecutaba algunas escalas.

—¡Eh, vosotros! escuchad,—dijo tocando algunos acordes...—¡Gracias á Dios! El animal ha reconocido á su amo: *¡si la sol, fa mi re!* ¡Ah! ¡pícaro *re!* ¡siempre serás el mismo! Bien decía yo que este era mi instrumento.

—Insiste,—dijo Colline á Rodolfo.

—Insiste,—repitió Rodolfo á Marcelo.

—¿Y esto?—añadió Schaunard mostrando la falda bordada de estrellas, que estaba tirada sobre una silla.—¿Esto no es mi bata, acaso? ¡Eh!

Y miraba á Marcelo cara á cara.

—¿Y esto?—continuó, arrancando de la pared el auto de desahucio de que hemos hecho mención antes.

Y empezó á leer:

—«En consecuencia, el señor Schaunard viene obligado á desalojar el cuarto y á restituirlo en buen estado de conservación, el día ocho de Abril antes de medio día. A cuyo efecto le he hecho la debida notificación, cuyo coste es de cinco francos». ¡Hola! ¡hola! ¿Con qué no soy yo el señor Schaunard, á quien se desahucia judicialmente, en papel sellado, que cuesta cinco francos? ¿Y esto además,—prosiguió reconociendo sus babuchas que Marcelo llevaba puestas,—no son estas mis babuchas, regalo de una mano querida? Ahora toca á usted, caballero,—dijo á Marcelo;—explique su presencia en mis lares.

—Señores,—respondió Marcelo dirigiéndose es-

pecialmente á Colline y á Rodolfo,—el señor,—y designaba á Schaunard,—el señor está en su casa, lo confieso.

—¡Ah!—exclamó Schaunard.—¡Qué fortuna!

—Pero,—continuó Marcelo,—yo también estoy en la mía.

—Sin embargo, caballero,—interrumpió Rodolfo,—si nuestro amigo reconoce...

—Sí,—continuó Colline,—si nuestro amigo...

—Y si por su parte usted recuerda que...—añadió Rodolfo.—¿Cómo es que...?

—Sí,—repitió Colline como un eco.—¿Cómo es que?...

—Tomen ustedes asiento, señores,—repitió Marcelo,—voy á explicarles este misterio.

—¿Y si remojáramos la explicación?—propuso Colline.

—Comiendo un bocado,—añadió Rodolfo.

Los cuatro jóvenes se sentaron á la mesa y dieron una acometida á un pedazo de ternera fiambre que les había cedido el tabernero.

Marcelo explicó entonces lo que había ocurrido por la mañana entre él y el propietario, cuando fué á tomar posesión del cuarto.

—En este caso,—dijo Rodolfo,—el señor tiene toda la razón, nosotros estamos en su casa.

—Ustedes están en la suya,—dijo cortesmente Marcelo.

Fué menester un trabajo enorme para hacer entender á Schaunard cómo habían pasado las cosas. Un incidente cómico acabó de complicar la situación. Estaba Schaunard buscando algo en una alacena, cuando descubrió el cambio del billete de quinientos francos que Marcelo se había

hecho cambiar aquella mañana por el señor Bernard.

—¡Ah! estaba seguro de que la casualidad no me abandonaría. Ahora recuerdo... que salí esta mañana en su persecución. Es cierto que por culpa del alquiler, habrá venido durante mi ausencia. Nos hemos cruzado en el camino, y esto basta. ¡He hecho bien en dejar la llave en el cajón!

—¡Agradable locura!—murmuró Rodolfo viendo á Schaunard que iba apilando las diferentes especies de moneda en columnas iguales.

—Sueño, mentira, tal es la vida,—sentenció el filósofo.

Marcelo se reía.

Una hora más tarde dormían los cuatro.

Al día siguiente, á medio día, se despertaron y de momento parecieron muy sorprendidos de hallarse juntos: Schaunard, Colline y Rodolfo casi no se reconocían y se daban tratamiento. Fué necesario que Marcelo les recordase que la noche antes habían entrado juntos.

En este momento el tío Durand entró en la habitación:

—Señorito,—dijo á Marcelo,—hoy es el nueve de Abril de mil ochocientos cuarenta... hay lodo en las calles, y S. M. Luis Felipe es todavía rey de Francia y de Navarra. ¡Toma!—exclamó el tío Durand apercibiendo á su ex-inquilino,—¡el señor Schaunard! ¿Por dónde ha entrado usted?

—Por el telégrafo,—respondió Schaunard.

—Pero, oiga usted,—prosiguió el portero.—¿Continúa usted tan bromista?

—Durand,—dijo Marcelo,—no me gusta que la librea se mezcle en mi conversación; vaya usted al restaurant cercano, y haga subir almuerzo para

cuatro personas. Aquí tiene la lista,—añadió dándole un pedazo de papel en el que estaba escrito el *menú*.—Salga usted.

—Señores,—dijo Marcelo á los tres jóvenes,—ustedes me ofrecieron anoche una cena, permítanme que esta mañana les ofrezca un almuerzo, no en mi casa, sino en la de ustedes,—añadió tendiendo la mano á Schaunard.

Al final del almuerzo, Rodolfo pidió la palabra.

—Señores,—dijo,—permítanme que me separe de ustedes...

—¡Oh, no!—dijo sentimentalmente Schaunard, —ya no debemos separarnos jamás.

—Es verdad, aquí se está muy bien,—añadió Colline.

—Que me separe de ustedes un momento—prosiguió Rodolfo:—mañana aparece *La gasa de Iris*, un periódico de modas del que soy redactor en jefe; y es necesario que vaya á corregir las pruebas. Volveré dentro de una hora.

—¡Diablo!—dijo Colline—esto me recuerda que he de dar lección á un príncipe indio que ha venido á París para aprender el árabe.

—Irá usted mañana—dijo Marcelo.

—¡Oh, no!—respondió el filósofo,—el príncipe me ha de pagar hoy. Y además, he de confesaros que daría por perdido este hermosa día, si no fuera á dar un paseíto por la feria de los libros de lance.

—¿Pero volverás?—preguntó Schaunard.

—Con la rapidez de una flecha lanzada por mano segura—respondió el filósofo, á quien gustaban las imágenes excéntricas.

Y salió con Rodolfo.

—Por mi parte—dijo Schaunard al quedarse solo con Marcelo—¿no sería mejor que en vez de

adormecerme en el *dolce farniente,* fuera en busca de dinero para satisfacer la avaricia del señor Bernard?

—Oiga—dijo Marcelo con inquietud:—¿persiste usted en desalojar la casa?

—¡Diantre!—respondió Schaunard,—es necesario, puesto que me lo impone un auto judicial, que me cuesta cinco francos.

—Pero—continuó Marcelo—¿si usted se muda se llevará sus muebles?

—Esa es mi intención; no dejaré ni un cabello, como dice el señor Bernard.

—¡Demonio! esto me contraría—exclamó Marcelo—porque la habitación la alquilé amueblada.

—Toma, es cierto, tiene usted razón—repitió Schaunard. Pero ¡bah!—añadió con tristeza,—ninguna seguridad tengo de encontrar mis setenta y cinco francos ni hoy, ni mañana, ni nunca.

—Oiga usted, — prorrumpió Marcelo — se me ocurre una idea.

—Explíquese usted,—dijo Schaunard.

—La situación es ésta: legalmente, este cuarto es mío, puesto que he pagado un mes por adelantado.

—El cuarto sí; pero los muebles, si pago, me los llevo legalmente; y si fuera posible, también me los llevaría extralegalmente—dijo Schaunard.

—De manera — continuó Marcelo — que usted tiene muebles y no tiene habitación, y que yo tengo habitación pero no tengo muebles.

—Justo—observó Schaunard.

—A mi, me gusta este cuarto.

—Y á mí, á decir verdad,—añadió Schaunard nunca me ha gustado tanto.

—Pues bien, entre los dos podremos arreglar este asunto—prosiguió Marcelo;—quédese usted conmigo, yo pondré habitación y usted pondrá los muebles.

—¿Y los alquileres?—dijo Schaunard.

—Puesto que ahora tengo dinero, corren de mi cuenta; otra vez le tocará á usted. Reflexione.

—Yo no reflexiono jamás, sobre todo para aceptar una proposición que me gusta; acepto desde luego: no en vano la pintura y la música son hermanas.

—Cuñadas—dijo Marcelo.

En este momento entraban Colline y Rodolfo que se habían encontrado.

Marcelo y Schaunard les participaron su asociación.

—Señores — gritó Rodolfo haciendo sonar el bolsillo del chaleco—convido á comer á la compañía.

—Ni más ni menos de lo que iba á tener el honor de proponerles—dijo Colline sacando de su bolsillo una moneda de oro que se puso en el ojo á guisa de monóculo.—Mi príncipe me ha dado esto para comprar una gramática indo-árabe, que acabo de comprar por seis sueldos á toca teja.

—Y yo—dijo Rodolfo—me he hecho adelantar 30 francos por el cajero de *La gasa de Iris,* á pretexto de que los necesitaba para hacerme vacunar.

—Hoy es día de ingresos—exclamó Schaunard; —yo soy el único que no he percibido nada; ¡esto es vergonzoso!

—Entre tanto—replicó Rodolfo—mantengo mi convite.

—Y yo también—dijo Colline.

—Pues bien—dijo Rodolfo—vamos á jugar á cara y cruz quién pagará la cuenta.

—No,—gritó Schaunard—tengo una solución mejor, infinitamente mejor, para sacaros del apuro.

—¡Veamos!

—Rodolfo pagará la comida, y Colline la cena.

—Yo llamaría á esto justicia de Salomón—exclamó el filósofo.

—¡Ni las bodas de Camacho!—añadió Marcelo.

La comida tuvo lugar en un restaurant provenzal de la calle *Dauphin,* célebre por sus mozos literatos y su *alioli.* Como convenía dejar sitio para la cena, bebieron y comieron con moderación. La amistad iniciada la víspera entre Colline y Schaunard, y más tarde con Marcelo, se hizo más íntima; cada uno de los cuatro jóvenes enarboló el estandarte de su opinión en el arte; los cuatro reconocieron que tenían el mismo valor y las mismas esperanzas. Hablando y discutiendo, se apercibieron de que sus simpatías eran comunes, que esgrimían con igual habilidad la agudeza cómica, que alegra sin mortificar; y que todas las hermosas virtudes de la juventud no habían dejado ni un vacío en su corazón, fácil de emocionar por la vista ó el relato de la belleza. Como los cuatro partían de un mismo punto en dirección al mismo fin, pensaron que en su reunión había algo más que el *quid pro quo* trivial de la casualidad, y que podía muy bien ser la Providencia, protectora de los abandonados, quien les unía tan estrechamente, y les susurraba en el oído la evangélica parábola que debería ser la única ley de la humanidad: «Ayudaos y amaos los unos á los otros.»

Al final del almuerzo, que acabó con cierta gravedad, Rodolfo se levantó para dedicar un brindis al porvenir, y Colline le contestó con un corto discurso que no estaba sacado de ningún libro viejo, ni pertenecía bajo ningún aspecto al buen estilo, sino que hablaba simplemente el bonachón lenguaje de ingenuidad que tan bien hace comprender lo que tan mal dice.

—¡Qué bruto es este filósofo!—murmuró Schaunard, que estaba con las narices en el vaso. —Que manera de obligarme á echar agua en el vino.

Cuando hubieron comido se fueron á tomar café en el de *Momo,* donde habían pasado la velada anterior. A partir de aquel día, el establecimiento se hizo inaguantable para los demás parroquianos.

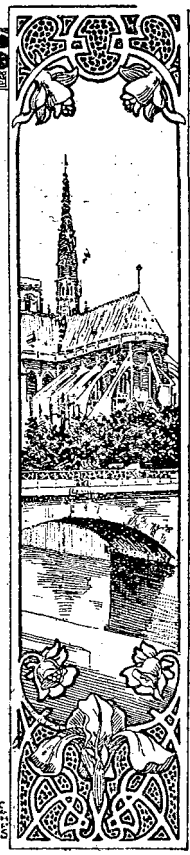
Después del café y los licores, el grupo bohemio, definitivamente fundado, volvió á casa de Marcelo, que fué bautizada con el nombre de Elíseo Schaunard. Mientras Colline iba á encargar la cena que había prometido, los otros compraron petardos, cohetes y otros juegos pirotécnicos; y antes de ponerse á la mesa, dispararon por la ventana un hermoso ramillete de fuegos artificiales que puso en alarma toda la casa, y durante el cual los cuatro amigos cantaban á grito pelado:

¡Celebremos, celebremos, celebremos este hermoso día!

A la mañana siguiente, volvieron á encontrarse reunidos, pero esta vez no mostraron ninguna sorpresa. Antes de dirigirse cada cual á sus asuntos, se fueron los cuatro á almorzar frugalmente

al café *Momo,* en el que se dieron cita para la noche, y donde se les vió, por espacio de mucho tiempo, asistir asiduamente todos los días.

Tales son los principales personajes que irán apareciendo en los episodios de que se compone este libro que no es una novela, ni tiene más pretensiones que las que indica su título; porque las *Escenas de la Vida Bohemia* no son en realidad más que estudios de costumbres cuyos protagonistas pertenecen á una clase mal juzgada hasta ahora, y cuyo defecto mayor es el desorden; y aun pueden dar por excusa que este mismo desorden es una necesidad de su vida.



II

Un enviado de la Providencia

Schaunard y Marcelo, que desde muy temprano habían puesto manos á la obra con ardor, suspendieron de pronto su trabajo.

—¡Jesucristo, qué hambre tengo!—dijo Schaunard; y añadió con displicencia. —¿No se almuerza hoy aquí?

Marcelo mostróse muy sorprendido por la pregunta, más importuna que nunca.

—¿Desde cuándo almorzamos dos días seguidos?—dijo.—Ayer era jueves.

Y completó su respuesta designando con su tiento este mandamiento de la Iglesia escrito en la pared:

> Los viernes no comas carne
> ni otra cosa semejante.

Schaunard no encontró nada que objetar y volvió á su cuadro, que representaba una llanura po-

blada por un árbol encarnado y un árbol azul que se abrazaban con las ramas. Transparente alusión á las dulzuras de la amistad, y que no dejaba de ser, en realidad, muy filosófica.

En aquel momento el portero llamó á la puerta. Traía una carta para Marcelo.

—Vale tres sueldos—dijo.

—¿Está usted seguro? — replicó el artista.—Está bien, nos los deberá usted.

Y le dió con la puerta en las narices.

Marcelo había tomado la carta y roto el sello. Desde las primeras líneas empezó á dar saltos de acróbata por el taller y entonó á grito pelado la célebre canción siguiente, que representaba en él, el apogeo del júbilo:

Eran cuatro muchachos del barrio,
Y los cuatro se hallaban enfermos;
Condujéronlos al Hospital
¡Mal! ¡mal! ¡mal!

—Perfectamente,—dijo Schaunard continuando:

Los pusieron en una gran cama
Dos en la almohada y dos en los pies.

Ya la sabía.
Marcelo prosiguió:

Una hermana se les presentó.
¡Oh! ¡oh! ¡oh!

—Si no te callas—dijo Schaunard, que sentía ya síntomas de enajenación mental—voy á ejecutar el *allegro* de mi sinfonía sobre la *influencia del azul en las artes*.

Y se dirigió al piano.

Esta amenaza produjo el efecto de una gota de agua fría en un líquido en ebullición.

Marcelo se calmó como por encanto.

—¡Toma!—dijo entregando la carta á su amigo.—Lee.

Era una invitación á comer de un diputado, protector inteligente de las bellas artes, y en particular de Marcelo, quien le había pintado una vista de su casa de campo.

—Es para hoy—dijo Schaunard;—es lástima que este billete no sirva para dos personas. Pero ahora recuerdo que tu diputado es ministerial; tu no puedes, no debes aceptar; tus principios te prohiben ir á comer el pan amasado con los sudores del pueblo.

—¡Bah!—dijo Marcelo—mi diputado pertenece

al centro izquierdo; el otro día votó contra el gobierno, por otra parte, debe hacerme un encargo, y me ha prometido lanzarme en el gran mundo; y además ¿querrás creerlo? aunque estamos en viernes, siento una voracidad de conde Ugolino, y quiero comer á toda costa. ¿Me entiendes?

—Quedan aún otros obstáculos—replicó Schaunard, que en el fondo estaba algo celoso de la buena fortuna de su amigo.—Tú no puedes asistir á un convite con blusa encarnada y gorra de descargador de leña.

—Iré á que me presten el traje Rodolfo y Colline.

—¡Joven insensato! ¿Olvidas que hemos pasado del veinte del mes, y que en esta fecha los trajes de aquellos caballeros están empeñados y reempeñados?

—Encontraré al menos un frac negro de aquí á cinco horas—insistió Marcelo.

—Yo tardé tres semanas en encontrar uno para la boda de mi primo; y esto que estábamos á principios de Enero.

—Pues bien, iré así—contestó Marcelo paseándose á grandes pasos.—No podrá decirse que una miserable cuestión de etiqueta me impida dar mi primer paso en la sociedad.

—A propósito—interrumpió Schaunard, que tomaba gusto en apesadumbrar á su amigo—¿y las botas?

Marcelo salió en un estado de agitación imposible de describir. Al cabo de dos horas volvía á entrar cargado con un cuello postizo.

—Esto es todo lo que he podido encontrar—dijo con acento lastimero.

—No valía la pena de correr tanto por tan po-

ca cosa—respondió Schaunard;—aquí hay papel con que cortar una docena.

—Pero—dijo Marcelo mesándose los cabellos,—nosotros debemos poseer algunos efectos ¡qué diablo!

Y emprendió una minuciosa revista por todos los rincones de la casa.

Después de haber buscado durante una hora, reunió un traje compuesto de lo siguiente:

Un pantalón escocés.

Un sombrero gris.

Una corbata encarnada.

Un guante que fué blanco.

Un guante negro.

—Esto puede convertirse en un par de guantes negros, si ocurre—dijo Schaunard.—Pero cuando estés vestido, parecerás el espectro solar. Después de todo ¡cuándo se es colorista!...

Mientras tanto Marcelo se probaba las botas.

¡Fatalidad! las dos eran del mismo pie.

El artista, desesperado, divisó entonces en un rincón una bota vieja en la que metían las vejigas vacías (1); y se apoderó de ella.

—Tan bueno es Pedro como su compañero—dijo irónicamente su amigo:—ésta es puntiaguda y la otra es roma.

—Esto no se verá cuando tengan lustre.

—¡Algo es algo! ya no te falta más que el traje negro de rigor.

—¡Oh!—exclamó Marcelo mordiéndose los puños;—por tener uno, daría diez años de mi vida y mi mano derecha ¡mira tú!

(1) Hasta algún tiempo después no se emplearon tubos de plomo en lugar de las vejigas, para contener la pintura.

En aquel momento volvieron á llamar á la puerta. Marcelo abrió.

—¿El señor Schaunard?—preguntó un forastero desde el umbral de la puerta.

—Soy yo—respondió el pintor rogándole que entrara.

—Caballero—dijo el desconocido, poseedor de una de aquellas honradas fisonomías que son el tipo del provinciano;—mi primo me ha hablado con elogio de su talento de usted para los retratos; y hallándome en vísperas de realizar un viaje á las colonias, á donde voy delegado por los refinadores de azúcar de Nantes, desearía dejar un recuerdo mío á mi familia. Este es el motivo de mi visita.

—¡Oh santa Providencia!...—murmuró Schaunard.—Marcelo, acerca una silla al señor...

—Blancheron—añadió el forastero;—Blancheron de Nantes, delegado de la industria azucarera, ex-alcalde de V..., capitán de la guardia nacional, y autor de un libro sobre la cuestión de los azúcares.

—La predilección que muestra por mí, me honra en extremo—dijo el artista inclinándose ante el delegado de los refinadores.—¿Cómo desea usted el retrato?

—En miniatura, como éste—respondió el señor Blancheron señalando un retrato al óleo; porque lo mismo para el delegado que para muchos otros, todo lo que no es pintura decorativa es miniatura, no hay término medio.

Aquel candor dió á Schaunard la medida del talento del buen hombre con quién tenía que habérselas, y aún más cuando éste añadió que de-

seaba que su retrato estuviera pintado con colores finos.

—No empleo nunca otros — dijo Schaunard.— ¿De qué tamaño quiere usted el retrato?

—Grande como éste—respondió el señor Blancheron, señalando una tela de veinte pulgadas.— Pero ¿cuánto puede costar?

—De cincuenta á sesenta francos; cincuenta sin las manos, y sesenta con ellas.

—¡Diablo! Mi primo me había hablado de treinta francos.

—Según las estaciones — dijo el pintor; — los colores son mucho más caros en determinadas épocas.

—¡Toma! ¿Sucede, pues, como con el azúcar?

—Exactamente.

—Vaya por los cincuenta francos—dijo el señor Blancheron.

—Hace usted mal; por diez francos más tendría las manos, entre las cuales colocaría su libro sobre la cuestión azucarera, lo cual le favorecería mucho.

—A fe mía que tiene usted razón.

—¡Pardiez!—dijo entre sí Schaunard—si continúa, reviento y le hiero con uno de mis pedazos.

—¿Te has fijado?—le deslizó al oído Marcelo.

—¿En qué?

—Lleva traje negro.

—Comprendo y estoy al tanto de lo que piensas. Déjame hacer.

—Y bien, señor Schaunard—dijo el delegado— ¿cuándo empezaremos? Será conveniente no retardarlo, porque debo marchar pronto.

—Yo también tengo que hacer un pequeño viaje; salgo de París pasado mañana. Así, pues, si

usted quiere, vamos á empezar en seguida. Una buena sesión anticipará el resultado.

—Pero pronto va á ser de noche y no se puede pintar con luz artificial—dijo el señor Blancheron.

—Mi estudio está dispuesto para que se pueda trabajar á todas horas...—replicó el pintor.—Si se quiere quitar el frac y tomar la posición, vamos á empezar.

—¡Quitarme el frac! ¿Por qué?

—¿No me ha dicho usted que destinaba su retrato á la familia?

—Sin duda.

—Pues bien, así debe usted estar representado en traje de casa, de bata. Esta es la costumbre.

—Pero es que aquí no tengo bata.

—Pero la tengo yo. El caso está previsto—dijo Schaunard ofreciendo á su modelo un harapo lleno de manchas de pintura que de momento hizo vacilar al honrado provinciano.

—Esta prenda es muy original—dijo.

—Muy notable—respondió el pintor.—Un visir turco la regaló á Horacio Vernet y éste me la dió á mí. Yo soy discípulo suyo.

—¿Usted es discípulo de Vernet?—dijo Blancheron.

—Sí, señor; y me vanaglorio de ello. ¡Horror! —murmuró entre sí—reniego de mis dioses.

—Se comprende, joven—respondió el delegado poniéndose la bata que contaba tan noble origen.

—Cuelga el frac de este caballero en la percha,—dijo Schaunard á su amigo con un expresivo guiño.

—Oye—murmuró Marcelo echándose sobre su presa y designando á Blancheron.—¡Qué bueno es! ¿Si pudieras quedarte con un pedazo?

—¡Lo intentaré! pero no se trata de esto; vístete pronto y lárgate. Vuelve á las diez, yo lo guardaré hasta aquella hora. Sobre todo, tráeme algo en los bolsillos.

—Te traeré una banana—dijo Marcelo escapando.

Se vistió en un momento. El frac le estaba como un guante; luego salió por la puerta falsa del taller.

Schaunard se había puesto á trabajar. Cuando ya había cerrado la noche por completo, el señor Blancheron oyó que daban las seis y acordándose de que no había comido, se lo manifestó al pintor.

—Yo estoy en el mismo caso; pero, por complacerle, esta noche no comeré. Por cierto que estaba convidado en una casa del arrabal de San Germán—dijo Schaunard.—Pero no podemos dejarlo, porque esto comprometería la semejanza.

Y continuó trabajando.

—Después de todo—dijo de pronto—podemos comer sin salir de casa. Hay abajo un excelente restaurant del que nos pueden subir cuanto queramos.

Y Schaunard esperó el efecto de sus plurales.

—Soy de su misma opinión—dijo el señor Blancheron—y en desquite, espero que me hará usted el honor de acompañarme á la mesa.

Schaunard se inclinó.

—Vamos—se dijo—es un buen hombre, un verdadero enviado de la Providencia.—¿Quiere usted hacer la lista?—preguntó á su anfitrión.

—Me hará usted un favor encargándose de ese cuidado—respondió éste cortesmente.

—Tú te arrepentirás, Nicolás—cantaba el pin-

tor mientras bajaba las escaleras de cuatro en cuatro.

Entró en el restaurant y se dirigió al mostrador compilando una lista cuya lectura hizo palidecer al Vatel de tienda.

—Burdeos á todo pasto.

—¿Quién pagará?

—No seré yo probablemente—dijo Schaunard —sino un tío mío que verá usted arriba, un buen gastrónomo. Por lo tanto, procure distinguirse y que nos sirvan dentro media hora, y en porcelana sobre todo.

. . . . . .

A las ocho, el señor Blancheron sentía ya la necesidad de derramar en el seno de un amigo sus ideas sobre la industria azucarera, y recitó á Schaunard el libro que había escrito.

Este le acompañó al piano.

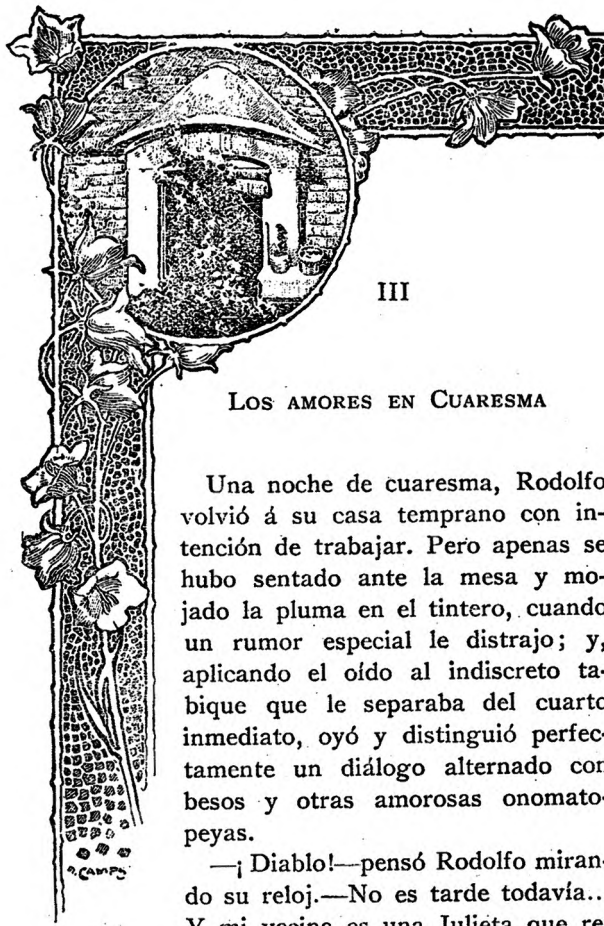
A las diez el señor Blancheron y su amigo bailaban el *galop* y se tuteaban. A las once juraron no separarse jamás y redactaron sus testamentos legándose recíprocamente su fortuna.

A media noche regresó Marcelo y les encontró en brazos uno de otro, llorando á lágrima viva. En el estudio había ya media pulgada de agua. Marcelo tropezó con la mesa y vió los espléndidos restos del soberbio festín. Miró las botellas y las vió completamente vacías.

Quiso despertar á Schaunard, pero éste le amenazó con matarle si trataba de arrebatarle al señor Blancheron, que le servía de almohada.

—¡Ingrato!—dijo Marcelo sacando del bolsillo de la levita un puñado de avellanas.—¡Y yo que le traía de comer!

CAMPS



III

Los amores en Cuaresma

Una noche de cuaresma, Rodolfo volvió á su casa temprano con intención de trabajar. Pero apenas se hubo sentado ante la mesa y mojado la pluma en el tintero, cuando un rumor especial le distrajo; y, aplicando el oído al indiscreto tabique que le separaba del cuarto inmediato, oyó y distinguió perfectamente un diálogo alternado con besos y otras amorosas onomatopeyas.

—¡Diablo!—pensó Rodolfo mirando su reloj.—No es tarde todavía... Y mi vecina es una Julieta que retiene ordinariamente á su Romeo hasta mucho después del canto de la alondra. Esta noche me sería imposible trabajar;—y tomando su sombrero, salió.

Al dejar la llave en la portería, sorprendió á la mujer del portero medio aprisionada entre los brazos de un galán. La pobre mujer se asustó

tanto, que estuvo más de cinco minutos sin poder tirar del cordón.

—Está visto,—pensó Rodolfo;—hay momentos en que las porteras vuelven á ser mujeres.

Al abrir la puerta, halló en el rincón un zapador-bombero y una cocinera libre de servicio, que se daban las manos y trocaban entre sí algunos anticipos amorosos.

—¡Pardiez!—dijo Rodolfo aludiendo al guerrero y á su robusta compañera.—Estos herejes no se acuerdan de que estamos en cuaresma.

Y se puso en camino para dirigirse á casa de uno de sus amigos que vivía en la vecindad.

—Si Marcelo está en su casa,—iba diciéndose,—pasaremos la velada hablando mal de Colline. Hay que ocuparse en algo...

Después de llamar vigorosamente, se entreabrió la puerta, y apareció un joven vestido sencillamente con un monóculo y con la camisa.

—No puedo recibirte,—dijo á Rodolfo.

—¿Por qué?

—¡Toma!—dijo Marcelo, señalando á una cabeza femenina que acababa de aparecer detrás de una cortina;—ahí tienes mi respuesta.

—No es muy guapa, que digamos,—contestó Rodolfo á quien habían dado con la puerta en las narices.—¿Y ahora, qué hacemos?—dijo cuando se vió en la calle.—¿Si fuera á ver á Colline? Pasaríamos el tiempo hablando mal de Marcelo.

Mientras atravesaba la calle del Oeste, ordinariamente obscura y poco frecuentada, Rodolfo distinguió una sombra que se paseaba melancólicamente, mascullando rimas entre dientes.

—¡Hola, hôla!—dijo Rodolfo.—¿Quién será ese soneto que está esperando? ¡Toma, si es Colline!

—¿Eres tú, Rodolfo? ¿Dónde vas?

—A tu casa.

—No me encontrarás.

—¿Qué haces aquí?

—Espero.

—¿Y qué es lo que esperas?

—¡Ah!—exclamó Colline con énfasis irónico:—¿Qué es lo que puede esperarse cuando se tienen veinte años, y hay estrellas en el cielo y canciones en el aire?

—Habla en prosa.

—Espero á una mujer.

—Buenas noches,—dijo Rodolfo que continuó su camino hablando consigo mismo.—¡Cáspita!—decía.—¿Es hoy acaso San Cupido, y no he de poder dar un paso sin tropezar con amantes? Esto es inmoral y escandaloso. ¿Qué hace la policía?

Como el Luxemburgo estaba abierto todavía, Rodolfo entró para abreviar su camino. Por los desiertos senderos veía desaparecer ante sí, como asustadas por el ruído de sus pasos, algunas parejas misteriosamente enlazadas que buscaban, según dice un poeta: «la doble voluptuosidad del silencio y de la sombra».

—Esta noche parece copiada de una novela,—dijo Rodolfo. No obstante, embargado á pesar suyo por una encantadora languidez, se sentó en un banco y miró sentimentalmente la luna.

Al cabo de un rato, estaba por completo bajo el yugo de una febril alucinación. Le parecía que los dioses y los héroes de mármol que pueblan el jardín, bajaban de sus pedestales para ir á cortejar á las diosas y heroínas cercanas; y oía distintamente al corpulento Hércules dedicar un madrigal á Veleda, cuya túnica le pareció singularmente encojida.

Desde el banco donde estaba sentado, percibió

al cisne del surtidor que se dirigía hacia una ninfa de las inmediaciones.

—¡Está bien! — pensó Rodolfo, que aceptaba toda aquella mitología.—Allá va Júpiter que se dirige á la cita de Leda. ¡Con tal de que no les sorprenda el guarda!

Después apoyó la frente entre las manos y se hundió más y más las espinas del sentimiento. Pero, en aquel hermoso instante de su sueño, Rodolfo fué despertado bruscamente por un guarda que se acercó á él y le golpeó en el hombro.

—Caballero, es hora de salir, —dijo.

¡Qué fortuna!—pensó Rodolfo.—Si llego á estar cinco minutos más, tendría en mi corazón más vírgenes encantadas que las que hay en las orillas del Rhin ó en las novelas de Alfonso Karr.

Y siguiendo su camino, salió á toda prisa del Luxemburgo, tarareando en voz baja una canción sentimental, que era para él *La Marsellesa* del amor.

Media hora después, sin saber cómo, se hallaba en el *Prado,* sentado delante

de un *punch* y hablando con un mocetón, célebre por su nariz, que por especial privilegio, es aguileña de perfil y roma de frente; una señora nariz que no carece de gracia, y que ha tenido bastantes aventuras amorosas, para poder dar, en casos semejantes, un buen consejo y ser útil á un amigo.

—Así, pues, —decía Alejandro Schaunard, el hombre de la nariz,—¡está usted enamorado!

—Sí, amigo mío... desde hace un momento, de pronto; como un intenso dolor de muelas en el corazón.

—Deme tabaco,—dijo Alejandro.

—Figúrese usted,—continuó Rodolfo,—que desde hace dos horas no encuentro más que amantes, hombres y mujeres, por parejas. He tenido la idea de entrar en el Luxemburgo, donde he visto toda suerte de fantasmagorías, y esto me ha removido extraordinariamente el corazón; me inspira elegías; balo y arrullo; me siento metamorfosear parte en cordero y parte en palomo. Fíjese usted bien; debo tener lana y plumas.

—¡Usted habrá bebido!—dijo con impaciencia Alejandro.—Me está usted embromando.

—Le aseguro que conservo mi sangre fría,—dijo Rodolfo.—Es decir, no. Pero he de comunicarle que tengo necesidad de abrazar algo. ¿Ve usted, amigo Alejandro? El hombre no debe vivir solo: en una palabra, es preciso que usted me ayude á encontrar una mujer... Vamos á dar una vuelta por el baile, y la primera que le designe, va usted y le dice que la amo.

—¿Por qué no va usted mismo á decírselo?—respondió Alejandro con su soberbio tono nasal.

—¡Ah! amigo—dijo Rodolfo,—le aseguro á usted que he olvidado completamente cómo se arre-

gla uno para decir estas cosas. En todas mis novelas amorosas, mis amigos han escrito siempre el prefacio y algunos hasta el desenlace. Yo no he sabido empezar nunca.

—Lo que conviene es saber acabar,—dijo Alejandro;—pero le comprendo. He visto una muchacha muy aficionada al óboe á quien podría usted, tal vez, convenir.

—¡Ah!—replicó Rodolfo.—Yo quisiera que tuviese guantes blancos y ojos azules.

—¡Demonio! Ojos azules no digo que no... pero los guantes... ya sabe usted que no se puede tener todo á la vez... Sin embargo, vamos al barrio de la aristocracia.

—Mire usted,—dijo Rodolfo al entrar en el salón donde acuden las elegantes del lugar:—aquí hay una de aspecto muy dulce...—y le señalaba una joven puesta con mucha elegancia que permanecía en un rincón.

—¡Está bien!—respondió Alejandro — Quédese usted algo atrás; voy á lanzarle por su cuenta el brulote de la pasión. Cuando tenga que venir... le llamaré.

Durante diez minutos Alejandro conversó con la joven, que, de vez en cuando, soltaba alegres risotadas y acabó por lanzar á Rodolfo una sonrisa que quería decir claramente:—Venga usted, su abogado ha ganado la causa.

—Vaya usted,—dijo Alejandro,—la victoria es nuestra; la muchacha no se ha mostrado cruel, pero adopte una actitud ingenua para comenzar.

—No tiene necesidad de recomendármelo.

—Entonces, deme un poco de tabaco, — dijo Alejandro,—y vaya usted á sentarse á su lado.

—¡Jesús!—dijo la joven, cuando Rodolfo tomó

asiento á su lado.—¡Qué gracioso es su amigo de usted! Habla como un cuerno de caza.

—Es que es músico,—respondió Rodolfo.

Dos horas después, Rodolfo y su compañera se detenían ante una casa de la calle de San Dionisio.

—Vivo aquí,—dijo la joven.

—Y bien, querida Luisa, ¿cuándo podré volverla á ver y dónde?

—En su casa de usted mañana á las ocho de la noche.

—¿De veras?

—Esta es mi promesa,—respondió Luisa presentando sus frescas mejillas á Rodolfo, quien hasta mordió en aquellos hermosos y sazonados frutos de juventud y lozanía.

Rodolfo entró en su casa ébrio, loco.

—¡Ah!—dijo, mientras paseaba por su cuarto á grandes pasos.—Esto no puede quedar así; es preciso que escriba algunos versos.

Al día siguiente, por la mañana, su portero encontró en el suelo unas treinta cuartillas en cuya cabecera se destacaba con majestad este alejandrino solitario:

¡Oh, Amor! ¡oh, Amor! tu reinas en la edad juvenil.

Aquel día, contra su costumbre, Rodolfo se despertó muy temprano, y aunque había dormido poco, se levantó en seguida.

—¡Ah!—exclamó.—¿Con que es hoy el gran día?... Pero tener que esperar doce horas... ¿Cómo podré colmar esas doce eternidades?

Y tropezando su mirada con el bufete, le pareció que su pluma se estremecía, como diciéndole: —¡Trabaja!

—¡Ah! sí, trabaja, ¡despreciable prosa!... No quiero quedarme; la tinta apesta.

Y se marchó á un café en que estaba seguro no encontraría amigos.

—Conocerían que estoy enamorado,—pensó,—y se burlarían de antemano de mi ideal.

Después de un almuerzo muy frugal, corrió al ferrocarril y subió á un vagón.

Al cabo de media hora estaba en el bosque de Ville d'Avray.

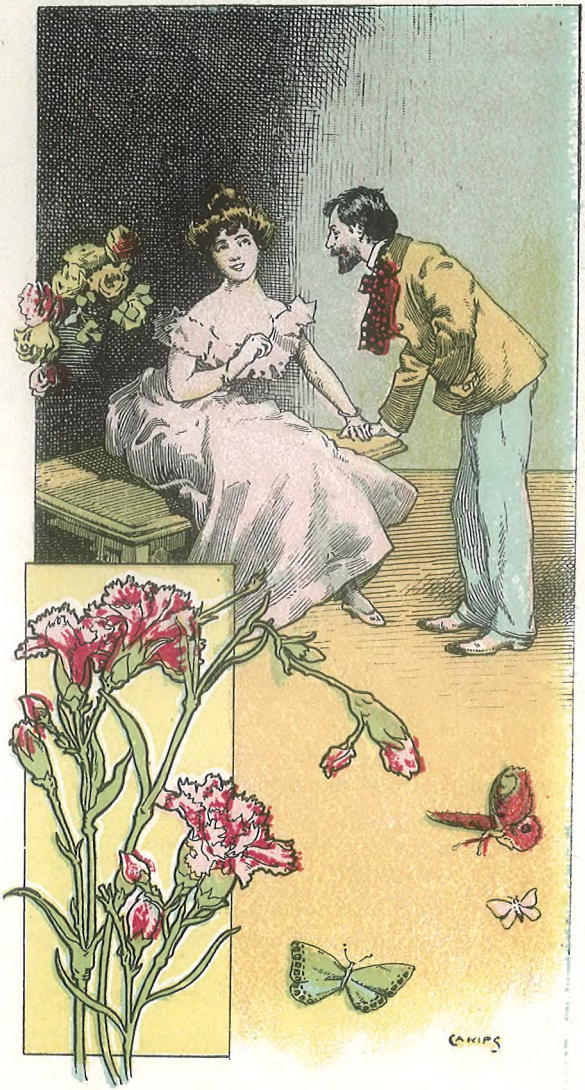
Rodolfo se paseó durante todo el día, embriagado por la naturaleza rejuvenecida, y no regresó á París hasta la caída de la tarde.

Después de poner en orden el templo que iba á recibir á su ídolo, Rodolfo se vistió según exigían las circunstancias, lamentando no poderse vestir de blanco.

De siete á ocho fué presa de la aguda fiebre del que espera, suplicio lento que le recordó sus pasados días y los amores antiguos que habían sido su encanto. Después, según costumbre, soñó en una gran pasión, un amor en diez tomos, un verdadero poema lírico con sus noches de luna, sus puestas de sol, sus citas bajo los sauces, sus celos, suspiros y todo lo demás. Y esto le pasaba cada vez que el azar conducía una mujer á su puerta, y ni una sola se había marchado sin llevarse una aureola en la frente y en el cuello un collar de lágrimas.

—Ellas preferirían un sombrero ó un par de botas—le decían sus amigos.

Pero Rodolfo se obstinaba, y no habían podido curarle hasta entonces las numerosas inocentadas que había cometido. Y continuaba esperando á una mujer que deseara ser su ídolo, un ángel en


CAMPS

traje de terciopelo á quien pudiera dedicar con entera confianza los sonetos escritos en una hoja de sauce.

Por fin, Rodolfo oyó tocar la «hora santa»; y cuando el último golpe sonó en el timbre de metal, creyó ver que el *Amor* y la *Psiquis* que coronaban su reloj, enlazaban sus cuerpos de alabastro. En el mismo instante sonaron dos golpecitos en la puerta.

Rodolfo corrió á abrir; era Luisa.

—Mantengo mi palabra—dijo—¡ya lo ve usted!

Rodolfo corrió las cortinas y encendió una bujía nueva.

Durante este tiempo la muchacha se había quitado su chal y sombrero, que colocó sobre la cama. La deslumbrante blancura de las sábanas la hizo sonreir, y casi ruborizar.

Luisa era más graciosa que linda; su fresco rostro ofrecía una curiosa mezcla de ingenuidad y de malicia. Era algo así como un motivo de Greuze retocado por Gavarní. Toda la atractiva juventud de la joven estaba cuidadosamente puesta de relieve por un traje que, aunque muy sencillo, atestiguaba en ella esa innata ciencia de la coquetería que todas las mujeres poseen, desde que balbucean sus primeras palabras, hasta que visten su traje de boda. Luisa, además, parecía que hubiese estudiado la teoría de las actitudes, y delante de Rodolfo, que la examinaba como un artista, tomaba una multitud de posiciones seductoras, cuyo amaneramiento tenía muchas veces más gracia que el natural: sus pies, delicadamente calzados, eran de una pequeñez satisfactoria... hasta para un romántico enamorado de las miniaturas andaluzas ó chinas. En cuanto á sus manos,

su delicadeza atestiguaba su ociosidad. En efecto, desde hacía seis meses, no habían tenido que temer las picaduras de la aguja. En una palabra, Luisa era una de esas aves inconstantes y pasajeras que, por capricho y con frecuencia por necesidad, hacen por un día, ó más bien por una noche, su nido en las buhardillas del barrio latino, en el que se detienen de buena gana algunos días, si se las sabe retener por su capricho ó con cuatro cintajos.

Después de haber conversado una hora con Luisa, Rodolfo le mostró como á ejemplo el grupo de Amor y Psiquis.

—¿No son Pablo y Virginia?—dijo.

—Sí—respondió Rodolfo, que no quiso por entonces contrariarla con una contradicción.

—¡Qué bien imitados!—respondió Luisa.

—¡Ah!—pensó Rodolfo mirándola—la pobre muchacha no está muy fuerte en literatura. Estoy seguro de que se limita á la ortografía del corazón, la que prescinde de las haches y las comas. Será preciso que le compre una gramática.

Sin embargo, cuando oyó que Luisa se quejaba de que la molestaba el calzado, la ayudó galantemente á desatar las botitas.

De pronto se apagó la luz.

—¡Toma!—gritó Rodolfo—¿quién ha soplado la bujía?

Una alegre risotada le contestó.

Algunos días después, Rodolfo encontró en la calle á uno de sus amigos.

—¿Qué haces?—le preguntó éste.—No se te ve nunca.

—Compongo poesía íntima — respondió Rodolfo.

El desdichado decía la verdad. Había pedido á Luisa más de lo que la muchacha podía darle. Musette no daba los sonidos de una lira. Hablaba, por decirlo así, la jerigonza del amor, y Rodolfo estaba empeñado en hablar en estilo elevado. Así es que no se entendían gran cosa.

Ocho días después, en el mismo baile donde había encontrado á Rodolfo... Luisa topó con un joven rubio, que la invitó á bailar varias veces, y al terminar la velada la condujo á su casa.

Era un estudiante de segundo año, hablaba perfectamente la prosa del placer, tenía bonitos ojos y el bolsillo sonoro.

Luisa le pidió papel y pluma, y escribió á Rodolfo una carta concebida así:

«No cuentes más con migo, te abrazo por última vec. A Dios.—*Luisa.*»

Mientras Rodolfo leía este billete, al volver aquella noche á su casa, la luz se apagó de repente.

—¡Toma!—dijo Rodolfo á modo de reflexión;—es la bujía que encendí la noche en que vino Luisa: debía acabarse al par de nuestra unión. Si lo hubiera sabido, la hubiera comprado más larga—añadió con acento que participaba de despecho y de tristeza, y depositó el billete en un cajón que solía llamar las catacumbas de sus amores.

Un día, hallándose en casa de Marcelo, Rodolfo recogió del suelo, para encender su pipa, un pedazo de papel en el que reconoció el carácter de letra y la ortografía de Luisa.

—Yo tengo—dijo á su amigo—un autógrafo de

la misma persona; únicamente que hay dos faltas menos que en el tuyo. ¿No prueba esto que me quería más que á ti?

—Esto prueba que tú eres un imbécil—le respondió Marcelo:—los hombros blancos y los blancos brazos no necesitan saber gramática.

IV

Ali-Rodolfo ó el turco por fuerza

Lanzado al ostracismo por un propietario sin entrañas, Rodolfo vivía desde hacía algún tiempo más errante que las nubes, y perfeccionaba lo mejor que sabía el arte de acostarse sin cenar, ó de cenar sin acostarse; su cocinero se llamaba Azar, y se albergaba con frecuencia en la posada de la Intemperie.

Dos cosas, sin embargo, no abandonaban á Rodolfo en medio de sus penosos reveses; su buen humor y el manuscrito de *El Vengador,* drama que había recorrido las administraciones de todos los teatros de París.

Un día que Rodolfo fué conducido al cuartelillo á causa de ciertos excesos coreográficos, se encontró de manos á boca con un tío suyo, el señor Monetti, constructor de estufas, sargento de la guardia nacional, á quien Rodolfo no había visto desde tiempo inmemorial.

Conmovido por las desdichas de su sobrino, el tío Monetti prometióle mejorar su posición, y aho-

ra vamos á ver de qué manera, si el lector no se asusta de tener que subir seis pisos.

Apoyémonos, pues, en la baranda, y subamos. ¡Uf! ciento veinte escalones. Ya hemos llegado. Un paso más y estamos en el cuarto, en el que no cabríamos si fuéramos uno más. Es reducido, pero es alto; por lo demás, buen aire y hermosa vista.

El mueblaje se compone de varias chimeneas á la prusiana, de dos estufas, de hornillos económicos, sobre todo si no se enciende lumbre en ellos, de una docena de tubos de tierra cocida ó de plancha de hierro y multitud de aparatos de calefacción; citemos todavía, para completar el inventario, una hamaca suspendida de dos clavos fijos en la pared, una silla de jardín con una pierna amputada, un candelero adornado con su arandela y otros varios objetos de arte y de fantasía.

En cuanto á la segunda estancia, el balcón, dos cipreses enanos, colocados en macetas, la transforman en parque de verano.

En el momento en que entramos, el huésped de la casa, un joven vestido de turco de ópera bufa, está terminando un almuerzo en el que viola descaradamente la ley del Profeta, según se desprende por la presencia de desperdicios de jamón y de una botella que estuvo llena de vino. Terminada su comida, el joven turco se tendió á la oriental en el suelo, y se puso á fumar con indolencia una pipa turca marcada con las iniciales J. G. Mientras se abandonaba á aquella asiática felicidad, pasaba de vez en cuando la mano por el lomo de un magnífico perro de Terranova, que hubiera correspondido sin duda á sus caricias á no ser de barro cocido.

De pronto se oyeron pasos en el corredor, y la puerta del cuarto se abrió, dando paso á un personaje que, sin decir palabra, se dirigió en derechura á uno de los caloríferos que servía de *secretaire,* abrió la portezuela del hornillo y sacó un rollo de papeles que repasó con atención.

—¡Cómo!—gritó el recién llegado con marcado acento piamontés,—¿todavía no has acabado el capítulo de los Ventiladores?

—Permítame, tío, que le diga—respondió el turco—que el capítulo de los Ventiladores es uno de los más interesantes de su obra, y requiere que se estudie con cuidado. Lo estoy estudiando.

—Pero, desgraciado, siempre me dices lo mismo. ¿Y mi capítulo de los Caloríferos, dónde está?

—El calorífero va bien. Mas, á propósito, tío, si me mandara usted un poco de leña, no me vendría mal. Esto es una pequeña Siberia. Tengo tanto frío, que haría descender el termómetro más abajo del cero, con sólo mirarlo.

—¡Cómo! ¿has consumido ya un haz?

—Perdone usted, tío, hay haces y haces (1), y el suyo era bastante pequeño.

—Te enviaré un tronco económico (2). Conserva más el calor.

—Lo conserva precisamente porque no lo da.

—Pues bien—dijo el piamontés marchándose—mandaré que te suban un haz pequeño. Pero quie-

---

(1) El *calembour* «Il y a fagots et fagots» es intraducible en el presente caso, pues la palabra *fagot* tiene en francés la aceptación de *necio* además de la de *haz*.

(2) En el mismo caso se encuentra la palabra *bûche*, que significa *tronco* y *tonto*.

ro que para mañana esté listo el capítulo de los Caloríferos.»

—Cuando tenga calor, tendré inspiración—dijo el turco á quien acababan de encerrar bajo llave.

Si escribiéramos una tragedia, éste sería el momento de que apareciera el confidente. Se llamaría Nureddin ú Osmán, y, con aire á la vez discreto y protector, se adelantaría hasta nuestro héroe y le soltaría los siguientes versos·

Señor ¿qué horrenda pena—aflige vuestra vida?
¿Por qué la augusta frente=mostráis obscurecida?
¿Acaso vuestros planes—Alah cruel rechaza?
¿O el sanguinario Alí—severo os amenaza,
Los votos conociendo—de vuestro corazón,
Con desterrar la bella—que fué vuestra ilusión?

Pero nosotros no escribimos ninguna tragedia, y á pesar de que necesitamos un confidente, tendremos que prescindir de él.

Nuestro héroe no es lo que parece: el turbante no hace al turco. El joven es nuestro amigo Rodolfo recogido por su tío, para quien está redactando un *Manual del Perfecto Fumista*. Efectivamente, el señor Monetti, apasionado por su arte, había consagrado sus días á la fumistería. El digno piamontés había arreglado para su uso particular, una máxima poco más ó menos igual á la de Cicerón, y en sus momentos de entusiasmo exclamaba: *Nascuntur poê... liers*. (1). Un día, pensando en ser útil á las razas futuras, se le ocurrió formular un código teórico de los principios del arte en el que tanto sobresalía, y, según hemos visto, escogió á su sobrino para encuadrar el

(1) *Poêlier*; fumista.

fondo de sus ideas en una forma que las hiciera comprensibles. Rodolfo tenía comida, cama, casa, etc... y debía percibir, á la terminación del *Manual,* una gratificación de cien escudos.

Al principio, para animar á su sobrino, Monetti le había adelantado generosamente cincuenta francos. Pero Rodolfo, que no había *visto* una suma igual hacía más de un año, salió enloquecido en compañía de sus escudos, y permaneció tres días fuera de casa: ¡ al cuarto día volvió solo!

Monetti, que tenía prisa por acabar su *Manual,* con el que esperaba obtener un privilegio, temió que su sobrino hiciera otras escapatorias; y para obligarle á trabajar, impidiéndole salir, le quitó sus vestidos y le dejó en su lugar, el disfraz bajo el cual le acabamos de ver.

Empero, el famoso *Manual,* no por esto adelantaba menos *piano, piano,* pues Rodolfo carecía de las cuerdas necesarias para aquel género de literatura. Su tío se vengaba de su indiferencia holgazana en materia de chimeneas, haciendo sufrir á su sobrino una sarta interminable de miserias. Ora le acortaba la ración, ora le privaba de tabaco.

Un domingo, después de haber sudado sangre y tinta sobre el famoso capítulo de los ventiladores, Rodolfo rompió la pluma que le quemaba los dedos, y se fué á pasearse por el parque.

Como para burlarse de él y excitar más su deseo, no podía lanzar una mirada en torno suyo sin apercibir en todas las ventanas una cara de fumador.

En el dorado balcón de una casa nueva, un elegante vestido de bata, mascullaba entre sus dientes el aristocrático habano. Un piso más arriba,

un artista echaba á grandes bocanadas las nubes olorosas de un tabaco levantino que ardía en una pipa con boquilla de ámbar. En la ventana de una cervecería un rubicundo alemán soplaba la espuma de su cerveza y despedía con precisión mecánica las nubes opacas que se escapaban de una pipa de Cudmer. Al otro lado pasaban cantando grupos de obreros que se dirigían á las barreras, con la pipa corta entre los dientes. Todos los demás transeuntes, en fin, que pasaban por la calle, fumaban.

—¡Ah!—dijo Rodolfo con envidia,—á excepción de mí y de las chimeneas de mi tío, todo el mundo fuma en la creación, á estas horas.

Y Rodolfo, con la frente apoyada en la baranda del balcón, consideró cuán amarga es la vida.

De pronto oyó debajo de él una larga y ruidosa carcajada. Rodolfo se asomó un poco para ver de donde salía aquel cohete de loca alegría, y se *apercibió* de que había sido apercibido por la inquilina del piso inferior: la señorita Sidonia, dama joven del teatro del Luxemburgo.

La señorita Sidonia salió al terrado liando entre sus dedos, con habilidad española, un papel relleno con tabaco amarillo que sacaba de una bolsa de terciopelo bordado.

—¡Oh, qué hermosa tabaquera!—murmuró Rodolfo en contemplativa adoración.

—¿Quién será este *Ali-Baba*?—pensó por su parte la señorita Sidonia.

E imaginó un pretexto para entablar conversación con Rodolfo; quien á su vez deseaba lo mismo.

—¡Diantre! ¡qué contrariedad!—exclamó la se-

ñorita Sidonia, como si hablara consigo misma.
—¡Pues no me encuentro sin fósforos!

—Señorita ¿me hará el obsequio de aceptar los que le ofrezco?—dijo Rodolfo dejando caer desde el balcón dos ó tres fósforos químicos envueltos en un papel.

—Muchas gracias — respondió Sidonia encendiendo su cigarrillo.

—Oiga usted, señorita...—prosiguió Rodolfo—á cambio del pequeño servicio que mi *buena estrella* me ha permitido hacerle, ¿podría atreverme á pedirle?...

—¡Cómo! ¿ya pide?—pensó Sidonia examinando á Rodolfo con más atención.—¡Ah!—dijo—¡esos turcos! tienen fama de volubles, pero son muy simpáticos: Hable usted, caballero—dijo luego levantando la cabeza hacia Rodolfo:—¿qué desea usted?

—¡Oh! señorita, deseo pedirle la limosna de un poco de tabaco; hace dos días que no fumo. Tan sólo una pipa...

—Con mucho gusto, caballero... Pero ¿cómo lo vamos á hacer? Tómese usted la molestia de bajar un piso...

—¡Ay! esto no es posible. Estoy encerrado; pero me queda el recurso de emplear un medio muy simple—dijo Rodolfo.

Y ató su pipa á un bramante y la deslizó hasta la azotea, donde la señorita Sidonia la llenó abundantemente con sus propias manos. Rodolfo procedió en seguida, con gran lentitud y cuidado, á la ascensión de la pipa, que llegó á él sin contratiempos.

—¡Ah, señorita!—dijo á Sidonia—¡cuánto me-

jor me sabría este tabaco si pudiera encenderlo en la lumbre de sus ojos de usted!

La señorita Sidonia oía este piropo al menos por la centésima vez; no obstante, no dejó de encontrarlo soberbio.

—¡Usted me lisonjea!—le pareció conveniente contestar.

—¡Ah! señorita, le aseguro que me parece usted hermosa como las tres Gracias.

—Decididamente, *Ali Baba* es muy galante—pensó Sidonia...—¿Pero es usted verdaderamente turco?—preguntó á Rodolfo.

—No por vocación—respondió aquél—sino por necesidad; soy autor dramático, señorita.

—Y yo, artista—respondió Sidonia.

Luego añadió:

—Señor vecino, ¿quiere usted hacerme el honor de comer y pasar la velada conmigo?

—¡Ah! señorita, aunque esta proposición me entreabre el cielo, me es imposible aceptar. Según he tenido el honor de decirle, estoy encerrado por mi tío, el señor Monetti, fumista, de quien soy secretario actualmente.

—No por esto dejará de comer usted conmigo —replicó Sidonia;—óigame con atención: voy á entrar en mi cuarto y golpearé el techo. Fíjese en la dirección de los golpes y verá usted las huellas de una trampilla que hubo hace tiempo y condenaron después: procure usted quitar la pieza de madera que tapa el agujero, y, aunque cada cual esté en su casa, permaneceremos casi juntos...

Rodolfo puso inmediatamente manos á la obra. Al cabo de cinco minutos de trabajo, quedaba establecida la comunicación entre ambos cuartos.

—¡Ah!—dijo Rodolfo—el agujero es pequeñito, pero siempre quedará espacio suficiente para enviarle á usted mi corazón.

—Ahora—dijo Sidonia—vamos á comer... Prepare su cubierto, que voy á pasarle los platos.

Rodolfo deslizó su turbante atado á un cordel, al cuarto de debajo, y lo volvió á subir cargado de comestibles; y el poeta y la artista, cada cual desde su sitio, se pusieron á comer á la vez. Rodolfo iba devorando con los dientes el pastel, y con los ojos á Sidonia.

—¡Ay! señorita,—dijo Rodolfo cuando hubieron terminado de comer,—gracias á usted, mi estómago está satisfecho. ¿No podría usted satisfacer también el hambre de mi corazón, que hace mucho tiempo que está en ayunas?

—¡Pobre muchacho!—dijo Sidonia.

Y, subiéndose á un mueble, acercó su mano á los labios de Rodolfo, que se la *enguantó* de besos.

—¡Ah!—exclamó el joven.—Que lástima que no pueda usted hacer como San Dionisio, que tenía la facultad de llevar su cabeza en las manos.

Después de comer se entabló una conversación amorosa-literaria. Rodolfo habló de *El Vengador* y la señorita Sidonia le pidió que se lo leyera. Asomado en el agujero, Rodolfo empezó á declamar su drama á la actriz, quien, para oir mejor, se había sentado en una butaca encaramada sobre una cómoda. La señorita Sidonia declaró que *El Vengador* era una obra maestra; y como ella gozaba de alguna influencia en el teatro, prometió á Rodolfo que le haría admitir su drama.

En el momento más tierno de la conversación, el tío Monetti hizo oir en el pasillo su paso ligero

como el del *Comendador*. Rodolfo sólo tuvo tiempo para cerrar la trampilla.

—Toma,—dijo Monetti á su sobrino,—aquí tienes una carta que te persigue desde hace un mes.

—Veremos, — dijo Rodolfo. — ¡Ah! tío mío,—gritó,—tío mío ¡soy rico! Esta carta me anuncia que he ganado un premio de trescientos francos en un certamen de Juegos Florales. ¡Pronto! mi levita y demás *adminículos*, para que pueda ir á recoger mis laureles. Me esperan en el Capitolio.

—¿Y mi capítulo de los Ventiladores? — dijo friamente Monetti.

—¡Eh! tío, la cosa ha cambiado de aspecto. Devuélvame mis *adminículos*. No quiero salir con este equipo.

—Tú no saldrás hasta que esté terminado mi *Manual*,—dijo el tío á Rodolfo mientras lo encerraba dando dos vueltas á la llave.

Así que se quedó solo, Rodolfo no vaciló por mucho tiempo respecto al partido que debía tomar... Ató sólidamente á su balcón una sábana transformada en cuerda de nudos; y á pesar del peligro de su empresa, bajó, por medio de aquella escalera improvisada, al terradillo de la señorita Sidonia.

—¿Quién hay?—gritó ésta al oir que Rodolfo llamaba á los cristales de su balcón.

—Silencio,—respondió,—abra usted...

—¿Qué quiere usted? ¿Quién es?

—¿Y lo pregunta usted? Soy el autor de *El Vengador*, y vengo en busca de mi corazón que he dejado caer en vuestro cuarto por el agujero de la trampilla.

—¡Desgraciado!—dijo la actriz.—¡Se hubiera podido matar usted!

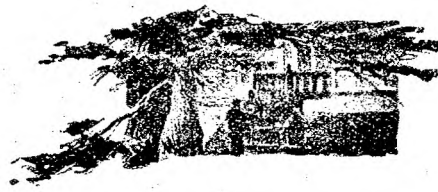
—Oiga, Sidonia... —prosiguió Rodolfo enseñándole la carta que acababa de recibir.—Ya ve usted, la fortuna y la gloria me sonríen... ¡Qué haga el amor lo mismo!...

. . . . . .

Al día siguiente, merced á un traje masculino que le proporcionó Sidonia, Rodolfo pudo escaparse de casa de su tío... Corrió á casa del corresponsal del certamen de los Juegos Florales, de quien recibió una rosa de oro de cien escudos de *fuerza,* que vivieron poco más ó menos lo que viven las rosas.

Un mes después, el señor Monetti estaba convidado, por su sobrino, á asistir á la primera representación de *El Vengador.* Gracias al talento de la señorita Sidonia, la obra obtuvo diez y siete representaciones y produjo cuarenta francos á su autor.

Algún tiempo después, ya en la buena estación, Rodolfo vivía en la avenida de Saint-Cloud, en el tercer árbol á la izquierda saliendo del bosque de Bolonia, en la quinta rama.



V

El escudo de Carlomagno

A fines del mes de Diciembre, los carteros de la administración Bidault, recibieron el encargo de distribuir unos cien ejemplares de un billete de participación, cuya copia incluimos respondiendo sinceramente de su veracidad:

«Señor...

«Los señores Rodolfo y Marcelo ruegan á usted se sirva dispensarles el honor de pasar la noche del sábado, víspera de Navidad, en esta su casa. ¡Habrá bulla!

»P. D. ¡¡No se vive más que una vez!!

Programa de la fiesta

»A las 7, apertura de los salones; conversación alegre y animada.

»A las 8, entrada y paseo por los salones de los espirituales autores de *El Parto de los Montes*, comedia rehusada en el teatro del Odeón.

»A las 8 y media, el señor Alejandro Schaunard, distinguido artista, ejecutará al piano la *Influencia del azul en las artes*, sinfonía imitativa.

»A las 9, primera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de la tragedia.

»A las 9 y media, el señor Gustavo Colline, filósofo hiperfísico, y el señor Schaunard, entablarán una discusión de filosofía y de metapolítica comparadas. Con objeto de evitar toda colisión entre ambos antagonistas, serán atados uno con otro.

»A las 10, el señor Tristán, literato, relatará sus primeros amores. El señor Alejandro Schaunard le acompañará al piano.

»A las 10 y media, segunda lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de la tragedia.

»A las 11, relación de una cacería de casoares, por un príncipe extranjero.

Segunda parte

»A media noche, el señor Marcelo, pintor de historia, con los ojos vendados, improvisará con el yeso la entrevista de Napoleón y de Voltaire en los Campos Elíseos. El señor Rodolfo improvisará á su vez un paralelo entre el autor de *Zaira* y el autor de *La batalla de Austerlitz*.

»A las 12 y media el señor Gustavo Colline,

desnudo modestamente, imitará los juegos atléticos de la cuarta olimpiada.

»A la una de la madrugada, tercera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de la tragedia, y colecta á beneficio de los autores trágicos que puedan hallarse un día sin recursos.

»A las 2, apertura de los juegos y organización de las cuadrillas de danza, que se prolongarán hasta el amanecer.

»A las 6, salida del sol y coro final.

»Mientras dure la fiesta funcionarán los ventiladores.

»*Nota.*—Toda persona que intentare leer ó recitar versos, será echada inmediatamente de los salones y entregada á la policía; se ruega además á los invitados que no se lleven los cabos de vela».

Dos días después, circulaban algunos ejemplares de esa invitación entre el estado bajo de la literatura y de las artes, siendo objeto de infinitos comentarios.

No obstante, entre los invitados, había algunos que ponían en duda las esplendideces prometidas por los dos amigos.

—Yo no me fío,—decía uno de aquellos escépticos;—ya otras veces he estado en los Miércoles de Rodolfo, en la calle de la Tour-d'-Auvegne, donde sólo podíamos sentarnos moralmente, y donde se bebía agua sucia en vasos eclécticos.

—Esta vez,—dijo otro,—la cosa será más seria. Marcelo me ha enseñado el plan de la fiesta, y promete ser de un aspecto mágico.

—¿Habrá mujeres?

—Sí. Eufemia la Tintorera ha solicitado ser

reina de la fiesta, y Schaunard llevará señoras del gran mundo.

He aquí, en pocas palabras, el origen de esa fiesta que tan grande estupefacción causaba entre el mundo bohemio que vive al otro lado de los puentes. Hacía próximamente un año que Marcelo y Rodolfo habían anunciado aquel suntuoso recibimiento de gala; que debía tener lugar siempre el *sábado próximo*; pero por lamentables circunstancias, viéronse obligados á suspender su promesa durante cincuenta y dos semanas, de tal suerte que no podían dar un paso sin tropezar con las chanzas de sus amigos, entre los cuales los había suficientemente indiscretos hasta para formular enérgicas reclamaciones. La cosa empezaba á tomar el carácter de una burla, por lo que los dos amigos resolvieron terminarla liquidando su compromiso. En su consecuencia repartieron las invitaciones cuyo texto hemos copiado más arriba.

—Ahora,—decía Rodolfo,—no podemos ya retroceder, hemos quemado nuestras naves; nos quedan ocho días para encontrar los cien francos indispensables para realizar las cosas debidamente.

—Puesto que los necesitamos, los tendremos—respondió Marcelo. Y con la insolente confianza que tenían en la casualidad, ambos amigos se adormecieron convencidos de que sus cien francos estaban ya en camino; por el camino de lo imposible.

Así llegaron á la víspera del día señalado para la fiesta, y como el dinero no venía, Rodolfo pensó que sería tal vez más seguro ayudar á la casualidad, si querían evitar un bochorno cuando

llegara la hora de encender las arañas. Para facilitar sus propósitos, los dos amigos modificaron progresivamente las suntuosidades del programa que se habían impuesto.

Y de modificación en modificación, después de haber hecho sufrir importantes mutilaciones al capítulo de Pasteles, después de haber revisado y disminuído cuidadosamente el capítulo de Refrescos, el total de los gastos quedó reducido á quince francos.

La cuestión quedaba simplificada, mas no resuelta todavía.

—Veamos, veamos—dijo Rodolfo;—ahora es preciso recurrir á los grandes medios; en primer lugar, no podemos aplazar la fiesta para otro día.

—Imposible—afirmó Marcelo.

—¿Cuánto tiempo hace que no he oído el relato de la batalla de Studzianka?

—Unos dos meses.

—¿Dos meses? Está bien, es un plazo decente, mi tío no podrá quejarse. Mañana iré á que me cuente la batalla de Studzianka, lo que me valdrá cinco francos, con toda seguridad.

—Y yo—dijo Marcelo—iré á vender mi *Castillo abandonado* al viejo Médicis. Serán otros cinco francos. Si tengo tiempo para añadir algunas torrecillas y un molino, tal vez cobre diez francos, y así completaremos nuestro presupuesto.

Y los dos amigos se durmieron, soñando que la princesa de Belgioioso les rogaba que cambiaran sus días de recepción, para que no le quitaran sus contertulios.

Marcelo se despertó muy temprano, y tomando una gran tela, procedió á toda prisa á la construcción de un *Castillo abandonado,* artículo es-

pecial que le pedía un prendero de la plaza del Carrousel. Por su parte Rodolfo fué á visitar á su tío Monetti, que se distinguía por el relato de la retirada de Rusia, y á quien Rodolfo proporcionaba, cinco ó seis veces al año, en circunstancias graves, la satisfacción de explicar sus campañas, mediante el préstamo de algunos francos que el veterano fumista no regateaba con exceso si se oían con mucho entusiasmo sus descripciones.

A las dos, Marcelo, que iba con la frente obscurecida y una tela bajo el brazo, encontró en la plaza del Carrousel á Rodolfo que volvía de casa de su tío; su aspecto anunciaba una mala noticia.

—¿Qué tal?—dijo Marcelo—¿has conseguido algo?

—No, mi tío ha ido á ver el museo de Versalles, ¿Y tú?

—Aquel animal de Médicis no quiere más *Castillos abandonados;* ahora me ha pedido un *Bombardeo de Tánger.*

—Nuestra reputación está perdida si no damos la fiesta—murmuró Rodolfo.—¿Qué pensará nuestro amigo el crítico influyente, si le hago poner la corbata blanca y los guantes amarillos por nada?

Y ambos volvieron al taller presa de hondas inquietudes.

En aquel momento daban las cuatro en el reloj de un vecino.

—No nos quedan más que tres horas—dijo Rodolfo.

—Pero—exclamó Marcelo acercándose á su amigo—¿estás seguro, perfectamente seguro de que no nos queda dinero aquí?... ¿Oyes?

—Ni aquí ni en otra parte. ¿De dónde nos había de venir?

—¿Si buscáramos en los muebles... en los sillones? Dícese que los emigrados escondían sus tesoros, en tiempo de Robespierre. ¡Quién sabe!... Nuestro sillón perteneció tal vez á algún emigrado; y además, es tan duro, que muchas veces se me ha ocurrido que podía esconder algunos metales... ¿Quieres que hagamos la autopsia?

—Esto es cosa de sainete—replicó Rodolfo con acento en que la severidad se mezclaba con la indulgencia.

De pronto, Marcelo, que había continuado sus pesquisas por todos los rincones del estudio, dió un grito de triunfo.

—¡Estamos salvados!—gritó, —estaba seguro de que debía haber valores aquí... ¡Toma... mira! —y enseñaba á Rodolfo una moneda grande como un escudo y medio roída por el orín y el cardenillo.

Era una moneda carlovingia de algún valor artístico. En la leyenda, que estaba conservada por fortuna, se podía leer la fecha del reinado de Carlomagno.

—Esto... esto vale franco y medio—dijo Rodolfo echando una ojeada desdeñosa sobre el hallazgo de su amigo.

—Un franco y medio bien empleado produce mucho efecto—respondió Marcelo.—Con mil doscientos hombres, Bonaparte hizo rendir las armas á diez mil austríacos. La astucia iguala al número. Voy á vender el escudo de Carlomagno al tío Médicis. ¿Hay por aquí alguna cosa más que pudiera venderse? Mira, si te parece, me llevaré

también el vaciado de la tibia de Jaconowski, el tambor mayor ruso, para que haga bulto.

—Llévate la tibia. Pero esto es lamentable, no va á quedar aquí ni un solo objeto de arte.

Durante la ausencia de Marcelo, Rodolfo, completamente decidido á dar la velada á toda costa, se fué á ver á su amigo Colline, el filósofo hiperfísico que vivía á dos pasos de allí.

—Vengo para pedirte un favor—dijo.—En mi calidad de dueño de casa, necesito absolutamente un frac negro, y yo... no tengo. Préstame el tuyo.

—Pero—dijo Colline vacilando—en mi calidad de invitado, tengo también necesidad de traje negro.

—Te permito que vengas de levitón.

—Nunca he tenido levitón, ya lo sabes.

—Pues bien, escucha, lo podemos arreglar de otro modo. En caso necesario, puedes prescindir de asistir á mi velada, y me prestas el frac.

—Nada de lo que propones me gusta; y puesto que figuro en el programa, no debo faltar.

—Faltarán muchas otras cosas—dijo Rodolfo.

—Préstame tu frac negro, y si quieres venir, ven como quieras... en mangas de camisa... Pasarás por un doméstico fiel.

—¡Oh! no—dijo Colline ruborizándose. —Me pondré mi gabán avellana. Pero, la verdad, todo esto me disgusta mucho.

Y apercibiéndose de que Rodolfo se había apoderado ya del famoso frac negro, le gritó:

—¡Hombre, espera!... Hay algunas cositas en los bolsillos.

El frac de Colline merece especial mención. En primer lugar era perfectamente azul, y sólo por costumbre Colline lo llamaba su frac negro.

Y como en aquel entonces era el único de la partida que poseía frac, sus amigos habían adquirido también la costumbre de decir, hablando de la vestimenta oficial del filósofo: el frac negro de Colline. En segundo lugar, esa prenda célebre tenía una forma particular, la más extraña que pueda verse: los faldones, muy largos, pendientes de un cuerpo muy corto, tenían dos bolsillos, dos verdaderos abismos, en los que Colline tenía la costumbre de alojar una treintena de volúmenes que llevaba constantemente encima, lo que hacía decir á sus amigos que, durante las vacaciones de las bibliotecas, los sabios y los literatos podían ir á buscar noticias en los bolsillos del frac de Colline, biblioteca abierta constantemente á los lectores.

Aquel día, por caso extraordinario, el frac de Colline no contenía más que un volumen en cuarto de Bayle, un tratado de las facultades hiperfísicas en tres volúmenes, un tomo de Condillac, dos volúmenes de Swedenborg y el *Ensayo sobre el hombre,* de Pope. Cuando hubo aligerado su frac-biblioteca, permitió á Rodolfo que se lo pusiera.

—Mira—dijo éste,—el bolsillo izquierdo pesa mucho todavía; algo habrás dejado en él.

—¡Ah!—dijo Colline—es verdad, me he olvidado de vaciar el bolsillo de las lenguas extranjeras.—Y sacó de él dos gramáticas árabes, un diccionario malasio y un *Perfecto bebedor* en chino, su lectura favorita.

Cuando Rodolfo volvió á su casa, encontró á Marcelo que jugaba al tejo con monedas de cinco francos, en número de tres. En el primer momento, Rodolfo rechazó la mano que le tendía su amigo, pues creyó que se trataba de un crimen.

—Despachémonos, despachémonos,—dijo Marcelo...—Tenemos ya los quince francos que necesitábamos... Te explicaré cómo: en casa de Médicis he encontrado un anticuario. Cuando ha visto mi moneda, casi le ha dado un accidente: era la única que le faltaba para su monetario. Había escrito á todos los países para llenar aquel hueco, y había ya perdido toda esperanza. Así es que, apenas hubo examinado cuidadosamente mi escudo de Carlomagno, no ha vacilado un instante en ofrecerme cinco francos. Médicis me ha dado con el codo, y con una mirada ha completado su idea. Quería decir: partamos los beneficios de la venta y yo pujaré; así hemos llegado hasta treinta francos. He dado quince al judío y aquí tienes lo restante. Ahora ya pueden venir nuestros invitados, porque estamos en condiciones de deslumbrarles. ¡Hola! ¿te has puesto frac negro?

—Sí—dijo Rodolfo,—el frac de Colline. Y buscando en el bolsillo para sacar su pañuelo, Rodolfo dejó caer un pequeño volumen en lengua *manchú,* olvidado en el bolsillo de las literaturas extranjeras.

Ambos amigos procedieron inmediatamente á hacer los preparativos. Arreglaron el taller; encendieron la estufa; suspendieron del techo un bastidor con bujías á guisa de araña, y en el centro del estudio colocaron una mesa para que sirviera de tribuna á los oradores; colocaron enfrente el único sillón que había reservado al crítico influyente, y dispusieron sobre una mesa todos los volúmenes: novelas, poemas y folletines, cuyos autores debían honrar con su presencia aquella velada. Con objeto de evitar cualquiera colisión entre los varios cuerpos literarios, dividieron el

estudio en cuatro compartimentos, en cuyos respectivos ingresos se leía, en inscripciones hechas á toda prisa:

POETAS	ROMANTICOS
PROSISTAS	CLASICOS

Las damas debían ocupar un espacio reservado en el centro.

—¡Caramba! ahora nos faltan sillas—dijo Rodolfo.

—¡Oh!—respondió Marcelo;—en la meseta de la escalera hay algunas colgadas en la pared. ¿Si las tomáramos?

—¡Vaya que sí!—dijo Rodolfo corriendo á apoderarse de las sillas, que pertenecían á algún vecino.

Dieron las seis; los amigos se fueron á comer á toda prisa volviendo en seguida para proceder á la iluminación de los salones, de la que quedaron deslumbrados ellos mismos. A las siete llegó Schaunard acompañando á tres señoras que se habían olvidado de ponerse sus diamantes y sus sombreros. Una de ellas llevaba un chal encarnado, con motas negras. Schaunard la recomendó especialmente á Rodolfo.

—Es una mujer muy distinguida,—dijo—una inglesa que la caída de los Estuardos ha conducido al destierro; vive modestamente dando lecciones de inglés. Su padre fué canciller en tiempo de Cromwell, según me ha dicho; hay que tratarla con consideración; no la tutees demasiado.

Oyéronse ruidosos pasos en la escalera; eran los invitados que llegaban. Todos mostrábanse admirados de ver que en la estufa había fuego.

El frac negro de Rodolfo iba al encuentro de las damas para besarles las manos con una elegancia digna de la regencia; cuando se hubieron reunido unas veinte personas, Schaunard preguntó si se tomaría algo.

—En seguida — dijo Marcelo; — estamos esperando que venga el crítico influyente para encender el ponche.

A las ocho, estaban ya todos los invitados, y se empezó á ejecutar el programa. Cada número de éste se alternaba con refrescos de algo; nunca se ha sabido de qué.

Hacia las diez, apareció el chaleco blanco del crítico influente; permaneció una hora solamente en la reunión, y fué muy sobrio en la bebida.

A las doce, viendo que se había acabado la leña y que se acentuaba el frío, los invitados que tenían asiento echaron suertes para ver quién tiraría su silla al fuego.

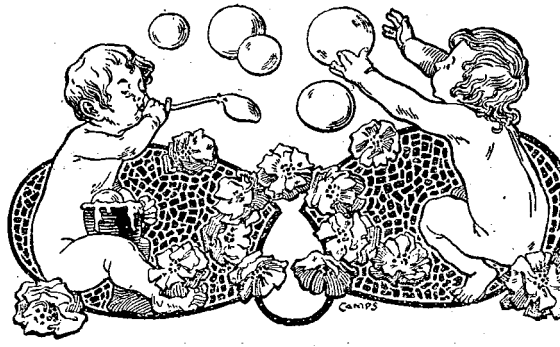
A la una todo el mundo estaba de pie.

Ni por un momento dejó de reinar la más cordial alegría entre los convidados. No hubo que lamentar ningún incidente, salvo un desgarrón en el bolsillo de las lenguas extranjeras del frac de Colline, y una bofetada que Schaunard aplicó á la hija del canciller de Cromwell.

Aquella memorable velada fué objeto de la crónica del barrio durante ocho días; y Eufemia la Tintorera, que había sido reina de la fiesta, acostumbraba decir hablando con sus amigas:

—Fué extremadamente espléndida; hubo muchas bujías, pero caras.

PROGRAMA de la FIESTA
A LAS 7- APERTURA DE LES SALONES: CONVERSACIÓN VIVA Y ANIMADA.
A LAS 8- ENTRADA Y PASEO POR LES SALONS DE LES ESPIRITUALES AUTORES DEL PARTO DE LOS MONTES, COMEDIA NO ADMITIDA EN EL TEATRO DEL ODEÓN.



VI

Musette

La señorita Musette era una linda muchacha de veinte años, que, poco tiempo después de su llegada á París, fué lo que son las muchachas lindas cuando tienen figura elegante, mucha coquetería, alguna ambición y poca ortografía. Después de haber sido por mucho tiempo la alegría de las cenas del barrio Latino, donde cantaba con voz siempre fresca, si no afinada,, una multitud de cantos campestres que le valieron el nombre (1) con que la celebraron más tarde los más hábiles confeccionadores de rimas, la señorita Musette abandonó bruscamente la calle de la Harpe para ir á vivir en las alturas citéreas del barrio de Breda.

---

(1) *Musette* quiere decir *gaita*.

No tardó mucho en ser uno de los astros mayores de la aristocracia del placer, encaminándose lentamente hacia aquella celebridad que consiste en ser citada por las revistas de París, ó litografiada en los establecimientos de estampas.

Sin embargo, la señorita Musette era una excepción entre las mujeres del medio en que vivía. Naturaleza instintivamente elegante y poética, como todas las mujeres verdaderamente tales, era amante del lujo y de todos los placeres que proporciona; su coquetería la impelía con ardor hacia todo lo que es bello y distinguido; hija del pueblo, no hubiera estado fuera de su centro en medio de las más regias suntuosidades. Pero la señorita Musette, que era joven y bella, no hubiera consentido jamás en ser la amante de un hombre que, como ella, no hubiese sido joven y guapo. Una vez rechazó valientemente las ofertas de un viejo tan rico que le llamaban el Perú de la Calzada de Antín, y que había puesto una escalera de oro á los caprichos de Musette. Inteligente y espiritual, sentía también repugnancia por los tontos y estúpidos, cualquiera que fuesen su edad, sus títulos y su nombre.

Musette era, pues, una buena y hermosa muchacha que, en cuestiones de amor, había adoptado la mitad del célebre aforismo de Champfort: «El amor es la reciprocidad entre dos caprichos». Por eso sus relaciones nunca fueron precedidas por uno de esos vergonzosos contratos que deshonran á la galantería moderna. Según ella misma decía, Musette jugaba limpio, y exigía que la correspondieran con sinceridad en la misma moneda.

Pero si sus caprichos eran intensos y espontá-

neos, nunca duraban lo suficiente para merecer los honores de una pasión. Y la inestabilidad excesiva de sus caprichos, su poca atención en fijarse en la bolsa y las botas de los que la pretendían, prestaban una gran movilidad á su existencia, que se deslizaba en una perpetua alternativa de coches de lujo y ómnibus, de entresuelos y quintos pisos, de telas de seda y de indiana. ¡Oh encantadora muchacha! ¡poema viviente de juventud, de sonoras risas y de alegres cantos! ¡Corazón piadoso, que palpita para todo el mundo debajo la pechera de la camisa! ¡oh Musette! ¡tú que eres la hermana de Bernerette y de Mimí Pinson! Se necesitaría la pluma de Alfredo de Musset para relatar dignamente tu despreocupada y vagabunda carrera por los floridos senderos de la juventud; y te hubiera celebrado, con toda seguridad, si, como yo, te hubiese oído cantar con tu linda voz de falsete esta copla rústica de uno de tus cantos favoritos:

Un día de primavera
Declaré por vez primera
Mi amor puro y acendrado
A una morenita hermosa
Que llevaba su tocado
En forma de mariposa.

La anécdota que vamos á relatar es uno de los episodios más chispeantes de la vida de esa encantadora aventurera, que tantos amantes ha conocido.

Amiga, por algún tiempo, de un joven consejero de Estado que tuvo la galantería de poner entre sus manos la llave de su patrimonio, la señorita Musette adquirió la costumbre de dar

veladas semanales en su lucido saloncito de la calle de la Bruyère. Aquellas veladas se parecían á la mayor parte de las reuniones parisienses, con la diferencia de que eran más divertidas; cuando escaseaba el sitio, los asistentes se sentaban unos encima de otros, y ocurría á veces que una misma copa servía para una pareja.

Rodolfo, que era amigo de Musette, y que no pasó de ser su amigo (sin que ni uno ni otro hayan sabido nunca por qué); Rodolfo, repetimos, pidió permiso á Musette para conducir á su amigo el pintor Marcelo; un muchacho de talento, añadió, á quien el porvenir está bordando un casacón de académico.

—¡Tráigalo!—dijo Musette.

La noche en que debían ir juntos á casa de Musette, Rodolfo subió á buscar á Marcelo á su casa. El artista estaba vistiéndose.

—¡Cómo!—dijo Rodolfo;—¿te vas á presentar en sociedad con camisa de color?

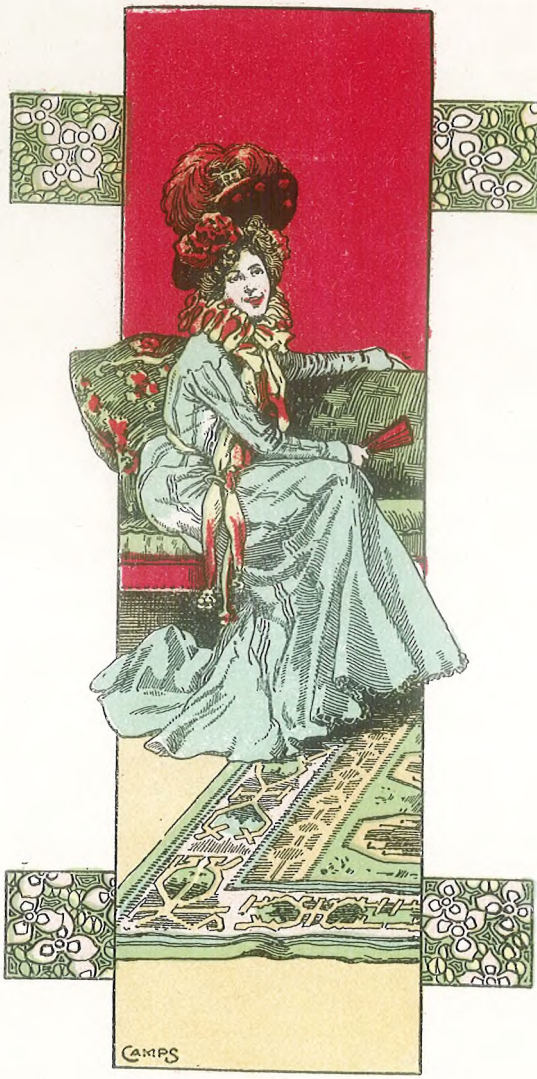
—¿Ofende acaso las costumbres eso?—dijo tranquilamente Marcelo.

—¿Qué si las ofende? hasta los tuétanos, desdichado.

—¡Demonio!—exclamó Marcelo mirando su camisa de fondo azul, con viñetas que representaban un jabalí perseguido por una jauría;—es que aquí no tengo otra. ¡Bah, bah! ¡no importa! tomaré un cuello postizo; y como *Matusalén* se abotona hasta el cuello, no se verá el color de mi ropa interior.

—¡Cómo!—dijo Rodolfo con inquietud—¿vas á ponerte tu *Matusalén?*

—¡Ay!—respondió Marcelo—por fuerza; Dios y mi sastre lo quieren; por lo demás, le he puesto


CAMPS

botones nuevos, y hace un momento lo he remendado con negro de humo.

Matusalén era sencillamente el fraque de Marcelo; lo llamaba así, porque era el decano de su guardarropa. *Matusalén* estaba cortado á la última moda de cuatro años atrás, y tenía, además, un tono verde asqueroso; pero visto con luz artificial, Marcelo afirmaba que parecía negro.

Al cabo de algunos minutos, Marcelo estaba vestido, por cierto con el más perfecto mal gusto: parecía un aprendiz pintor en traje de sociedad.

Casimiro Bonjour (1) no quedará tan sorprendido el día que le notifiquen su elección al Instituto, como lo quedaron Marcelo y Rodolfo al llegar á casa de la señorita Musette. He aquí el motivo de su sorpresa: la señorita Musette, que hacía algún tiempo había reñido con el consejero de Estado, fué abandonada por éste en un momento muy crítico. Perseguida por sus acreedores y por el casero, le fueron embargados sus muebles y bajados al patio, para llevárselos y venderlos al día siguiente. A pesar de este incidente, á la señorita Musette no se le ocurrió siquiera la idea de prescindir de la compañía de sus invitados, y no aplazó la velada. Convirtió gravemente el patio en salón, cubrió el pavimiento con un tapiz, lo dispuso todo como de costumbre, se vistió con traje de recibimiento, é invitó á todos los inquilinos á su sencilla fiesta, á cuyo esplendor quiso Dios contribuir con sus iluminaciones.

Esta broma tuvo un éxito enorme; nunca las

(1) Escritor francés, autor de algunas comedias bastante apreciadas (1795-1856).

veladas de Musette habían despertado tanto entusiasmo y alegría; duraban los bailes y los cantos aún cuando los mozos de la agencia de transportes vinieron á llevarse los muebles, tapices y divanes, disolviéndose por fuerza la reunión.

Musette iba despidiéndose de sus invitados cantando:

Mucho tiempo se hablará,
la ri ra,
De la velada que os di;
Mucho tiempo se hablará,
la ri ri.

Marcelo y Rodolfo quedáronse solos con Musette, que había subido á su cuarto, donde no quedaba más que la cama.

—¡Diantre!—dijo Musette—ya me va pareciendo menos divertida mi aventura; tendré que alojarme en el hôtel de la Intemperie. Y lo conozco ese hôtel; abundan en él las corrientes de aire.

—¡Ah! señorita—dijo Marcelo—si yo tuviera las riquezas de Plutón, le ofrecería un templo más hermoso que el de Salomón, pero...

—No es usted Plutón, amigo mío. Da lo mismo, le agradezco la intención... ¡Bah! —añadió paseando su mirada por la habitación—me aburría aquí; además, el mueblaje era viejo. ¡Hacía seis meses que lo tenía! Pero esto no debe terminar así; después del baile se cena, supongo yo.

—*Supongámoslo,* pues,—dijo Marcelo, que tenía la manía de los contrasentidos, especialmente por la mañana, en que estaba terrible.

Como Rodolfo había ganado algún dinero al *lansquenete* que se había jugado durante la no-

che, condujo á Musette y á Marcelo á un restaurant que acababa de abrir sus puertas.

Después del desayuno, los tres comensales, que no sentían necesidad alguna de dormir, hablaron de ir á terminar el día en el campo, y hallándose cerca del ferrocarril, subieron al primer tren que marchaba, que los condujo á San Germán.

Durante todo el día corrieron por los bosques, y no regresaron á París hasta las siete de la noche, contra la voluntad de Marcelo, empeñado en que sólo eran las doce y media de la tarde, y que si estaba obscuro, era porque el cielo estaba cubierto.

Marcelo, cuyo corazón era un polvorín que se inflamaba con una sola mirada, durante la noche de la fiesta y el siguiente día se enamoró de la señorita Musette, á la que había galanteado con mucho *color*, según decía á Rodolfo. Había llegado hasta prometer á la hermosa niña la adquisición de un mueblaje más rico que el anterior, con el producto de la venta de su famoso cuadro *El paso del mar Rojo*. Así es que el artista veía con tristeza como se acercaba el momento en que debería separarse de Musette, la cual, de paso que le permitía besarle las manos, el cuello y algunos otros accesorios, se limitaba á rechazarle dulcemente cada vez que aquél quería penetrar con fractura en su corazón.

Al llegar á París, Rodolfo dejó á su amigo con la joven, que suplicó al artista la acompañara hasta su casa.

—¿Me permitirá usted que la visite?—preguntó Marcelo;—le haré su retrato.

—Amigo mío,—dijo la linda muchacha—no puedo darle las señas de mi casa, porque tal vez

mañana esté sin ella; pero iré yo á verle á usted, y le remendaré su fraque, que tiene un agujero tan grande que por él pasaría un inquilino sin pagar.

—La esperaré como el Mesías—dijo Marcelo.

—No por mucho tiempo—dijo Musette riendo.

—¡Qué deliciosa niña!—decía Marcelo alejándose lentamente; es la diosa de la alegría. Haré dos agujeros á mi fraque.

No había andado aún treinta pasos cuando sintió un golpecito en el hombro; era la señorita Musette.

—Querido señor Marcelo—le dijo—¿sois buen caballero?

—Lo soy: Rubens y mi dama, esta es mi divisa.

—Pues bien, entonces, oid mis cuitas y doleos de mí, noble señor,—prosiguió Musette, que tenía un ligero tinte literario, aunque se entregara con frecuencia á horribles matanzas contra la gramática; — mi casero se ha llevado la llave del piso, y son las once de la noche: ¿comprende usted?

—Comprendo—dijo Marcelo ofreciendo el brazo á Musette. Y la condujo á su estudio, situado en el muelle de las Flores.

Musette estaba rendida de sueño; pero tuvo aún fuerzas bastantes para decir á Marcelo, estrechándole la mano:

—Tendrá usted presente su promesa.

—¡Oh Musette! encantadora niña—dijo el artista con voz en que se traslucía cierta emoción,—está usted bajo un techo hospitalario; ¡duerma en paz y buenas noches! Yo me marcho.

—¿Por qué?—dijo Musette con los ojos casi cerrados;—no tengo miedo, se lo aseguro á us-

ted; además, hay dos cuartos; yo podré acomodarme en el sofá.

—Mi sofá está demasiado duro para dormir en él, está relleno de guijarros. Yo doy á usted hospitalidad en mi casa y me voy á pedirla para mí á un amigo que vive en el mismo rellano; es lo más prudente—añadió.—Por lo general sé mantener mi palabra; pero tengo veintidós años y usted diez y ocho, Musette... Nada, que me marcho. Buenas noches.

Al día siguiente á las ocho, Marcelo entró en su casa con un tiesto de flores que acababa de comprar en el mercado. Encontró á Musette que se había echado vestida en la cama, y dormía aún. El ruido que hizo al entrar despertó á la muchacha, que tendió la mano á Marcelo.

—¡Buen muchacho!—le dijo.

—¡Buen muchacho!—repitió Marcelo; —¿no será un sinómino de ridículo?

—¡Oh!—prorrumpió Musette—¿por qué dice usted esto? Sea usted más amable; en vez de decirme cosas desagradables, ofrézcame este hermoso tiesto de flores.

—Para usted lo he comprado precisamente—dijo Marcelo.—Tómelo usted, y en pago de mi hospitalidad, cánteme una de sus lindas canciones: el eco de mi guardilla guardará acaso algo de su voz, y yo la oiré todavía cuando usted se marche.

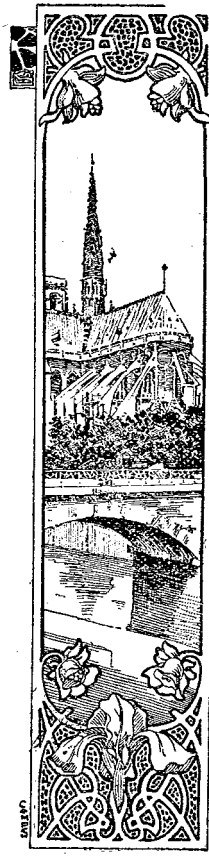
—¡Hola! con que ¿quiere usted echarme?—dijo Musette.—¿Y si yo no quisiera marcharme? Oiga, Marcelo, yo no subo treinta y seis tramos de escalera para decir mi manera de pensar. Usted me gusta y yo le gusto. Esto no será amor, pero puede ser su simiente. Pues bien, no me marcho;

me quedo y me quedaré mientras no se marchiten las flores que acaba de traerme.

—¡Ah!—exclamó Marcelo—¡el caso es que se marchitarán dentro de dos días! Si lo hubiera sabido hubiera tomado siemprevivas.

. . . . . .

Quince días después, Musette y Marcelo vivían juntos, y aunque con frecuencia se hallaban sin dinero, llevaban la vida más agradable del mundo. Musette sentía por el artista una ternura que nada tenía de común con sus pasiones anteriores, y Marcelo empezó á temer que estaba seriamente enamorado de su amante. Ignorando que ella también temía estar hondamente enamorada de él, observaba todas las mañanas el estado en que se hallaban las flores, cuya muerte debía ser causa de la ruptura de sus relaciones, y le costaba mucho comprender la renaciente frescura en que se mantenían. No tardó mucho en poseer la clave de aquel misterio: una noche se despertó y no halló á su lado á Musette. Se levantó, corrió al estudio, y sorprendió á su amante que se aprovechaba cada noche de su sueño para ir á regar las flores y evitar que se marchitaran.



VII

La corriente del Pactolo

Era el 19 de Marzo... Y aunque llegue á alcanzar la avanzada edad de Raoul Rochette (1), que presenció la construcción de Nínive, Rodolfo no olvidará jamás aquella fecha, pues en aquel mismo día, fiesta de San José, á las tres de la tarde, nuestro amigo salía de casa de un banquero, después de haber cobrado la suma de quinientos francos en monedas contantes y sonantes.

El primer uso que Rodolfo hizo de aquella tajada de Perú que acababa de entrar en su bolsillo, fué el de no pagar sus deudas, atendido á que se había jurado á sí mismo dedicarse á la economía y no hacer ningún gasto extraordinario. Por lo demás, tenía respecto á esto ideas extremadamente concretas, y decía que antes de pensar en lo

(1) Arqueólogo francés (1789-1854).

superfluo, era indispensable proveer á lo necesario; merced á estas ideas no pagó á sus acreedores y compró una pipa turca, tras la cual andaba desde hacía mucho tiempo.

Cargado con su compra, se dirigió á casa de su amigo Marcelo, que le daba albergue de algunos meses á esta parte. Al entrar en el estudio del artista, los bolsillos de Rodolfo sonaban como un campanario de aldea en día de fiesta mayor. Al oir aquel ruido insólito, Marcelo pensó que era uno de sus vecinos, gran jugador á la baja, que contaba los beneficios de la última jugada, y murmuró:

—Ya vuelve ese intrigante con sus epigramas. Si esto dura, dejo este piso. No hay medio de trabajar con este alboroto. Esto da ganas de abandonar el oficio de artista pobre para dedicarse al de ladrón.—Y sin ocurrírsele por un momento que su amigo Rodolfo estaba metamorfoseado en un Creso, Marcelo volvió á su cuadro de *El paso del mar Rojo,* que hacía tres años estaba en el caballete.

Rodolfo, que aún no había pronunciado una palabra, meditando por lo bajo un experimento que iba á hacer en su amigo, se decía:

—¡Cómo nos vamos á reir! La cosa no dejará de ser divertida,—y dejó caer una moneda de cinco francos al suelo.

Marcelo levantó los ojos y miró á Rodolfo, que estaba serio como un artículo de la *Revista de Ambos Mundos.*

El artista recogió la moneda con aire de satisfacción y la acogió con gran cortesía, pues, aunque pintorzuelo, sabía vivir y era muy atento con los extraños. Sabiendo, además, que Rodolfo ha-

bía salido para ir á buscar dinero, Marcelo, viendo que su amigo había obtenido buen éxito en sus diligencias, se limitó á admirar el resultado, sin preguntarle de cuáles medios se había valido para lograrlo.

Así, pues, se puso á trabajar otra vez sin decir ni una palabra, y acabó de anegar á un egipcio entre las ondas del mar Rojo. Mientras acababa de realizar este homicidio, Rodolfo dejó caer otra moneda de cinco francos. Y observando la cara que el pintor iba á poner, se echó á reir por debajo la barba, que es tricolor, como ya los lectores saben.

Al ruido del sonoro metal, Marcelo, como herido por una conmoción eléctrica, se levantó súbitamente, gritando:

—¡Cómo! ¿Hay una segunda estrofa?

La tercera moneda rodó por el pavimento y luego otra, y después otra aún; y por último danzaron por el cuarto una verdadera legión de escudos.

Marcelo empezaba á dar señales de enagenación mental, y Rodolfo se reía como la platea del Teatro Francés en la primera representación de *Juana de Flandes*. De pronto, y sin más preámbulos, Rodolfo se metió las manos en los bolsillos, y los escudos empezaron una carrera fabulosa. Aquello era el desbordamiento del Pactolo, la bacanal de Júpiter al entrar en casa de Danae.

Marcelo permanecía inmóvil, silencioso, con la mirada fija; la sorpresa había causado en él una metamórfosis semejante á la de que fué víctima la mujer de Lot por culpa de su curiosidad; y cuando Rodolfo tiraba al suelo su último cartu-

cho de cien francos, el artista tenía ya medio cuerpo de sal.

Rodolfo, por su parte, continuaba riéndose. Y ante aquella ruidosa hilaridad, los truenos de la orquesta de Sax hubieran parecido suspiros de niño de teta.

Deslumbrado, extrangulado, estupefacto por la emoción, Marcelo pensó que soñaba; y para desechar la pesadilla que lo obsesionaba, se mordió el dedo hasta hacerse sangre, lo que le dió un dolor atroz que le hizo chillar.

Entonces se convenció de que estaba completamente despierto, y viendo el oro amontonado á sus pies, gritó, como en las tragedias:

—¿Puedo creer á mis ojos?

Después añadió, tomando entre las suyas la mano de Rodolfo:

—Explícame este misterio.

—Si te lo explicara, dejaría de serlo.

—¿Entonces?

—Ese oro es el fruto de mis sudores,—dijo Rodolfo recogiendo el dinero, que fué colocando sobre la mesa; luego, dando algunos pasos atrás, contempló con respeto los quinientos francos dispuestos en pilas y dijo para sí:

—¿Voy, pues, á realizar mi sueño dorado?

—No debe haber menos de cinco mil francos, decía Marcelo contemplando los escudos que temblaban sobre la mesa.—Se me ocurre una idea. Voy á proponer á Rodolfo que me compre *El paso del mar Rojo*.

De pronto, Rodolfo tomó una actitud teatral, y con voz y aspecto solemnes, dijo al artista:

—Oye, Marcelo, la fortuna que hago brillar ante tus ojos no es producto de viles manejos, no

he traficado con mi pluma, soy rico y honrado; este oro lo debo á una mano generosa, y he jurado utilizarlo y adquirir por medio del trabajo una posición seria, digna de un hombre virtuoso. El trabajo es el más santo de los deberes.

—Y el caballo el más noble de los animales,—dijo Marcelo interrumpiendo á Rodolfo.—¡Por vida mía!—añadió.—¿Qué significa este discurso, y de dónde te sacas tanta prosa? ¿De las canteras de la escuela del sentido común, acaso?

—No me interrumpas y da tregua á tus bromas —dijo Rodolfo,—pues se embotarían en la coraza de invulnerable voluntad de que me hallo ya revestido.

—Vaya, basta de prólogo. ¿Dónde vas á parar?

—Oye mis proyectos: Al abrigo de las dificultades materiales de la vida, voy á trabajar seriamente; acabaré mi gran obra y entraré de lleno en la opinión. Desde luego renuncio á la Bohemia, me visto como todo el mundo, me compraré traje negro y frecuentaré los salones. Si quieres seguir mi camino, continuaremos viviendo juntos, pero será necesario adoptar mi programa. La más estricta economía presidirá nuestra existencia. Si sabemos arreglarnos, tenemos tres meses asegurados de trabajo sin ninguna preocupación. Pero es preciso hacer economías.

—Amigo mío—decía Marcelo,—la economía es una ciencia que se halla únicamente al alcance de los ricos, lo que hace que tú y yo ignoremos sus más rudimentarios elementos. Sin embargo, con un anticipo de seis francos, podremos comprar las obras de Juan Bautista Say, que es un economista muy notable, y nos enseñará probable-

mente la manera de practicar ese arte... ¡Hola! ¿tienes una pipa turca?

—Sí,—dijo Rodolfo—la he comprado por veinte y cinco francos.

—¡Cómo! ¿te gastas veinte y cinco francos en una pipa ...y vienes á hablar de economía?...

—Y lo es sin duda alguna—respondió Rodolfo; —cada día rompía una pipa de dos sueldos; al cabo del año, resultaba un gasto muy superior al que acabo de hacer... Es, pues, en realidad, una economía.

—Efectivamente — dijo Marcelo—tienes razón, no se me hubiera ocurrido.

En aquel momento un reloj vecino dió las seis.

—Comamos pronto—dijo Rodolfo;—desde esta noche quiero empezar mi nueva vida. Y á propósito de comer, estoy reflexionando una cosa: estamos perdiendo un tiempo precioso cuidando de la cocina nosotros mismos; ahora bien, el tiempo es la riqueza del trabajador, así es que conviene ahorrarlo. Desde hoy comeremos fuera de casa.

—Sí,—dijo Marcelo—á veinte pasos de aquí hay un excelente restaurant; es algo caro, pero como está tan cerca de casa, el viaje será menos largo, y nivelaremos el exceso de gasto con lo que ganaremos de tiempo.

—Hoy mismo iremos — dijo Rodolfo; — pero mañana ó pasado mañana tendremos que adoptar una medida más económica todavía... En lugar de ir al restaurant, tomaremos una cocinera.

—No, no,—interrumpió Marcelo—mejor será que tomemos un doméstico que sea al propio tiempo cocinero. Mira las inmensas ventajas que nos reportaría. En primer lugar, la casa estaría

siempre arreglada nos limpiará las botas, lavará mis pinceles, hará nuestros recados; yo procuraré además infiltrarle la afición á las bellas artes y lo haré mi discípulo. De esta manera, economizaremos entre los dos por lo menos seis horas al día entre cuidados y ocupaciones que perjudicarían nuestro trabajo.

—¡Ah! — dijo Rodolfo — se me ocurre otra idea... Pero vamos á comer.

Cinco minutos después, ambos amigos estaban instalados en uno de los gabinetes del vecino restaurant, y continuaban ocupándose de economías.

—Escucha mi idea: ¿si en lugar de tomar un doméstico tomáramos una querida? — aventuró Rodolfo.

—¡Una querida para dos!—exclamó Marcelo con sobresalto.—Esto sería llevar la avaricia hasta la prodigalidad, y gastaríamos nuestras economías en comprar cuchillos para degollarnos uno á otro. Prefiero el criado; por de pronto da cierta consideración.

—Dices bien—dijo Rodolfo;—nos proporcionaremos un muchacho inteligente; y si posee algunas nociones de ortografía, le enseñaré á redactar escritos.

—Esto constituirá un recurso para su ancianidad—dijo Marcelo mientras repasaba la cuenta que ascendía á quince francos.—Caramba, que caro es. Habitualmente comemos por treinta sueldos entre los dos.

—Sí,—prosiguió Rodolfo—pero comemos mal, y nos vemos obligados á cenar por la noche. Pensándolo bien, es siempre una economía.

—Tú eres el más inteligente—murmuró el artista vencido por aquel razonamiento, — tienes

siempre razón. ¿Vamos á trabajar ya esta noche?

—No, por mi vida. Yo me voy á ver á mi tío—dijo Rodolfo:—es un buen hombre, le explicaré mi nueva posición y me dará buenos consejos. ¿Y tú, Marcelo, dónde irás?

—Yo iré á ver al viejo Médicis para preguntarle si tiene restauraciones de cuadros que confiarme. A propósito, dame cinco francos.

—¿Para qué?

—Para pasar el puente de las Artes.

—¡Ah! este es un gasto inútil, y aunque de poca monta, se aparta de nuestros principios.

—Es verdad, me equivocaba—dijo Marcelo—pasaré por el puente Nuevo... Pero tomaré un coche.

Y los dos amigos se separaron tomando cada uno distinta dirección, que, por singular casualidad les condujo hacia el mismo sitio, donde se encontraron.

—¡Toma! ¿no has hallado á tu tío?—preguntó Marcelo.

—¿Y tú, no has visto á Médicis?—preguntó Rodolfo.

Y prorrumpieron en una carcajada.

No obstante, volvieron á casa muy temprano... al día siguiente.

Dos días después, Rodolfo y Marcelo estaban completamente metamorfoseados. Vestidos ambos como novios de alta posición, estaban tan guapos, tan relucientes, tan elegantes, que cuando se encontraban por la calle, casi no se reconocían uno á otro.

Su sistema económico estaba, á decir verdad, en pleno vigor, pero la organización del trabajo se realizaba con bastante dificultad. Habían to-

mado un criado. Era un mocetón de unos treinta y cuatro años, oriundo de Suiza, y de una inteligencia que recordaba la de Jocrisse (1). Además, no había nacido para doméstico; y si uno de sus amos le confiaba algún paquete algo voluminoso que llevar, Bautista se ponía colorado de indignación, y encargaba el recado á un mandadero. Sin embargo, Bautista tenía algunas cualidades; por ejemplo, cuando se le daba una liebre, sabía á la ocurrencia, hacer un guisado. Además, como había sido destilador antes de ser camarero, había conservado ciertas aficiones á su arte, y robaba buena parte del tiempo que debía á sus amos buscando la composición de un nuevo vulnerario superior, al que quería dar su nombre; también se distinguía en la confección del licor de nueces. Pero en lo que Bautista no tenía rival, era en el arte de fumarse los cigarros de Marcelo, encendiéndolos con los escritos de Rodolfo.

Un día, Marcelo quiso hacer servir de modelo á Bautista, en traje de Faraón, para su cuadro de *El paso del mar Rojo*. A tal proposición, Bautista respondió con una absoluta negativa y pidió la cuenta.

—Está bien, — dijo Marcelo — tu cuenta te la arreglaré esta noche.

Cuando volvió Rodolfo, su amigo le declaró que era preciso despedir á Bautista.

—No nos sirve para nada absolutamente.

—Es verdad—respondió Rodolfo,—es un objeto de arte viviente.

---

(1) Personaje de los antiguos sainetes franceses, prototipo de la estupidez y de la inocencia.

—Es bestia hasta hacer perder los estribos.

—Es holgazán.

—Hay que despedirle.

—Echémosle.

—No obstante, tiene algunas buenas cualidades. Sabe guisar muy bien una liebre.

—Y hace bien el licor de nueces. Es el Rafael del licor de nueces.

—Sí; pero no sirve más que para eso, y eso no nos basta. Nos hace perder el tiempo en discutir sobre él.

—Y nos priva de trabajar.

—El tiene la culpa si no puedo acabar *El paso del mar Rojo* para el Salón. No ha querido servir de modelo de Faraón.

—Gracias á él, no he podido acabar el trabajo que me habían pedido. No ha querido ir á la Biblioteca á buscar los apuntes que necesitaba.

—Nos arruina.

—Decididamente, no podemos retenerle más.

— Despidámosle... Pero entonces tendremos que pagarle.

—Le pagaremos ¡pero que se vaya! Dame el dinero para que ajuste su cuenta.

—¡Cómo el dinero! No soy yo el cajero, sino tú.

—No, no, eres tú. Tú estás encargado de la intendencia general— dijo Rodolfo.

—¡Pues te aseguro que no tengo dinero!—exclamó Marcelo.

—¿Se habrá acabado acaso? ¡Es imposible! No se pueden gastar quinientos francos en ocho días, sobre todo cuando se vive, como hemos hecho nosotros, con la más absoluta economía, limitándonos á lo más estrictamente necesario. (Hubiera debido decir á lo más estrictamente su-

perfluo.) Hay que repasar las cuentas—prosiguió Rodolfo;—tal vez encontremos el error.

—Sí,—dijo Marcelo—pero lo que no encontramos es el dinero. Lo mismo da, consultemos los libros de caja.

Ahí va una muestra de esa contabilidad, empezada bajo los auspicios de la santa Economía:

—19 Marzo. Ingresos, 500 francos. Gastos: una pipa turca, 25 francos; comida, 15 fr.; gastos diversos, 40 fr.

—¿A qué se refieren estos gastos?—dijo Rodolfo á Marcelo, que leía.

—¿No te acuerdas?—respondió éste.—Es aquella noche en que no volvimos á casa hasta la mañana siguiente. No obstante, ahorramos leña y velas.

—¿Y después? Sigue.

—20 Marzo. Almuerzo, 1 franco y 50 céntimos; tabaco, 20 céntimos; comida, 2 fr.; unos lentes, 2 francos 50 cénts. ¡Oh!—dijo Marcelo—esos lentes se compraron para tí. ¿Para qué los necesitabas? tú ves perfectamente...

—Bien sabes que debía escribir una crítica del Salón para *La gasa de Iris;* es imposible hacer la crítica de las pinturas sin lentes; era un gasto legítimo. ¿Después?...

—Un bastón de junco...

—¡Hola! éste fué para tí—exclamó Rodolfo; —no te hacía ninguna falta el bastón.

—Es todo lo que gastamos el 20—dijo Marcelo sin contestar.—El 21, nos desayunamos fuera de casa, almorzamos fuera también y cenamos también fuera.

—¿Aquel día habremos gastado poco?

—Sí, muy poco... Apenas treinta francos.

—¿Pero en qué?

—No lo sé,—dijo Marcelo;—pero está inscrito en el epígrafe de «gastos diversos».

—¡Un epígrafe vago é insidioso!—interrumpió Rodolfo.

—El 22. Es el día en que entró Bautista: le dimos 5 francos á cuenta de su sueldo; para el organillo de Berbería 50 céntimos; para el rescate de cuatro niños chinos condenados á ser arrojados al río Amarillo por sus bárbaros padres, 2 francos y 40 céntimos.

—¡Espera!—dijo Rodolfo—explícame la contradicción que noto en este capítulo. Si das dinero á los organillos de Berbería (1), ¿por qué insultas á los padres llamándoles bárbaros? Y además, ¿qué necesidad había de rescatar á los niños chinos? Si al menos hubiesen estado conservados en aguardiente (2).

—Yo nací generoso—replicó Marcelo;—vamos continuando; hasta ahora nos hemos alejado poco de nuestros principios económicos.

—El 23 no hay apuntado nada. El 24, ídem. Estos si que son días buenos. El 25, entregado á Bautista, á cuenta sobre su sueldo, 3 francos.

—Me parece que se le ha dado dinero con frecuencia—observó Marcelo á manera de reflexión.

—Así se le deberá menos—respondió Rodolfo. Continúa.

—El 26 de Marzo, por varios gastos útiles ba-

---

(1) En francés, de *Barbarie*, palabra de doble sentido que quiere decir también *barbárie*, y que en español pierde la significación que ha querido darle el autor.

( ) La palabra *chino* juega aquí también con doble sentido, pues con ella se designa la fruta que nosotros llamamos *mandarinas*.

jo el punto de vista del arte, 36 francos con 40 céntimos.

—¿Qué es lo que pudimos comprar que fuera tan útil?—dijo Rodolfo;—yo no lo recuerdo. 36 francos 40 céntimos ¿en qué los gastamos?

—¡Cómo! ¿no te acuerdas ya?... Es el día en que subimos á las torres de Nuestra Señora para ver París á vista de pájaro...

—Pero si sólo cuesta ocho sueldos el subir á las torres—dijo Rodolfo.

—Sí, pero al bajar nos fuimos á comer á San Germán.

—Esta redacción peca de poca claridad.

—El 27 no hay apuntado nada.

—¡Magnífico! Este si que es económico.

—El 28, entregado á Bautista, á cuenta de su sueldo, 6 francos.

—¡Ah! ahora sí que estoy seguro que nada debemos á Bautista. Podría suceder que el nos debiera á nosotros... habrá que mirarlo.

—El 29 ¡toma! el 29 no está anotado: la partida de gastos está reemplazada por el comienzo de un artículo de costumbres.

—El 30. ¡Ah! Aquel día tuvimos convidados, gasto extraordinario, 30 francos y 35 céntimos. El 31, hoy precisamente, aún no hemos gastado nada. Ya ves—dijo Marcelo al terminar—que las cuentas se han llevado con exactitud. El total no alcanza á 500 francos.

—Entonces, ha de quedar dinero en caja.

—Veamos—dijo Marcelo tirando de un cajón.

—No, dijo, no queda nada. Sólo hay una araña.

—Araña matutina, mala espina—observó Rodolfo.

—¿Dónde diablos estará tanto dinero?—prosiguió Marcelo aterrado al ver la caja vacía.

—¡Pardiez! es muy sencillo—dijo Rodolfo—lo hemos dado todo á Bautista.

—¡Espera!—gritó Marcelo registrando el cajón en el que acababa de ver un papel.—¡El recibo del último trimestre!—exclamó.

—¡Ca!—objetó Rodolfo.—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Y firmado y todo—añadió Marcelo;—¿has satisfecho, pues, al propietario?

—¿Yo? ¡qué me cuentas!—dijo Rodolfo.

—Pero entonces, ¿qué significa?...

—Te aseguro...

—«¿Qué misterio es éste?»—cantaron á coro con la música del final de *La Dama Blanca*.

Bautista, que era aficionado á la música, acudió en seguida.

Marcelo le enseñó el recibo.

—¡Ah! sí,—exclamó Bautista con indiferencia.—Me había olvidado de decírselo á ustedes; esta mañana vino el casero, mientras se hallaban ustedes fuera de casa. Yo le he pagado para evitarle la molestia de volver.

—¿En dónde has encontrado el dinero?

—Señorito—dijo Bautista—lo he *tomado* del cajón, que estaba abierto; me he figurado que los señoritos lo habían dejado abierto con intención, y me he dicho: Mis amos se han olvidado de avisarme, al salir: «Bautista, vendrá el propietario de la casa á cobrar el alquiler, y hay que pagarle», y así lo he hecho, como si me lo hubieran mandado... sin que me lo hubieran mandado.

—Bautista,—dijo Marcelo presa de cólera blan-

ca—usted se ha excedido de nuestras órdenes; desde este momento deja usted de formar parte de nuestra casa. ¡Bautista, quítese usted la librea!

Bautista se quitó la gorra de hule que componía toda su librea y la devolvió á Marcelo.

—Está bien—dijo éste:—ya puede usted marcharse...

—¿Y mi cuenta?

—¿Cómo se atreve usted, tunante? Ha recibido usted más dinero del que debíamos darle. En menos de quince días le he entregado catorce francos. ¿Qué ha hecho usted de todo ese dinero? ¿Mantiene usted alguna bailarina?

—De cuerda,—añadió Rodolfo.

—¿Voy, pues, á quedar abandonado,—dijo el infeliz doméstico,—sin un abrigo que cubra mi cabeza?

—Toma otra vez tu librea,—respondió Marcelo conmovido á pesar suyo.

Y devolvió la gorra á Bautista.

—Y pensar que este infeliz ha dilapidado nuestra fortuna, — dijo Rodolfo mirando á Bautista mientras salía.—¿En dónde comemos hoy?

—Ya lo sabremos mañana, — respondió Marcelo.

VIII

Lo que cuestan cinco francos

Un sábado por la noche, cuando aun no se había establecido con la señorita Mimí, que veremos aparecer muy pronto, Rodolfo conoció, en una mesa del restaurant, á una modista á domicilio, llamada señorita Laura. Habiendo sabido que Rodolfo era redactor en jefe de *La gasa de Iris* y del *Castor,* periódicos de modas, la modista, con la esperanza de obener anuncios para sus productos, le prodigó mil significativos agasajos. A tales provocaciones respondió Rodolfo con un fuego graneado de madrigales que hubieran dado envidia á Benserade, Voiture y á todos los Ruggieri (1) del género galante; y al

(1) *Benserade*, poeta de la corte de Luis XIV (1612-1691); *Voiture*, académico y escritor de ingenio, frecuentador del Hôtel Rambuillet (1598-1648); *Ruggieri*, astrólogo florentino, favorito de Catalina de Médicis; murió en 1615.

terminar la comida, al enterarse la señorita Laura de que Rodolfo era poeta, le dejó comprender con bastante claridad que no estaba lejos de aceptarlo por su Petrarca. Sin muchos circunloquios le concedió una visita para el día siguiente.

—Pardiez,—se decía Rodolfo mientras acompañaba á la señorita Laura,—ésta sí que es una mujer simpática. Me parece que posee gramática y un ajuar muy completo. Estoy dispuesto á hacerla dichosa.

Cuando llegaron á la puerta de su casa, la señorita Laura dejó el brazo de Rodolfo, dándole las gracias por la molestia que le había causado acompañándola á un barrio tan distante.

—¡Oh! señorita,—respondió Rodolfo inclinándose hasta el suelo,—yo hubiera deseado que viviera en Moscou ó en las islas de la Sonda, para gozar por más tiempo del gusto de ser su caballero.

—Están demasiado lejos, — respondió Laura con zalamería.

—Hubiéramos tomado por los bulevares, señorita,—dijo Rodolfo.—Permítame usted que le bese la mano en la persona de su mejilla,—prosiguió besando á su compañera en los labios, antes que Laura pudiera resistirse.

—¡Oh, caballero!—exclamó.—Usted va demasiado deprisa.

—Es para llegar más pronto,—dijo Rodolfo.—En amor, las primeras etapas han de ser franqueadas al galope.

—¡Qué pícaro!—pensó la modista al entrar en su casa.

—¡Linda mujer!—decía Rodolfo alejándose.

Cuando volvió á su casa, se acostó á toda prisa y tuvo los más agradables sueños. Se veía llevando del brazo por los bailes, los teatros y los paseos á la señorita Laura, vistiendo trajes más ricos que los que ambicionaba la coquetería de *Piel de Asno* (1).

A las once del día siguiente, Rodolfo se levantó, según su costumbre. Su primer pensamiento fué para la señorita Laura.

—Es una mujer distinguida,—murmuró;—estoy seguro que ha sido educada en San Dionisio. Al fin voy á conocer la dicha de tener una amante que no sea vulgar. Decididamente haré muchos sacrificios por ella; me voy á buscar dinero á *La gasa de Iris,* me compraré un par de guantes y conduciré á Laura á comer en un restaurant en donde den servilletas. Mi traje no está en muy buen estado, que digamos,—dijo mientras se vestía:—pero ¡bah! el negro viste mucho.

Y salió para dirigirse á las oficinas de *La gasa de Iris.*

Mientras atravesaba la calle, halló un ómnibus á cuyos lados se habían fijado carteles que decían:

HOY, DOMINGO, MANARÁN LAS FUENTES DE VERSALLES

Un rayo que hubiera caído á los pies de Rodolfo no le hubiera causado tan intensa impresión como la lectura de aquel anuncio.

—¡Hoy, domingo! Lo había olvidado,—excla-

(1) Protagonista de uno de los cuentos más bonitos de Perrault.

mó;—me será imposible hallar dinero. ¡¡¡Hoy domingo!!! Todo el dinero de París está camino de Versalles.

Sin embargo, impelido por una de esas fabulosas esperanzas á las que se agarra siempre el hombre, Rodolfo corrió á su periódico, contando con que una feliz casualidad pudiera haber llevado allí al cajero.

El señor Bonifacio había estado un instante, en efecto, marchándose en seguida.

—Para ir á Versalles,—dijo á Rodolfo el mozo de redacción.

—Vamos, —dijo Rodolfo, —no hay remedio... Pero meditemos,—pensó.—Mi cita no es hasta la noche. Son las doce; me quedan cinco horas para encontrar cinco francos, á veinte sueldos la hora, como los caballos del bosque de Bolonia. ¡En marcha!

Y como se hallaba en un barrio donde vivía un periodista á quien llamaba el crítico influyente, Rodolfo se propuso tantearle.

—Estoy seguro que á ese le encuentro,—dijo mientras subía las escaleras;—es su día de revista, no hay cuidado de que salga. Le pediré cinco francos.

—¡Hola! ¿Es usted?—dijo el literato al ver á Rodolfo.—Llega usted á tiempo; he de pedirle un favor.

—¿Qué será ello?—pensó el redactor de *La gasa de Iris*.

—¿Estuvo ayer en el Odeón?

—Yo voy siempre al Odeón.

—Habrá visto, pues, la nueva obra.

—¿Cómo no? Yo soy el público del Odeón.

—Es verdad,—dijo el crítico;—usted es una de las cariátides de ese teatro. Hasta corre voz de que es usted el que lo subvenciona. Pues bien, el favor que le pido es la revista de la obra nueva.

—Es cosa fácil; tengo una memoria de acreedor.

—¿De quién es esa obra?—preguntó el crítico á Rodolfo, mientras éste escribía.

—Es de un tal.

—No debe estar muy *fuerte.*

—Menos que un turco, seguramente.

—Entonces no será muy robusto. Los turcos, créalo usted, han usurpado su reputación de fuertes, porque no podrían ser saboyanos.

—¿Y qué es lo que puede impedírselo?

—Que todos los saboyanos son auverneses y todos los auverneses son mozos de cuerda. Además, no hay más turcos que los que se ven en los bailes de máscara de extramuros y los que venden dátiles en los Campos Elíseos. El turco es un prejuicio. Tengo un amigo que conoce el Oriente, y me ha asegurado que todos los hijos de aquella nación han visto la luz en la calle de Coquenard.

—Es curioso lo que usted dice,—observó Rodolfo.

—¿Le parece á usted?—dijo el crítico.—Lo voy á poner en mi revista.

—Ahí va mi crítica; está hecha con franqueza, —prosiguió Rodolfo.

—Sí, pero es corta.

—Poniendo algunos guiones y desarrollando sus opiniones críticas, ocupará más espacio.

—No tengo tiempo, amigo mío, y además mis opiniones críticas ocupan poco espacio.

—Ponga usted un adjetivo á cada tres palabras.

—¿No podría usted hilvanar á su análisis una corta ó más bien larga apreciación de la obra?—preguntó el crítico.

—¡Demontre!—dijo Rodolfo—sin duda que tengo mis ideas respecto á la tragedia, pero he de advertirle que las he publicado tres veces en *El Castor* y en *La gasa de Iris*.

—Es igual ¿cuántas líneas harán sus ideas?

—Cuarenta.

—¡Caramba! ¡usted tiene grandes ideas! Pues bien, présteme esas cuarenta líneas.

—¡Bueno!—pensó Rodolfo—si escribo por valor de veinte francos de *original*, no podrá rehusarme cinco francos. Debo prevenirle—dijo al crítico—que mis ideas no son enteramente nuevas. Van ya enseñando los codos. Antes de imprimirlas, las he vociferado por todos los cafés de París, y no queda ni un muchacho que no se las sepa de memoria.

—¡Y á mi qué me importa!... ¿No me conoce usted? ¿Hay acaso nada nuevo en el mundo, exceptuando la virtud?

—Aquí lo tiene usted—dijo Rodolfo, cuando hubo terminado.

—¡Rayos y centellas! Faltan todavía dos columnas... ¡Cómo colmaré este abismo!—exclamó el crítico.—Ya que está usted puesto, añada algunas paradojas.

—No traigo encima—dijo Rodolfo;—pero puedo prestarle algunas; únicamente que no son mías; las compré por cincuenta céntimos á uno de mis amigos que nadaba en la miseria. No han servido mucho aún.

—¡Perfectamente!—dijo el crítico.

—¡Ah!—dijo Rodolfo poniéndose á escribir de nuevo,—no se escapa de que le pida diez francos; en estos tiempos las paradojas van tan caras como las perdices.—Y escribió unas treinta líneas de frivolidades sobre los pianos, los peces encarnados, la escuela del sentido común y el vino del Rhin, al que llamaba vino de tocador.

—Muy bonito,—dijo el crítico;—tenga usted la complacencia de añadir que el presidio es el sitio del mundo en donde se encuentran más personas honradas.

—¿Y eso, por qué?

—Porque hará dos líneas más. Bueno, ya está hecho,—dijo el crítico influyente, llamando á su doméstico para que llevara su revista á la imprenta.

—Y ahora,—dijo Rodolfo,—démosle el sablazo.

Y formuló gravemente su demanda.

—¡Ay, amigo!—dijo el crítico.—No tengo un céntimo en casa. Lolotte me arruina á fuerza de pomadas, y en este momento acaba de desbalijarme llevándose hasta el último sueldo para ir á Versalles á ver las Nereidas y los monstruos de bronce vomitar chorros de agua.

—¡A Versalles! ¡Caramba!—dijo Rodolfo—¡pero esto es una epidemia!

—¿Y para qué necesita usted dinero?

—He aquí el poema—prosiguió Rodolfo.—A las cinco de esta tarde tengo una cita con una mujer de la buena sociedad, una persona distinguida, que no sale más que en ómnibus. Quisiera unir mi destino al suyo por algunos días, y me parece decoroso hacerle gozar de las dulzuras de la vida. Comidas, bailes, paseos, etc., etc.: para ello nece-

sito imprescindiblemente cinco francos; si no los encuentro, la literatura francesa quedará deshonrada en mi persona.

—¿Por qué no pide usted esa suma á esa misma señora?—observó el crítico.

—Por la primera vez, la cosa no es posible. Sólo usted puede sacarme del compromiso.

—Por todas las momias de Egipto le doy á usted mi palabra de honor que no hay con qué comprar una pipa de un sueldo ni un cigarro de Virginia. Sin embargo, tengo allí unos libros viejos que se podría usted *pulir*.

—Hoy domingo, imposible; la tía Mansut, Lebigre y todas las piscinas de los muelles y de la calle de San Jaime, están cerradas. ¿Qué son esos libros? ¿Tomos de poesía con el retrato del autor con anteojos? Esto ya no se compra.

—A menos de que á ello le condene el tribunal de justicia—dijo el crítico.—Espere usted, aquí tiene algunas romanzas y billetes para conciertos. Si se diera usted buena maña, podría sacar algún dinero.

—Preferiría otra cosa: un pantalón, por ejemplo.

—¡Vamos!—dijo el crítico—tome usted además este Bossuet y el busto de Odilón Barrot (1); palabra de honor, esto es como tener ya el dinero en el bolsillo.

—Veo que pone usted toda su buena voluntad—dijo Rodolfo.—Me llevo estos tesoros; pero si de todos juntos saco treinta sueldos, lo consideraré como el décimotercio trabajo de Hércules.

Después de haber corrido unas cuatro leguas,

(1) Célebre abogado y político francés (1791-1873).

Rodolfo, ayudado por una elocuencia especial cuyo secreto poseía en las grandes ocasiones, consiguió que su planchadora le prestase dos francos, bajo la garantía de dos tomos de poesías, de las romanzas y del retrato de Barrot.

—¡Vamos!—dijo mientras repasaba los puentes —ya tenemos la salsa, ahora hay que encontrar las tajadas. ¡Si fuera á ver á mi tío!

Media hora después estaba en casa de su tío Monetti, quién leyó en seguida en la cara de su sobrino el objeto de su visita. Así es que se puso en guardia y se adelantó á toda petición con una serie de recriminaciones por el estilo:

—Los tiempos están malos, el pan es caro, los deudores no pagan, los alquileres corren, el comercio se paraliza, etc., etc., todas las hipócritas letanías de los tenderos.

—¿Creerás—dijo el tío—que me he visto obligado á pedir dinero á mi mozo para pagar una letra?

—Debía habérmelo dicho—dijo Rodolfo.—Yo le hubiera prestado ese dinero; hace tres días recibí doscientos francos.

—Gracias, hijo—dijo su tío,—pero tú necesitas lo tuyo... ¡Ah! mientras estás aquí ya que tienes buena mano, deberías copiarme algunas facturas que he de enviar para el cobro.

—He aquí cinco francos que me saldrán caros—dijo Rodolfo poniendo manos á la obra, con presteza.

—Querido tío—dijo á Monetti—sabiendo lo aficionado que es usted á la música, le he traído billetes para un concierto.

—Así me gusta, hijo mío. ¿Quieres quedarte á comer conmigo?...

—Gracias, tío, me esperan á comer en el arrabal de San Germán; por cierto que estoy contrariado, porque no he tenido tiempo de ir á casa á buscar dinero para comprarme unos guantes.

—¿No tienes guantes? ¿quieres que te preste los míos?—dijo el tío.

—Gracias, nuestras manos no son iguales; si usted quisiera prestarme...

—¿Veintinueve sueldos para comprarlos? Vaya que sí, hijo mío, aquí los tienes. Cuando se frecuenta el gran mundo hay que presentarse bien. Vale más envidia que caridad, decía tu tía. Vamos, veo con gusto que te lanzas... Te hubiera dado más—prosiguió—pero es lo único que tenía en el mostrador; tendría que subir arriba y no puedo dejar la tienda sola: á cada momento vienen compradores.

—¿No decía usted que el comercio se paralizaba?

El tío Monetti hizo como que no oyera, y dijo á su sobrino, que se metía los veintinueve sueldos en el bolsillo:

—No te apures por devolvérmelos.

—¡Qué sanguijuela!—dijo Rodolfo escapando. ¡Me he lucido!—exclamó—me faltan todavía treinta y un sueldos. ¿Dónde encontrarlos? Ahora se me ocurre. Vamos á la encrucijada de la Providencia.

Rodolfo daba este nombre al punto más céntrico de París, esto es, el Palacio Real. Un sitio donde es casi imposible permanecer diez minutos sin encontrar diez personas conocidas, acreedores sobre

todo. Rodolfo fué á ponerse de acecho en las gradas del Palacio Real. Esta vez la Providencia tardó mucho en presentarse; pero al fin Rodolfo pudo divisarla. Llevaba sombrero blanco, gabán verde y bastón con puño de oro... una Providencia muy bien vestida.

Era un joven muy servicial y rico, aunque falansteriano.

—¡Cuánto me alegro de verle!—dijo á Rodolfo; acompáñeme usted un rato, hablaremos.

—Vamos, voy á sufrir el tormento del falansterio—murmuró Rodolfo dejándose llevar por el sombrero blanco, quien, efectivamente, le *falansterianó* á más y mejor.

Cuando estuvieron próximos al puente de las Artes, Rodolfo dijo á su compañero:

—Le dejo á usted pues no tengo con qué pagar el peaje.

—No importa—dijo el otro deteniendo á Rodolfo y dando dos sueldos al inválido.

—Ha llegado la hora—pensaba el redactor de *La gasa de Iris* mientras atravesaban el puente; y al llegar al extremo, delante del reloj del Instituto, Rodolfo se detuvo de repente, señaló la esfera del reloj con actitud desesperada y exclamó:

—¡Jesucristo! ¡las cinco menos cuarto! ¡estoy perdido!

—¿Qué pasa?—dijo sorprendido el otro.

—Pasa—respondió Rodolfo—que gracias á usted, que me ha traído á pesar mío hasta aquí, he faltado á una cita.

—¿Importante?

—¡Ya lo creo! una cuenta que debía ir á cobrar á las cinco... en Batignolles... Ya no podré llegar... ¡Jesucristo! ¿qué hacer?

—¡ Pardiez!—dijo el falansteriano,—es muy sencillo, venga á mi casa y le prestaré lo que necesite.

—¡ Imposible! Usted vive en Montrouge, y yo tengo un asunto á las seis en la Calzada de Antin... ¡ Jesucristo!...

—Podría ofrecerle unos sueldos que me quedan —dijo tímidamente la Providencia...—muy pocos.

—Si tuviera lo bastante para tomar un coche, tal vez podría llegar aún á Batignolles.

—Esto es todo cuanto tengo, amigo, treinta y un sueldos.

—¡ Démelos en seguida y voy corriendo!—dijo Rodolfo que acababa de oir las cinco, y se apresuró á acudir á la cita.

—Duro de roer ha sido el hueso—dijo contando el dinero.—Cinco francos, como cinco soles. En fin, estoy decente, y Laura verá que tiene que habérselas con un hombre que sabe vivir. Esta noche quiero volver á casa sin un céntimo. Hay que rehabilitar las letras y probar que sólo les falta dinero para ser ricas.

Rodolfo encontró á la señorita Laura en el lugar de la cita.

—¡ Menos mal!—dijo entre sí.—Respecto á puntualidad, es una mujer Bréguet (1).

Pasó la noche con ella, y fundió espléndidamente sus cinco francos en el crisol de la prodigalidad. La señorita Laura estaba prendada de sus maneras, y aparentó no advertir que no era á su casa donde la acompañaba Rodolfo, hasta que se vió ante la puerta del cuarto de éste.

—Cometo una ligereza—dijo aquélla.—No haga

(1) Alude á los relojes Bréguet, notables por su precisión. Bréguet nació en Neuchâtel (Suiza) en 1747 y murió en 1823.

usted que deba arrepentirme por un acto de ingratitud, que es el pago de su sexo.

—Señorita—dijo Rodolfo—soy conocido por mi constancia. Hasta tal punto que todos mis amigos se admiran de mi fidelidad y me han puesto el sobrenombre de *general Bertrand* (2) del amor.

---

(2) Persona célebre por su fidelidad á Napoleón I á quien siguió á las islas de Elba y de Santa Elena (1773-1844).

IX

Las violetas del Polo

En aquel tiempo, Rodolfo estaba pérdidamente enamorado de su prima Angela, que no le podía sufrir, y el termómetro del ingeniero Chevalier marcaba doce grados bajo cero.

La señorita Angela era la hija de Monetti, el fabricante de estufas de quien hemos tenido ocasión de hablar. La señorita Angela tenía diez y ocho años, y acababa de llegar de la Borgoña, donde había estado cinco años al lado de una parienta que debía legarle su hacienda después de su muerte. Aquella parienta era una mujer vieja que nunca había sido joven ni guapa, pero que había sido siempre mala, á pesar de ser devota, ó precisamente por eso. Angela, que al marcharse era una niña encantadora, regresó al cabo de cinco años transformada en una hermosa, pero fría, seca é indiferente joven. La vida retirada de provincia, las prácticas de una devoción excesiva y la educación fundada en mezquinos principios que había recibi-

do, habían llenado su espíritu de prejuicios vulgares y absurdos, embotado su imaginación, y hecho de su corazón una especie de órgano que se limitaba á llenar su función de péndulo. Angela tenía, por decirlo así, agua bendita en las venas en lugar de sangre. A su regreso, acogió á su primo con una reserva glacial, y él no hizo más que perder el tiempo cada vez que probó de hacer vibrar en ella la cuerda sensible de los recuerdos, memorias del tiempo en que ambos habían esbozado aquella pasioncilla á lo Pablo y Virginia, que es tradicional entre primitos. Esto no obstaba para que Rodolfo estuviera muy enamorado de su prima Angela, que no podía sufrirle; y habiendo sabido un día que la joven debía asistir dentro de poco á un baile de bodas de una de sus amigas, se había entusiasmado hasta el punto de prometer á Angela un ramo de violetas para ir al baile. Y Angela, después de haber pedido permiso á su padre, aceptó la galante oferta de su primo, insistiendo además porque las violetas fuesen blancas.

Rodolfo, completamente feliz por la amabilidad de su prima, saltaba y cantaba mientras subía á su *Monte de San Bernardo*. Así llamaba á su domicilio. Pronto se verá por qué. Cuando atravesaba el Palacio Real, al pasar por delante la tienda de la señorà Prevost, la célebre florista, Rodolfo vió expuestas violetas blancas, y por curiosidad entró para preguntar su precio. Un ramillete presentable no costaba menos de diez francos, pero los había que costaban mucho más.

—¡Demonio!—dijo Rodolfo,—diez francos, y sólo dispongo de ocho días para buscar ese millón. Dificilillo será; pero me es igual, mi prima tendrá su ramillete. Ya sé cómo.

Esta aventura ocurría en tiempo del génesis literario de Rodolfo. Entonces no poseía otra renta que una pensión de quince francos al mes, que le pasaba uno de sus amigos, un gran poeta que, después de una larga permanencia en París, había llegado á ser, merced á algunas protecciones, maestro de escuela en provincia. Rodolfo, que tenía por madrina á la prodigalidad, gastaba siempre su pensión en cuatro días; y como no quería abandonar la santa y poco productiva profesión de poeta elegíaco, vivía el resto del tiempo del maná casual que cae lentamente de las cestas de la Providencia. Aquella cuaresma no le espantaba; atravesábala alegremente, gracias á una sobriedad estoica, y á los tesoros de imaginación que derrochaba cada día para llegar al primero del mes, aquel día de Pascua que ponía término á su ayuno. En aquella época, Rodolfo vivía en la calle de la Contraescarpa de San Miguel, en un gran caserón que se llamaba antiguamente el palacio de la *Eminencia gris,* porque el padre José, el alma condenada de Richelieu, había vivido en ella, según se decía. Rodolfo ocupaba el sitio más alto de la casa, uno de los más elevados con que cuenta París. Su cuarto, dispuesto en forma de mirador, era, durante el verano, una deliciosa habitación; pero de octubre á abril era un pequeño Kamtchatka. Los cuatro vientos cardinales, que penetraban por las cuatro ventanas que se abrían en los cuatro muros, acudían á ejecutar feroces cuartetos durante todo el invierno. Como por ironía, veíase además una chimenea cuya inmensa abertura parecía un arco de triunfo reservado á Bóreas y á todo su séquito. A los primeros ataques del frío, Rodolfo recurrió á un sistema especial de

calefacción; fué echando al fuego los pocos muebles que tenía, y al cabo de ocho días su mueblaje quedó sensiblemente disminuído: no le quedaba más que la cama y dos sillas; hay que advertir que estos muebles eran de hierro, y por lo tanto, asegurados contra incendios. Rodolfo llamaba á esta manera de calentarse, mudar de casa por la chimenea.

Corría, pues, el mes de enero, y el termómetro, que marcaba doce grados en el muelle de las Troneras, hubiera señalado dos ó tres más si hubiese sido llevado al mirador que Rodolfo había bautizado con los nombres de *Monte de San Bernardo, Spitzberg* y *Siberia*.

La noche en que prometió violetas blancas á su prima, Rodolfo experimentó un ataque de ira al volver á su casa: los cuatro vientos cardinales habían roto otro cristal jugando por los cuatro rincones del cuarto. Era el tercer destrozo de aquel género en los últimos quince días. Rodolfo prorrumpió en furibundas imprecaciones contra Eolo y toda su traviesa familia. Después de tapar aquella nueva brecha con el retrato de uno de sus amigos, Rodolfo se acostó vestido entre las dos tablas de borra dura que llamaba sus colchones, y toda la noche soñó violetas blancas.

Al cabo de cinco días, Rodolfo no había hallado aún ningún medio que pudiera ayudarle á realizar su ensueño y era ya la antevíspera del día en que debía regalar el ramillete á su prima. Durante aquellos días, el termómetro había bajado aún, y el desdichado poeta se desesperaba temiendo que las violetas se habrían puesto más caras. Por fin, la Providencia tuvo piedad de él, y ahora veremos cómo acudió en su auxilio.

Una mañana, Rodolfo se dirigió, salga lo que saliere, á pedir almuerzo á su amigo el pintor Marcelo, á quien halló hablando con una mujer vestida de luto. Era una viuda del barrio; había perdido á su esposo recientemente, y fué á preguntar cuánto le llevaría por pintar en la tumba que había hecho levantar al difunto, una *mano de hombre,* encima la cual había de escribirse:

TE ESPERO, QUERIDA ESPOSA.

Para obtener el trabajo más barato, la señora hizo observar al artista que cuando Dios la llamara á reunirse con su marido, debería pintar otra mano, su propia mano, adornada con un brazalete, y con otra leyenda que debía estar concebida así:

YA ESTAMOS REUNIDOS...

—Yo pondré esta cláusula en mi testamento,—decía la viuda,—y exigiré que el trabajo sea confiado á usted.

—Siendo así, señora,—respondió el artista,—acepto el precio que usted me ofrece... pero es con la esperanza del *apretón de manos.* No me olvide en su testamento.

—Yo desearía que me entregara eso lo más pronto posible,—dijo la viuda;—no obstante, tómese usted el tiempo que necesite y no olvide la cicatriz en el pulgar. Quiero una mano viva.

—Hablará, señora, esté usted tranquila,—dijo Marcelo acompañando á la viuda hacia la puerta. Pero, cuando estaba para salir, ésta volvió sobre sus pasos.

—Olvidaba preguntarle una cosa, señor pintor;

yo quisiera hacer escribir para la tumba de mi marido una composición en verso, en la que se relataran la buena conducta y las últimas palabras que pronunció en su lecho de muerte. ¿Le parece si es de buen tono?

—¡Muy de buen tono! A eso le llaman un epitafio y es cosa de muy buen tono.

—¿No conocería usted á alguien que hiciera eso barato? Conozco á un vecino mío, el señor Guerin, escritor, pero me ha pedido un ojo de la cara.

Aquí Rodolfo lanzó una ojeada á Marcelo, que comprendió en seguida.

—Señora,—dijo el artista señalando á Rodolfo, —una feliz casualidad ha traído aquí la persona que puede serle útil en estas dolorosas circunstancias. El señor es un poeta distinguido, y difícilmente podría usted hallar quien le aventajara.

—Yo desearía especialmente que fuese triste,— dijo la viuda;—y que estuviese bien de ortografía.

—Señora,—dijo Marcelo—mi amigo se sabe la ortografía por la punta de los dedos: en el colegio ganaba todos los premios.

—Toma—dijo la viuda—mi sobrino también ha ganado un premio; y sin embargo, no tiene aún siete años.

—Muy precoz es ese niño—respondió Marcelo.

—Pero—dijo la viuda insistiendo—¿el señor sabe hacer versos tristes?

—Mejor que nadie, señora, porque ha sufrido muchos disgustos en la vida. Mi amigo se distingue por los versos tristes, lo que le critican constantemente los periódicos.

—¡Cómo!—exclamó la viuda—¡hablan de él en los periódicos! Entonces tiene mucho más talento que el señor Guerin, el escritor.

—¡Oh! ¡mucho más! Diríjase usted á él, señora; no tendrá por qué arrepentirse.

Después de haber explicado al poeta el sentido de la inscripción que deseaba poner en la tumba de su marido, la viuda convino con Rodolfo en darle diez francos, si quedaba contenta; la única condición era que quería los versos pronto. El poeta le prometió enviárselos al día siguiente sin falta, por medio de su amigo.

—¡Oh, mi buena hada Artemisa!—exclamó Rodolfo cuando se hubo marchado la viuda—yo te prometo que quedarás contenta; yo te saciaré de lirismo fúnebre, y la ortografía estará mejor que una duquesa. ¡Oh buena vieja, que el cielo te recompense dándote ciento siete años de vida, como el buen aguardiente!

—¡Me opongo!—gritó Marcelo.

—Es verdad—dijo Rodolfo—olvidaba que has de pintar todavía otra mano después de su muerte, y que semejante longevidad te haría perder dinero.—Y levantó las manos al cielo diciendo:—¡Señor! ¡no escuches mi plegaria! ¡Ah! ¡qué suerte he tenido en venir!

—Y á propósito ¿qué querías de mí?—dijo Marcelo.

—Voy á decírtelo, pues con mayor motivo desde que me veo obligado á perder la noche para escribir esa poesía, no puedo prescindir de lo que venía á pedirte: Primero, de comer; segundo, tabaco y una vela; y tercero, tu traje de oso blanco.

—¿Acaso quieres ir al baile de máscaras? Tienes razón, esta noche es el primero.

—No; pero tal como me ves, estoy más helado que el gran ejército durante la retirada de Rusia. Mi gabán de lana verde y mi pantalón de merino

escocés son muy bonitos, no hay que decirlo; pero son demasiado primaverales, y propios para vivir en el ecuador; pero cuando se vive en el polo, como yo, es más conveniente un traje de oso blanco, diré más, es indispensable.

—Toma el *abrigo de pieles*,—dijo Marcelo;—has tenido una buena idea, porque es caliente como una brasa, y estarás en él como pan en el horno.

Rodolfo *habitaba* ya en la piel del animal velloso.

—Ahora—dijo—el termómetro se verá terriblemente contrariado.

—¿Pero vas á salir así?—dijo Marcelo á su amigo, cuando hubieron terminado una comida frugal servida en vajilla marcada á cinco céntimos la pieza

—¡Pardiez!—dijo Rodolfo—figúrate lo que se me da á mí del qué dirán; además, hoy es principio de carnaval.—Y atravesó todo París con la gravedad del cuadrúpedo en cuya piel estaba embutido. Al pasar por delante del termómetro del ingeniero Chevalier, Rodolfo se detuvo á hacerle una mueca.

Al entrar en su cuarto, no sin haber dado antes un gran susto á su portero, el poeta encendió la vela, rodeándola con gran cuidado con un cucurucho de papel transparente, para impedir las tretas de los aquilones; y se puso á trabajar en seguida. Pero no tardó en apercibirse de que, si su cuerpo estaba casi preservado del frío, sus manos no lo estaban; y aún no había escrito dos versos de su epitafio, cuando un dolor intenso inmovilizó sus dedos, que soltaron la pluma.

—El hombre más valiente no puede luchar con-

tra los elementos—dijo Rodolfo cayendo aniquilado en su silla.—César pasó el Rubicón, pero no habría pasado el Beresina.

De pronto el poeta dió un grito de alegría desde el fondo de su pecho de oso, y se levantó tan bruscamente que vertió parte de la tinta sobre la blancura de su abrigo de pieles: acababa de ocurrírsele una idea, tomada de Chatterton (1).

Rodolfo sacó de debajo su cama un montón considerable de papeles, entre los cuales había unos diez manuscritos enormes de su famoso drama *El Vengador*. Ese drama, en el que había trabajado diez años, había sido hecho, modificado y rehecho tantas veces, que las copias reunidas alcanzaban el peso de siete kilogramos. Rodolfo apartó el manucrito más reciente y arrastró los demás frente á la chimenea

—¡Estaba tan seguro de encontrarle aplicación —exclamó...—con paciencia! ¡Qué rico haz de prosa! ¡Ah! si hubiese previsto este caso, habría escrito un prólogo, y ahora tendría más combustible... ¡Pero... bah! No se puede pensar en todo. Y pegó fuego en la chimenea á varias hojas del manuscrito, á cuya llama se desentumeció las manos. Al cabo de cinco minutos, el primer acto de *El Vengador* estaba *ejecutado* y Rodolfo había escrito tres versos de su epitafio.

Nadie sería capaz de describir la sorpresa de los cuatro vientos cardinales cuando advirtieron que había lumbre en la chimenea.

—Es una ilusión—sopló el viento del norte que se divirtió en levantar el pelo de Rodolfo.

---

(1) Poeta inglés que se suicidó envenenándose á los 18 años (1752-1770).

—Si sopláramos en el tubo—repuso otro—la chimenea echaría humo.—Pero cuando iban á empezar á importunar á Rodolfo, el viento del sur apercibió á Arago (1) en una ventana del Observatorio, desde donde amenazaba con el dedo á los cuatro aquilones.

Al verlo, el viento del sur gritó á sus hermanos: «Huyamos, el almanaque señala tiempo tranquilo para esta noche; estamos en contradicción con el Observatorio, y si no nos acostamos antes de la media noche, el señor Arago nos hará arrestar.»

Mientras esto ocurría, el segundo acto de *El Vengador* ardía con éxito completo. Y Rodolfo había escrito seis versos. Pero sólo pudo escribir dos mientras duró el tercer acto.

—Siempre había dicho que este acto era demasiado corto—murmuró Rodolfo;—únicamente en la representación se reconocen los defectos. Por fortuna, éste durará más: tiene veintitrés escenas, una de ellas la del trono que debía coronarme de gloria...—La última tirada de versos de la escena del trono desaparecía lanzando chispas, y á Rodolfo le faltaba todavía escribir una estrofa de seis versos.

—Pasemos al cuarto acto—dijo, aficionándose al fuego.—Durará cinco minutos, todo él es monólogo.—Luego echó el desenlace, que no hizo más que arder y apagarse. Al mismo tiempo Rodolfo encajaba en un magnífico período de lirismo las últimas palabras del difunto en cuyo honor acababa de trabajar.—Quedará para una segunda

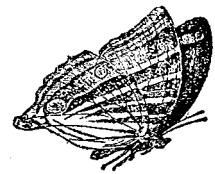
(1) Célebre físico y astrónomo francés, director del Observatorio astronómico (1786-1853).

representación—dijo colocando debajo la cama los manuscritos sobrantes.

... ...

Al día siguiente, á las ocho de la noche, la señorita Angela entraba en el baile, llevando en la mano un soberbio ramo de violetas blancas, en medio de las cuales se entreabrían dos rosas, blancas también. Toda la noche, el ramillete valió á la joven las felicitaciones de las mujeres y los requiebros de los hombres. Esto hizo que Angela quedara un poquito agradecida á su primo, que le había proporcionado todas aquellas pequeñas satisfacciones de amor propio, y hubiera pensado aún más en él sin las galantes persecuciones de un pariente de la novia que bailó varias veces con ella. Era un joven rubio, poseedor de unos soberbios bigotes retorcidos, que son los ganchos donde se prenden los corazones novatos. El joven llegó hasta á pedir á Angela las dos rosas blancas que quedaban de su ramillete, deshojado por todo el mundo... Pero Angela había rehusado, para olvidar al terminar el baile las dos flores en una silla, de donde el joven corrió á tomarlas.

En aquel momento, había catorce grados de frío en el mirador de Rodolfo, quien, apoyado en su ventana, miraba hacia la barrera del Maine las luces del salón de baile donde bailaba su prima Angela, que no le podía sufrir.



X

El Cabo de las Tormentas

En los meses que dan principio á cada nueva estación, hay épocas terribles: el 1.° y el 15 ordinariamente. Rodolfo, que no podía ver sin espanto la aproximación de una ú otra de aquellas fechas, las llamaba *El Cabo de las Tormentas*. Aquel día no es la aurora la que abre sus puertas de Oriente, sino los acreedores, los caseros, los hujieres y demás gente de letras... de cambio. Aquel día empieza con un diluvio de avisos, de recibos y de pagarés, y termina con una granizada de protestas *¡Dies iræ!*

Ahora bien, por la mañana de un 15 de abril, Rodolfo estaba durmiendo muy tranquilamente...

y soñaba que uno de sus tíos le dejaba por testamento toda una provincia del Perú, peruanas inclusive.

Mientras estaba nadando en pleno Pactolo imaginário, el ruido de una llave que daba vuelta en la cerradura vino á interrumpir al presunto heredero en el momento más esplendoroso de su sueño dorado.

Rodolfo se incorporó en la cama, con los ojos y el espíritu soñolientos aun, y miró á su alrededor.

Entonces divisó vagamente, de pie en medio de su cuarto, un hombre que acababa de entrar, ¡y qué hombre!

Aquel forastero matutino llevaba un sombrero de tres picos, un talego á la espalda y en la mano una gran cartera; vestía traje á la francesa de lino gris, y parecía que estaba muy sofocado por haber subido los cinco pisos. Sus maneras eran muy afables, y su andar sonoro, como lo sería el de una casa de cambio á ser posible que caminara.

Rodolfo se quedó asustado, pues cuando vió el sombrero de tres picos y el uniforme, se figuró que era un agente de orden público.

Pero la vista del talego, bastante repleto, le persuadió de su error.

—¡Ah, ya comprendo!—pensó—es un anticipo sobre mi herencia, este hombre viene de las Islas... Pero entonces ¿por qué no es negro?—Y haciendo una seña al hombre, le dijo designándole el talego:

—Ya sé lo que es. Déjelo allí. Gracias.

El hombre era un mozo del Banco de Francia.

A la invitación de Rodolfo, respondió poniéndole debajo los ojos un pequeño papel garabateado de signos y cifras de varios colores.

—¿Quiere usted el recibo? Nada más justo. Traiga usted la pluma y el tintero. Allí, sobre la mesa.

—No, vengo á cobrar—respondió el mozo cobrador—un efecto de cincuenta francos. Estamos á 15 de abril.

—¡Ah!—repuso Rodolfo examinando el pagaré...—De orden de Birmann. Es mi sastre... ¡Ay! —añadió con tristeza dirigiendo alternativamente la mirada á una levita tirada encima de la cama y al pagaré—las causas se van, pero los efectos vuelven. ¡Como! ¿Hoy es el 15 de abril? ¡Es extraordinario! ¡Aun no he comido fresas!

El mozo cobrador, cansado de tantas dilaciones, se marchó diciendo á Rodolfo:

—Tiene usted tiempo hasta las cuatro de la tarde para pagar.

—No hay hora para los hombres honrados,—respondió Rodolfo. —¡Intrigante! —añadió con pesar siguiendo con los ojos al banquero de tricornio.—Se lleva su talego.

Rodolfo cerró las cortinas de su cama y trató de reanudar el camino de su herencia; pero se equivocó de dirección, y entró orgullosamente en un sueño, en que el director del Teatro Francés, venía, sombrero en mano, á pedirle un drama para su teatro, y Rodolfo, que conocía las costumbres, exigía una buena prima. Pero en el momento en que el director parecía que iba á resolverse, el durmiente fué despertado á medias, otra vez por la aparición de un nuevo personaje, criatura también del 15 de abril

Era el señor Benoit, por mal nombre dueño del cuarto amueblado en que vivía Rodolfo; el señor Benoit era á la vez casero, zapatero y usurero de sus inquilinos; aquella mañana, el señor Benoit exhalaba un repugnante olor de aguardiente malo y de recibos vencidos. Llevaba en la mano una bolsa vacía.

—¡Diablo!—pensó Rodolfo...—Este no es el director del Teatro Francés... ¡Llevaría corbata blanca... y la bolsa estaría llena!

—¡Buenos días, señor Rodolfo!—exclamó el señor Benoit, acercándose á la cama.

—¡Señor Benoit... buenos días! ¿A qué debo el honor de su visita?

—Venía á decirle que estamos á 15 de abril.

—¿Ya? ¡Cómo corre el tiempo! Es pasmoso, tendré que comprarme unos pantalones de nankin. ¡El 15 de abril! ¡Alabado sea Dios! No se me hubiera ocurrido á no ser por usted, señor Benoit. ¡Cuánta gratitud le debo!

—Me debe también ciento setenta y dos francos, —contestó el señor Benoit,—y es tiempo ya de que arreglemos esta pequeña cuenta.

—Por mi parte, no tengo prisa... No es necesario que se moleste usted, señor Benoit. Le daré á usted tiempo... Así la cuentecita crecerá...

—Es que,—dijo el casero,—usted la ha aplazado ya varias veces.

—En este caso, arreglémosla, arreglémosla, señor Benoit; me es completamente igual que sea hoy ó mañana... Y después, todos somos mortales... Arreglémosla.

Una amable sonrisa iluminó las arrugas del propietario; y hasta pareció que la bolsa vacía se hinchaba de esperanza.

—¿Qué es lo que debo á usted?—preguntó Rodolfo.

—En primer lugar, hay tres meses de alquiler á veinticinco francos; total setenta y cinco francos.

—Salvo error,—dijo Rodolfo.—¿Después?

—Después, tres pares de botas á veinte francos.

—Un momento, un momento, señor Benoit, no confundamos; aquí nada tengo que ver con el casero, sino con el zapatero... Quiero una cuenta aparte. Los números son cosa seria, y no hay que confundirse.

—Sea,—dijo el señor Benoit, suavizado por la esperanza de poner, por fin, el saldo al pie de sus cuentas.—Aquí tiene usted una cuenta especial para sus calzados. Tres pares de botas, á veinte francos; son, sesenta francos.

Rodolfo lanzó una mirada de piedad á un par de botas destrozadas.

—¡Ay!—pensó—si hubiesen servido al *Judío Errante*, no estarían en peor estado. El caso es que se han puesto así corriendo tras de María... Continúe usted, señor Benoit...

—Hemos dicho sesenta francos—prosiguió éste.—Además, dinero prestado, veintisiete francos.

—Alto ahí, señor Benoit. Hemos convenido en que cada santo tendría su peana. Usted me prestó ese dinero á título de amigo. Así, pues, separemos el dominio del calzado y entremos en los dominios de la confianza y de la amistad, que exigen cuenta aparte. ¿A cuánto asciende su amistad conmigo?

—A veintisiete francos.

—Veintisiete francos. Muy barato le sale el amigo, señor Benoit. En fin, decíamos: setenta y cin-

co, sesenta y veintisiete... ¿Cuánto suma todo esto?

—Ciento sesenta y dos francos—dijo el señor Benoit presentando las tres cuentas.

—¡Ciento sesenta y dos francos!—exclamó Rodolfo...—¡Es extraordinario! ¡Qué cosa más hermosa es el sumar! Pues, bien, señor Benoit, ahora que está arreglada la cuenta, podemos ambos estar tranquilos, sabemos así á qué atenernos. El mes que viene le pediré el recibo, y como durante este tiempo la confianza y la amistad que nos tenemos no dejará de aumentar, en caso que convenga, podrá usted concederme un nuevo plazo. No obstante, si el casero y el zapatero tuvieran mucha prisa, rogaría al amigo que les hiciera entrar en razón. Es curioso, señor Benoit; pero cada vez que recuerdo su triple carácter de propietario, de zapatero y de amigo, estoy tentado de creer en la Santísima Trinidad.

Mientras escuchaba á Rodolfo el amo de casa se había puesto encarnado, verde, amarillo y blanco; y á cada nueva broma de su inquilino, aquel arco iris de la ira iba obscureciéndose más y más en su rostro.

—Caballero—dijo,—no me gusta que nadie se burle de mí. He esperado excesivamente. Queda usted despedido, y si esta noche no me da usted dinero... yo sé lo que tengo que hacer.

—¡Dinero! ¡dinero! ¿Acaso se lo pido yo?—dijo Rodolfo;—y además, si lo tuviera tampoco se lo daría... Es viernes, y esto me traería desgracia.

La cólera del señor Benoit se cambiaba en huracán; y si no le hubiese pertenecido el mueblaje,

hubiera roto sin duda los miembros de algún sillón.

Sin embargo, salió profiriendo algunas amenazas.

—¡Olvida usted la bolsa!—le gritó Rodolfo llamándole.

—¡Qué oficio!—murmuró el desdichado muchacho cuando estuvo solo.—Preferiría ser domador de leones. Pero—prosiguió Rodolfo saltando de la cama y vistiéndose apresuradamente,—no puedo permanecer aquí. La invasión de los aliados continuará. Es preciso escapar, y además almorzar. ¡Toma! ¿si fuera á ver á Schaunard? Le pediría que me pusiera cubierto en la mesa y además algunos sueldos. Cien francos me bastarán... Vamos á casa Schaunard.

Y mientras bajaba la escalera, Rodolfo encontró al señor Benoit que acababa de sufrir nuevos descalabros de los demás inquilinos, según atestiguaba su bolsa vacía, un objeto de arte.

—Si alguien pregunta por mí, diga usted que me he marchado al campo... á los Alpes...—dijo Rodolfo.—O bien, no, diga que ya no vivo aquí.

—Y diré la verdad,—murmuró el señor Benoit, dando á sus palabras un acento muy significativo.

Schaunard vivía en Montmartre. Había que atravesar todo París. Aquella peregrinación era de las más peligrosas para Rodolfo.

—Hoy—decía entre sí—las calles están empedradas de acreedores.

Sin embargo, no tomó por los bulevares exteriores, según deseaba. Una fantástica esperanza, por el contrario, le dió valor para seguir el itinerario peligroso del centro parisiense. Rodolfo imaginaba que, en un día en que los millones se pa-

seaban en público en hombros de los mozos cobradores, podría muy bien suceder que un billete de mil francos, abandonado en su camino, encontrara á su Vicente de Paul. Con esta ilusión iba Rodolfo andando, con los ojos clavados al suelo. Pero no encontró más que dos alfileres.

Al cabo de dos horas llegó á casa de Schaunard.

—¡Hola! ¿eres tú?—dijo éste.

—Sí, vengo á convidarme á comer.

—¡Ay, amigo mío! en mal punto llegas; acaba de venir mi amante, á la que no había visto desde hace quince días; si hubieses llegado tan sólo diez minutos antes...

—¿Y no podrás prestarme un centenar de francos?—replicó Rodolfo.

—¡Cómo! ¿tú también?—respondió Schaunard en el colmo de la sorpresa...—¿Tú también vienes á pedirme dinero? ¿te confabulas con mis enemigos?

—Te los devolveré el lunes.

—O por la Trinidad. Querido, ¿olvidas á qué día estamos? Hoy no puedo hacer nada por ti. Pero no hay que desesperar por eso, aún no se ha acabado el día. Puedes esperar todavía en la Providencia, que no se levanta nunca antes de mediodía.

—¡Ah!—repuso Rodolfo—la Providencia está demasiado ocupada en cuidar á los pajarillos. Voy á ver á Marcelo.

Marcelo vivía entonces en la calle de Breda. Rodolfo le encontró muy triste ante su gran cuadro que debía representar el paso del Mar Rojo.

—¿Qué tienes?—preguntó Rodolfo al entrar.—¿Estás preocupado?

—¡Ay!—exclamó el pintor valiéndose de la ale-

goría,—hace quince días que estoy en semana santa.

Para Rodolfo, esta respuesta era transparente como cristal de roca.

—¡Arenques salados y rábanos! ¡Lo recuerdo perfectamente!

En efecto, Rodolfo conservaba aún salada la memoria de cierto tiempo en que estuvo reducido al consumo exclusivo de aquel pescado.

—¡Caramba! ¡caramba!—exclamó—¡esto es grave! Yo que venía á pedirte cien francos...

—¡Cien francos!—prorrumpió Marcelo.—¡Has de vivir siempre de ilusiones! ¡Venirme á pedir esta suma mitológica en una época en que se está siempre por debajo del ecuador de la necesidad! Tú has tomado opio...

—¡Ay!—dijo Rodolfo—no he tomado nada.

Y dejó á su amigo á orillas del Mar Rojo.

De las doce á las cuatro, fué metiendo la nariz en casa de todos sus conocidos, siguiéndolas una por una; recorrió los cuarenta y ocho barrios y anduvo cerca de ocho leguas, sin resultado alguno. La influencia del 15 de abril se hacía sentir en todas partes con idéntico rigor; y mientras tanto la hora de comer se aproximaba. Pero no parecía que la comida se aproximara al propio tiempo que la hora, y Rodolfo se creyó en la balsa de *La Medusa*.

Cuando estaba atravesando el puente nuevo, se le ocurrió de pronto una idea:

—¡Ahora que me acuerdo!—dijo volviéndose atrás—el 15 de abril... el 15 de abril... yo estoy convidado para hoy.

Y registrando su bolsillo, sacó un billete impreso concebido así:

BARRERA DE LA VILLETTE

AL GRAN VENCEDOR

Salón para 300 cubiertos

BANQUETE ANIVERSARIO

EN HONOR DEL NACIMIENTO

del

MESÍAS HUMANITARIO

el 15 de abril de 184...

BONO PARA UNA PERSONA

Nota.—Sólo hay derecho á media botella de vino.

—No divido las opiniones de los discípulos del Mesías,—dijo para sí Rodolfo...—pero dividiría sus alimentos.—Y con velocidad de ave, devoró la distancia que le separaba de la barrera.

Cuando llegó á los salones del *Gran Vencedor,* la multitud era inmensa...El salón de los trescientos cubiertos contenía quinientas personas. Un vasto horizonte de ternera con zanahorias se desarrollaba á la vista de Rodolfo.

Por fin se empezó á servir la sopa.

Cuando los convidados iban á llevar la cuchara á la boca, cinco ó seis personas vestidas de paisano y varios guardias municipales, con un comisario al frente, hicieron irrupción en la sala.

—Señores,—dijo el comisario,—de orden de la autoridad superior, el banquete no puede tener lugar. Ordeno á ustedes que se retiren.

—¡Oh!—dijo Rodolfo, saliendo con todo el mundo.—¡La fatalidad acaba de tirar por tierra mi sopa!

Y tomó tristemente el camino de su domicilio, donde llegó hacia las once de la noche.

El señor Benoit le esperaba.

—¡Ah! ¿es usted?—dijo el casero.—¿Ha tenido presente lo que le he dicho esta mañana? ¿Trae usted el dinero?

—Debo recibir esta noche; le pagaré mañana á primera hora,—respondió Rodolfo buscando su llave y su candelero en la portería.

No encontró nada.

—Señor Rodolfo,—dijo el señor Benoit,—me sabe mal, pero he alquilado su cuarto, y no tengo disponible ningún otro; tendrá que dirigirse á otra parte.

Rodolfo tenía un alma muy grande, y una noche toledana no le asustaba. Además, en caso de mal tiempo, podía dormir en un palco de proscenio del Odeón, lo que alguna vez había ya ocurrido. Así es que reclamó tan sólo sus *efectos* al señor Benoit, cuyos efectos consistían en un lío de papeles.

—Es justo,—dijo el propietario;—no tengo derecho de retener aquéllo; han quedado en el escritorio. Suba usted conmigo; si la persona que ha tomado su cuarto no se ha acostado aún, podremos entrar.

La habitación había sido alquilada durante el día á una joven que se llamaba Mimí, con quien Rodolfo había empezado tiempo atrás un dúo de amor.

Se reconocieron en seguida. Rodolfo dijo algo

en voz baja al oído de Mimí y le estrechó suavemente la mano.

—¿Oye usted cómo llueve?—dijo el poeta llamando su atención hacia la ruidosa tempestad que acababa de estallar.

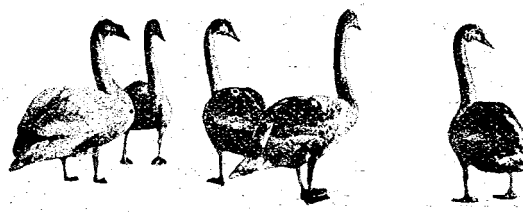
La señorita Mimí se dirigió directamente al señor Benoit, que esperaba en un rincón del cuarto.

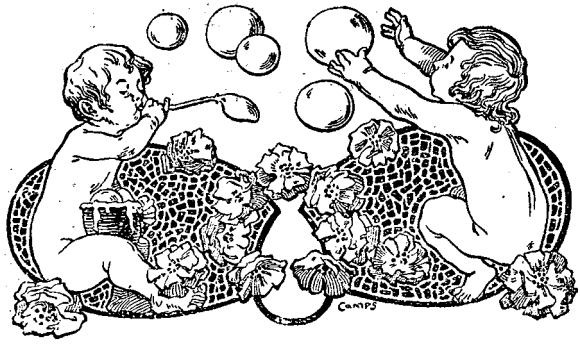
—Oiga usted,—le dijo la joven señalando á Rodolfo...—El señor es la persona que esperaba esta noche... Queda prohibida la entrada.

—¡Ah!—exclamó el señor Benoit haciendo una mueca.—¡Está bien!

Mientras la señorita Mimí preparaba á toda prisa una cena improvisada, tocaron las doce.

—¡Ah!—dijo para sí Rodolfo,—ya ha terminado el 15 de abril, he doblado por fin el cabo de las Tormentas. Querida Mimí,—prosiguió luego levantando la voz, estrechando entre sus brazos á la hermosa joven y besándola en la nuca,—no le habría sido posible darme con la puerta en las narices. Tiene usted muy desarrollado el órgano de la hospitalidad.





XI

Un café de la Bohemia

Vamos á explicar por qué serie de circunstancias Carlos Barbemuche, literato y filósofo plátonico, llegó á ser miembro de la bohemia á los veinticuatro años de su edad.

En aquel tiempo, Gustavo Colline, el gran filósofo; Marcelo, el gran pintor; Schaunard, el gran músico, y Rodolfo, el gran poeta, según se llamaban entre sí, frecuentaban con regularidad el café *Momo*, donde les habían dado el sobrenombre de *los cuatro mosqueteros*, á causa de que les veían siempre juntos. En efecto, llegaban y se marchaban juntos, jugaban juntos, y algunas veces dejaban de pagar el gasto que hacían, como una unidad digna de la orquesta del Conservatorio.

Habían escogido para reunirse, una sala donde hubieran estado cómodamente cuarenta personas;

pero se les veía siempre solos, pues habían acabado por hacer inasequible el sitio á los habituales concurrentes.

El consumidor de paso que se aventuraba en aquel antro, era, desde que entraba, la víctima del feroz cuarteto, y la mayor parte de las veces, escapaba sin acabar de leer su gaceta y de tomar su taza, cuyo sabor amargaban los inauditos aforismos sobre el arte, el sentimiento y la economía política. Las conversaciones de los cuatro compañeros eran de tal naturaleza, que el mozo que les servía se había vuelto idiota á la flor de su edad.

No obstante, las cosas llegaron á tal punto de arbitrariedad, que el dueño del café acabó por perder la paciencia, y una noche subió á exponer gravemente sus quejas:

«1.° El señor Rodolfo iba por la mañana á desayunarse y se llevaba á *su* salón todos los periódicos del establecimiento; llegando su exigencia hasta incomodarse si encontraba las fajas rotas, lo que hacía que los demás concurrentes, privados de los órganos de la opinión, se quedaran hasta la hora de comer, ignorantes como carpas, en materias políticas. La sociedad Bosquet apenas si sabía los nombres de los miembros del último gabinete.

»El señor Rodolfo, había obligado además al café á suscribirse al *Castor*, del que era redactor en jefe. El dueño del establecimiento se había opuesto al principio; pero como el señor Rodolfo y compañía llamaban al mozo cada cuarto de hora, y le pedían á voz en grito: «*¡El Castor!* ¡tráenos *El Castor!*» algunos otros parroquianos, cuya curiosidad estaba excitada por aquellas furibundas

peticiones, pidieron también *El Castor.* Se tomó, pues, una suscripción á *El Castor,* especial para los sombreros, que aparecía cada mes, adornado con una viñeta y un artículo de filosofía ó *Variedades* por Gustavo Colline.

»2.° Dicho señor Colline y su amigo el señor Rodolfo se distraían de los trabajos de inteligencia jugando al chaquete desde las diez de la mañana á las doce de la noche; y como el establecimiento no poseía más que un tablero de chaquete, las demás personas quedaban lesionadas en su afición á aquel juego, gracias á acapararlo dichos señores, que cada vez que se les pedía, se limitaban á responder: «—El chaquete se está leyendo; vuelvan mañana.»

»La sociedad Bosquet se hallaba, pues, reducida á relatarse sus primeros amores ó á jugar á las cartas.

»3.° El señor Marcelo, olvidando que un café es un sitio público, se ha permitido trasladar á él su caballete, su caja de colores y todos los instrumentos de su arte; lleva, además, su inconveniencia hasta hacer venir modelos de ambos sexos.

»Lo cual puede ofender las costumbres de la sociedad Bosquet.

»4.° Siguiendo el ejemplo de su amigo, el señor Schaunard habla de traer su piano al café, y no tiene empacho de que se cante á coro un motivo sacado de su sinfonía: *Influencia del azul en las artes.* El señor Schaunard ha ido aún más lejos, pues ha deslizado en el farol que sirve de muestra al establecimiento, un transparente en el que se lee:

»CURSO GRATUITO DE MÚSICA VOCAL É INSTRU-»MENTAL, PARA USO DE AMBOS SEXOS

»*Dirigirse al mostrador.*

»Lo que hace que dicho mostrador se vea invadido por personas mal vestidas, que vienen á informarse por *dónde se pasa.*

»Además, el señor Schaunard da citas en él á una señora que se llama Eufemia Tintorera, y que se deja olvidadas sus ligas.

»En su consecuencia el señor Bosquet, hijo, ha declarado que no volvería á poner los pies en un establecimiento donde así se ultraja la naturaleza.

»5.° No contentos con hacer un consumo muy moderado, esos señores han tratado de moderarlo más aún. So pretexto de que han sorprendido en flagrante adulterio al moka del establecimiento con la achicoria, han traído una maquinilla de espíritu de vino, y se hacen ellos mismos el café, que endulzan con el azúcar adquirido fuera á bajo precio, lo que constituye un insulto hecho al laboratorio.

»6.° Corrompido por los discursos de esos señores, el mozo *Bergami* (llamado así con motivo de sus patillas), olvidando su humilde nacimiento y despreciando todo recato, se ha permitido dirigir á la señora del mostrador una composición en verso, en la que la excita á olvidar sus deberes de madre y de esposa; por el desorden de su estilo se ha podido reconocer que dicha carta ha sido escrita bajo la influencia perniciosa del señor Rodolfo y de su literatura.

»En su consecuencia, y á pesar del sentimiento que le produce, el director del establecimiento se

ve en la necesidad de rogar á la sociedad Colline que busque otro sitio para establecer sus conferencias revolucionarias.»

Gustavo Colline, que era el Cicerón de la banda, tomó la palabra, y, *á priori,* probó al dueño del café que sus lamentaciones eran ridículas y mal fundadas; que le hacían un gran honor escogiendo su establecimiento para hacer de él un hogar de la inteligencia; que su apartamiento y el de sus amigos causarían la ruina de la casa, elevada, merced á su presencia, á la altura de café artístico y literario.

—El caso es—dijo el dueño del café—que ustedes y los que vienen á verles, consumen muy poco.

—Esta sobriedad de que se queja usted, es un argumento en favor de nuestras costumbres—replicó Colline.—Por lo demás, depende de usted el que hagamos un gasto más considerable; bastaría para ello tenernos cuenta abierta.

—Nosotros le proporcionaremos el libro de registro—dijo Marcelo.

El cafetero no se dió por entendido, y pidió algunas aclaraciones á propósito de la carta incendiaria que Bergami había dirigido á su señora. Rodolfo, acusado de haber servido de secretario á aquella pasión ilícita, protestó con vivacidad de su inocencia.

—Además—añadió—la virtud de su señora era una segura barrera que...

—¡Oh!—dijo el cafetero con una sonrisa de orgullo—mi señora ha sido educada en San Dionisio.

En una palabra, Colline acabó por envolverle completamente entre los repliegues de su elocuencia insidiosa, y todo se arregló con la promesa de

que los cuatro amigos no se harían el café por sí mismos, que el establecimiento recibiría en lo sucesivo el *Castor* gratis, que Eufemia Tintorera no volvería á olvidar sus ligas; que el chaquete quedaría á disposición de la sociedad Bosquet, todos los domingos de las doce á las dos de la tarde, y sobre todo, que no se abrirían nuevos créditos.

Todo siguió sin incidentes durante algunos días.

La víspera de Navidad, los cuatro amigos llegaron al café acompañados de sus mujeres.

Había la señorita Musette; la señorita Mimí, la nueva amante de Rodolfo, una encantadora criatura cuya sonora voz tenía el timbre de una campana, y Eufemia Tintorera, el ídolo de Schaunard. Aquella noche Eufemia Tintorera llevaba las ligas puestas. En cuanto á la señorita Colline, que nunca se dejaba ver, se había quedado como siempre en su casa, ocupada en poner comas á los manuscritos de su esposo. Después del café, que, como cosa extraordinaria, fué escoltado por un batallón de copitas, pidieron el ponche. Poco acostumbrado á tales esplendideces, el mozo se hizo repetir por dos veces la orden. Eufemia, que no había estado nunca en el café, se mostraba extasiada y sorprendida por beber en vasos con pie. Marcelo disputaba con Musette á propósito de su sombrero nuevo cuyo origen le parecía sospechoso. Mimí y Rodolfo, en plena luna de miel todavía, sostenían una tácita conversación alternada de extrañas sonoridades. En cuanto á Colline, iba de mujer á mujer desplegando con galanura todas las delicadezas de estilo aprendidas en la colección del *Almanaque de las Musas*.

Mientras la alegre compañía se entregaba de este modo á las chanzas y á las risas, un personaje

desconocido, sentado á una mesa solitaria en el fondo de la sala, observaba el animado espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, que tenían un no sé qué de extraño.

Hacía cosa de quince días que se presentaba en la sala cada noche: era el único de los concurrentes que había podido resistir el tremendo alboroto que hacían los bohemios. Los más feroces epigramas le habían dejado impasible; permanecía toda la noche, fumando su pipa con una regularidad matemática, con la vista fija como si vigilara un tesoro, y el oído atento á cuanto decían á su alrededor. En suma, su aspecto era afable y acomodado, á juzgar por el reloj de bolsillo que llevaba sujeto con una cadena de oro. Y un día que Marcelo se había encontrado con él en el mostrador, le había sorprendido cambiando un luis para pagar el gasto. Desde entonces, los cuatro amigos le designaron con el apodo de *el capitalista*.

De pronto Schaunard, que tenía la vista excelente, hizo notar que las copas estaban vacías.

—¡Pardiez!—dijo Rodolfo—hoy es noche buena; todos somos buenos cristianos, así es que precisa hacer algún extraordinario.

—A fe mía, que tienes razón,—prorrumpió Marcelo;—pidamos cosas sobrenaturales.

—Colline,—añadió Rodolfo,—llama al mozo.

Colline agitó la campanilla con frenesí.

—¿Qué vamos á tomar?—dijo Marcelo.

Colline se inclinó profundamente como un arco, y dijo, mostrando á las señoras:

—A las damas corresponde establecer el orden y la marca de los vinos.

—Yo,—dijo Musette haciendo chasquear la lengua,—no le temería al *champagne*.

—¿Estás loca?—exclamó Marcelo.—El *champagne* empieza por no ser vino.

—Mejor, á mi me gusta porque estalla.

—Yo,—dijo Mimí lanzando á Rodolfo una dulce mirada,—prefiero vino de Beaune, en botellas de mimbre.

—¿Has perdido la cabeza?—exclamó Rodolfo.

—No, pero la quiero perder,—respondió Mimí, en quien el vino de Beaune ejercía una particular influencia.

Su amante quedó fulminado por aquella frase.

—Y yo,—dijo Eufemia Tintorera, haciendo rebotar su cuerpo á impulsos del elástico diván,—yo quisiera *Perfecto amor*, porque es bueno para el estómago.

Schaunard articuló con voz nasal algunas palabras que hicieron estremecer á Eufemia de los pies á la cabeza.

—¡Ea! ¡ea!—gritó Marcelo.—Gastemos por valor de cien mil francos, una vez en la vida.

—Y además,—añadió Rodolfo,—en el mostrador se quejan de qué no consumimos bastante. Hay que dejarlos asombrados.

—Sí,—dijo Colline,—entreguémonos á un espléndido festín: por otra parte, debemos á estas damas la obediencia más absoluta, el amor vive de sumisión, el vino es el yugo del placer, el placer es el deber de la juventud, las mujeres son flores y hay que regarlas. ¡Reguémoslas! ¡Mozo! ¡Mozo!

Y Colline se colgó del cordón de la campanilla con agitación febril.

El mozo llegó con la rapidez del viento.

Cuando oyó que hablaban de *champagne*, y de

beaune, y de diversos licores, su fisonomía recorrió todas las gradaciones de la sorpresa.

—Siento el estómago vacío,—dijo Mimí,—de buena gana tomaría jamón.

—Y yo sardinas y manteca—añadió Musette.

—Y yo rábanos,—dijo á su vez Eufemia,—con un poco de carne alrededor.

—Decid, pues, de una vez que queréis cenar,—repuso Marcelo.

—Nos vendría muy bien,—replicaron las mujeres.

—¡Mozo! suba usted lo necesario para cenar,—dijo Colline gravemente.

El mozo se había puesto tricolor á fuerza de sorpresas.

Bajó lentamente al mostrador, y dió parte al dueño del café de las cosas extraordinarias que acababan de pedirle.

El cafetero creyó que se trataba de una broma, pero como sonara otra vez la campanilla, subió él mismo y se dirigió á Colline, á quien tenía en cierta estima. Colline le explicó que deseaban celebrar en su casa la solemnidad de la cena de noche buena, y que les sirviera lo que se le había pedido.

El cafetero no respondió, y se marchó andando hacia atrás haciendo nudos en la servilleta. Consultó el caso, durante un cuarto de hora, con su mujer, y, gracias á la educación liberal que había recibido en San Dionisio, la señora, que tenía una debilidad por las bellas artes y las bellas letras, comprometió á su esposo á que mandara servir la cena.

—Tienes razón,—dijo el cafetero,—puede ser

muy bien que tengan dinero, aunque sólo sea una vez por casualidad.

Y dió orden al mozo de subir todo lo que se le había pedido. Después se abismó en una partida de *piquet* con un antiguo parroquiano. ¡Fatal imprudencia!

Desde las diez á las doce de la noche el mozo no hizo más que subir y bajar las escaleras. A cada momento le pedían platos extraordinarios. Musette se hacía servir á la inglesa y cambiaba de cubierto á cada bocado; Mimí bebía toda clase de vinos de todas las copas; Schaunard tenía en el gaznate un Sahara inalterable; Colline lanzaba ojeadas de fuego en todas direcciones, y mientras rompía con los dientes la servilleta, pisaba el pie de la mesa, tomándolo por el de Eufemia. En cuando á Marcelo y Rodolfo, no perdían los estribos de la serenidad, y veían, no sin inquietud, acercarse la hora del desenlace.

El personaje desconocido consideraba aquella escena con cierta grave curiosidad; sus labios se entreabrían de vez en cuando como para sonreir; luego se oía un sonido semejante al de una ventana de goznes enmohecidos al cerrarse. Era el desconocido que se reía por dentro.

A las doce menos cuarto, la señora del mostrador envió la cuenta. Esta alcanzaba alturas inconcebibles; 25 francos y 75 céntimos.

—Veamos — dijo Marcelo, — echemos suertes para ver quién irá á parlamentar con el cafetero. Esto va á ser muy serio.

Tomaron un juego de dominó y se jugó á la ficha más alta.

La suerte, desgraciadamente, designó á Schaunard como á plenipotenciario. Schaunard era un

excelente pianista, pero un mal diplomático. Llegó al mostrador precisamente cuando el cafetero acababa de perder la partida con su antiguo parroquiano. Humillado por la vergüenza de tres capotes, Momo estaba de un humor terrible, y á las primeras negociaciones de Schaunard, fué presa de violento furor. Schaunard era buen músico, pero tenía un carácter deplorable, así es que respondió con algunas insolencias á doble presión. La disputa se envenenó, y el cafetero subió á participar á la compañía que si no se le pagaba, no saldrían de allí. Colline trató de intervenir con su elocuencia persuasiva, pero al notar la servilleta que Colline había convertido en hilachas, el cafetero redobló su cólera, y para resarcirse, se atrevió hasta á poner su profana mano en el gabán avellana del filósofo y en los abrigos de pieles de las damas.

Entre los bohemios y el dueño del establecimiento se entabló un fuego graneado de injurias.

Las tres mujeres echaban por sus bocas sapos y culebras.

El personaje desconocido salió de su impasibilidad; se levantó poco á poco, dió un paso, luego dos, adelantando con naturalidad; se acercó al cafetero, le llevó aparte y le habló en voz baja. Rodolfo y Marcelo le seguían con la mirada. El cafetero se marchó, por fin, diciendo al desconocido:

—Vaya si lo consiento, señor Barbemuche; arréglese usted con ellos.

El señor Barbemuche volvió hasta su mesa para tomar el sombrero, se lo puso en la cabeza, hizo una conversión á la derecha, y en tres pasos llegó

al lado de Rodolfo y de Marcelo, se quitó el sombrero, se inclinó ante los hombres, saludó á las damas, se sacó su pañuelo, se sonó, y tomó la palabra con acento tímido:

—Perdónenme ustedes, señores, por la indiscreción que voy á cometer,—dijo.—Hace mucho tiempo que ardo en deseos de trabar conocimiento con ustedes, pero hasta ahora no había encontrado ocasión favorable para ponerme en relación directa. ¿Me autorizan á aprovecharme de ésta que se me ofrece?

—Sin duda alguna,—dijo Colline que comprendió á dónde iba á parar el desconocido.

Rodolfo y Marcelo saludaron sin pronunciar palabra.

La delicadeza excesiva de Schaunard, estuvo á punto de dar el traste con todo.

—Oiga usted, caballero,—dijo con viveza,—usted no tiene aún el honor de conocernos y las conveniencias se oponen á que... ¿Me haría usted el favor de darme una pipa de tabaco? Por lo demás, soy de la opinión de mis amigos

—Señores,—prosiguió Barbemuche,—soy como ustedes, un discípulo de las bellas artes. Según lo que he podido comprender oyéndoles hablar, nuestros gustos son los mismos, y tengo el ferviente deseo de ser uno de sus amigos y de reunirme aquí con ustedes cada noche... El propietario de este establecimiento es un bruto, pero yo le he dicho dos palabritas, y ustedes son libres de retirarse... Me atrevo á esperar que no me negarán los medios de reunirme aquí con ustedes, aceptando el ligero servicio que...

El rostro de Schaunard se coloreó con el rubor de la indignación.

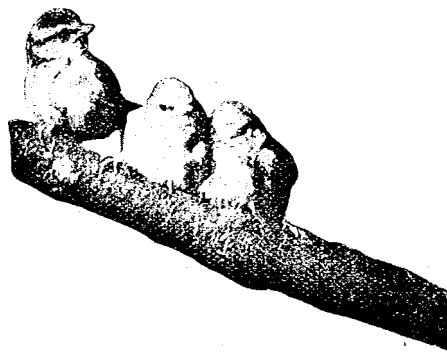
—El señor especula con nuestra situación,—dijo,—y no debemos aceptar. Ha pagado nuestra cuenta; pero yo voy á jugar con él los veinticinco francos al billar, y todavía le daré algunos tantos.

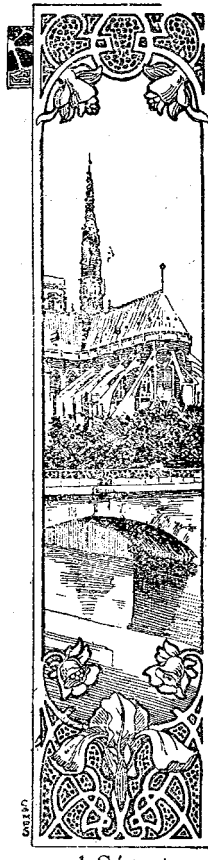
Barbemuche aceptó la proposición y tuvo el talento de perder; pero este hermoso rasgo le granjeó la estimación de la Bohemia.

Se separaron dándose cita para el día siguiente.

—Así,—decía Schaunard á Marcelo,—no le debemos nada; nuestra dignidad está á cubierto.

—Y casi podríamos exigirle otra cena,—añadió Colline.





XII

Una recepción en la Bohemia

Aquella misma noche en que había saldado de su bolsillo particular, en el café, la cuenta de una cena consumida por los bohemios, Carlos se había arreglado de manera que le acompañara Gustavo Colline. Desde que asistía á las reuniones de los cuatro amigos en el saloncito donde les había sacado de su apuro, Carlos se había fijado especialmente en Colline, y sentía ya una simpática atracción por aquel Sócrates, del que más tarde había de ser el Platón. Por esta razón le había escogido desde luego para que fuera su introductor en el cenáculo. Por el camino, Barbemuche ofreció á Colline que entraran á tomar algo en un café que estaba abierto todavía. Pero Colline no solamente rehusó, sino que redobló el paso al pasar por delante del citado café, hundiéndose hasta los ojos su sombrero de fieltro hiperfísico.

—¿Por qué no quiere usted entrar?—dijo Barbemuche, insistiendo con verdadera cortesía.

—Tengo mis razones—replicó Colline:—hay en ese establecimiento una señora de mostrador que se ocupa mucho en ciencias exactas, y no podría evitar el sostener con ella una larga discusión, lo que trato de evitar no pasando jamás por esta calle á mediodía, ni durante las demás horas de sol. ¡Oh! la cosa es muy sencilla—prosiguió Colline—he vivido en este barrio con Marcelo.

—Pues yo hubiera querido ofrecerle un vaso de ponche y conversar un momento con usted. ¿No habría por estos alrededores algún sitio donde pudiese usted entrar sin que le detuvieran ciertas dificultades... matemáticas?—añadió Barbemuche, que juzgó propio de la ocasión el mantenerse en una esfera altamente espiritual.

Colline reflexionó un instante.

—Aquí hay un pequeño local donde mi situación es más clara—dijo.

Y señaló una taberna.

Barbemuche hizo una mueca y se quedó vacilante.

—¿Es sitio decente?—preguntó:

Viendo su actitud glacial y reservada, su cortedad de palabra, su sonrisa discreta, y sobre todo viendo la cadena con dijes y su reloj, Colline estaba persuadido de que Barbemuche era algún empleado de embajada, y pensó que temía comprometerse entrando en una taberna.

—No tema usted que nos vea nadie—dijo;—á estas horas todo el mundo diplomático está acostado.

Barbemuche se decidió á entrar: pero en el fondo de su alma, hubiera querido tener una nariz postiza. Para mayor seguridad, pidió un gabinete y tuvo buen cuidado de colgar una servilleta en los

cristales de la puerta. Tomadas estas precauciones, pareció menos inquieto y mandó traer un *bol* de ponche. Algo excitado por el calor del brebaje, Barbemuche se hizo más comunicativo; y después de haber dado algunos detalles relativos á sí mismo, se atrevía á manifestar la esperanza que había concebido de formar oficialmente parte de lo sociedad de los bohemios, y solicitó el apoyo de Colline para que le ayudara á realizar con éxito su ambicioso proyecto.

Colline respondió que por su parte estaba á la completa disposición de Barbemuche, pero que, no obstante, nada podía asegurar en términos absolutos.

—Yo le prometo mi voto—decía—pero no puedo arrogarme la responsabilidad de disponer del de mis compañeros.

—Mas—dijo Barbemuche—¿por qué motivos habrían de oponerse á mi admisión?

Colline depuso sobre la mesa el vaso que iba á llevar á los labios, y con aire muy serio habló poco más ó menos así al audaz Carlos:

—¿Usted cultiva las bellas artes?

—Yo laboro modestamente esos nobles campos de la inteligencia—respondió Carlos, que deseaba hacer gala de su pintoresco estilo.

Colline halló bien dicha la frase y se inclinó.

—¿Conoce usted la música?—prosiguió.

—He tocado el contrabajo.

—Es un instrumento filosófico, porque produce sonidos graves. Entonces, si conoce usted la música, ya comprenderá que no es posible, sin romper las leyes de la harmonía, introducir el quinto ejecutante en un cuarteto, porque dejaría así de ser cuarteto.

—Entonces sería un quinteto—respondió Carlos.

—¿Cómo dice?—preguntó Colline.

—Quinteto.

—Perfectamente, lo mismo que, si á la Trinidad, ese divino triángulo, añade usted otra persona, ya no será la Trinidad, sino que será un cuadrado ¡y aquí tiene usted una religión quebrantada desde sus fundamentos!

—Permítame usted—dijo Carlos, cuya inteligencia empezaba á sucumbir entre los zarzales del razonamiento de Colline; — no comprendo bien...

—Oiga bien y siga lo que digo...—prosiguió Colline.—¿Conoce usted la astronomía?

—Un poco; soy bachiller.

—Hay una canción de este título—exclamó Colline.—*Bachiller de Luisita*... No recuerdo ya la música... Entonces debe usted saber que existen cuatro puntos cardinales. Pues bien, si aparecía un quinto punto cardinal, quedaría trastornada toda la harmonía de la naturaleza. Sería lo que llaman un cataclismo. ¿Comprende usted?

—Espero la conclusión.

—Efectivamente, la conclusión es el término del discurso, así como la muerte es el término de la vida, y el matrimonio es el término del amor. Pues bien, querido señor, yo y mis amigos estamos acostumbrados á vivir juntos, y tememos que se rompa, con la ingerencia de otra persona, la harmonía que reina en nuestro concierto de costumbres, opiniones, gustos y caracteres. Nosotros debemos llegar á ser un día los cuatro puntos cardinales del arte contemporáneo; yo se lo digo á usted sin ambajes, y acostumbrados á esta idea, nos molestaría ver un quinto punto cardinal.

—No obstante, cuando hay cuatro, bien puede haber cinco—aventuró Carlos.

—Sí, pero ya no son cuatro.

—El pretexto es fútil.

—Nada hay fútil en este mundo, todo está en todo, los arroyuelos hacen los grandes ríos, las sílabas hacen los alejandrinos, y las montañas están compuestas de granos de arena; lo dice la *Sabiduría de las naciones;* en el muelle hay un ejemplar.

—¿Entonces usted cree que aquellos caballeros opondrán algunas dificultades para hacerme el honor de admitirme en su íntima compañía?

—Yo así lo *pienso,* de caballo—dijo Colline, que no olvidaba nunca este chiste.

—¿Qué dice usted?...—preguntó Carlos sorprendido.

—¡Dispense... es una ocurrencia!—y Colline añadió:—Dígame usted, señor mío, ¿cuál es el surco que cultiva usted con preferencia en los nobles campos de la inteligencia?

—Los grandes filósofos y los buenos autores clásicos son mis modelos; yo me alimento con su estudio. *Telémaco* es el primero que me ha inspirado la pasión que me devora.

—*Telémaco* se encuentra mucho entre los libros de lance del muelle—dijo Colline.—Se le encuentra á todas horas, yo lo compré por cinco sueldos, porque se trataba de una ganga; no obstante, consentiría en deshacerme de él para servir á usted. Por lo demás, es una buena obra, bien escrita, para su tiempo.

—Sí, señor,—prosiguió Carlos—la alta filosofía y la sana literatura, esa es mi aspiración. Según mi parecer, el arte es un sacerdocio.

—Sí, sí, sí...—dijo Colline,—hay también una canción sobre este tema.

Y se puso á cantar:

—Sí, el arte es un sacerdocio
Sepamos servirnos de él.

Creo que lo cantan en el *Roberto el Diablo*—añadió.

—Decía, pues, que siendo el arte una función solemne, los escritores deben incesantemente...

—Perdone usted, caballero—interrumpió Colline, que oyó que tocaba una hora muy avanzada—va á ser de día, y temo que esté inquieta una persona que me interesa; además,—se murmuró á sí mismo—le había prometido volver pronto á casa... ¡hoy es su día!

—Efectivamente, es tarde—dijo Carlos;—vámonos.

—¿Vive usted lejos?—preguntó Colline.

—En la calle Real de San Honorato, número 10...

Colline había tenido en otro tiempo ocasión de frecuentar aquella casa, y recordó que era un magnífico palacio.

—Hablaré de usted á aquellos señores,—dijo á Carlos al separarse—y esté seguro de que emplearé toda mi influencia para que le sean favorables... ¡Ah! permítame que le dé un consejo.

—Diga usted—respondió Carlos.

—Sea usted amable con las señoritas Mimí, Musette y Eufemia; esas señoras ejercen mucha autoridad sobre mis amigos, y sabiendo colocarles bajo la presión de sus amantes, llegará usted fácilmente á obtener lo que se propone de Marcelo, Schaunard y Rodolfo.

—Así lo haré—dijo Carlos.

Al día siguiente, Colline cayó en medio del falansterio bohemio; era la hora del almuerzo, y el almuerzo había llegado con la hora. Las tres familias estaban sentadas á la mesa y se entregaban á una orgía de alcachofas con salsa de pimienta.

—¡Caracoles!—dijo Colline—os tratáis á cuerpo de rey, y esto no puede durar. Vengo,—añadió en seguida,—en calidad de embajador del mortal generoso que encontramos ayer noche en el café.

—¿Te envía acaso á pedir que le restituyamos el dinero que nos adelantó ayer?—preguntó Marcelo.

—¡Oh!—dijo la señorita Mimí,—¡nunca hubiera creído tal cosa de él, porque tiene unos modales tan distinguidos!

—No se trata de esto,—respondió Colline;—ese joven desea ser de los nuestros, quiere tomar acciones de nuestra sociedad, y participar de los beneficios, se sobrentiende.

Los tres bohemios levantaron la cabeza y se miraron recíprocamente.

—He dicho—terminó Colline;—queda abierta la discusión.

—¿Cuál es la posición social de tu protegido?—preguntó Rodolfo.

—No es mi protegido—replicó Colline:—ayer noche, al dejaros, me rogasteis que le siguiera; por su parte, me invitó á que le acompañara, porque se hallaba bien conmigo. Yo, pues, le seguí; una buena parte de la noche me ha colmado de atenciones y de licores escogidos, pero yo me he reservado, no obstante, mi independencia.

—Muy bien—dijo Schaunard.

—Describenos algunos de los rasgos principales de su carácter—añadió Marcelo.

—Grandeza de alma, costumbres austeras, tiene miedo de entrar en las tabernas, bachiller en letras, hostia de candor, toca el contrabajo, naturaleza que cambia de vez en cuando cinco francos.

—Muy bien—dijo Schaunard.

—¿Cuáles son sus esperanzas?

—Ya os lo he dicho, su ambición no tiene límites; aspira á tutearnos.

—¿Es decir que nos quiere explotar?—replicó Marcelo.—Quiere ser visto en nuestros carruajes.

—¿Qué arte ejerce?—preguntó Rodolfo.

—Sí—prosiguió Marcelo,—¿en qué se ocupa?

—¿Su arte?—dijo Colline.—¿En qué se ocupa? En literatura y filosofía á un tiempo.

—¿Cuáles son sus conocimientos filosóficos?

—Practica una filosofía provincial. Llama sacerdocio al arte.

—¡Lo llama sacerdocio!—dijo Rodolfo con espanto.

—Así dice.

—¿Y en literatura, cuál es su camino?

—Frecuenta el TELÉMACO.

—Muy bien—dijo Schaunard mascando los estambres de las alcachofas.

—¡Cómo! ¿muy bien, imbécil?—interrumpió Marcelo;—guárdate de repetir esto en la calle.

Schaunard, contrariado por esta reprimenda, dió por debajo de la mesa una patada á Eufemia, que acababa de sorprender invadiendo su salsa.

—Una vez más—dijo Rodolfo;—¿qué condición ocupa en este mundo? ¿de qué vive? ¿su nombre, su casa?

—Su condición es honrosa, es profesor de muchas cosas en el seno de una familia rica. Se llama Carlos Barbemuche, se come sus rentas entre los refinamientos del lujo y vive en la calle Real, en un buen cuarto.

—¿Un cuarto amueblado?

—No, los muebles son suyos.

—Pido la palabra,—dijo Marcelo.—Es evidente para mí que Colline se ha dejado corromper; ha vendido de antemano su voto por una cantidad mayor ó menor de copitas. No me interrumpas—dijo Marcelo, viendo que el filósofo se levantaba para protestar,—responderás cuanto te toque. Colline, alma venal, os ha presentado á ese extraño bajo un aspecto excesivamente favorable, para que pueda ser el reflejo de la verdad. Ya os lo he dicho, yo vislumbro los propósitos de ese desconocido. Quiere especular sobre nosotros. Se habrá dicho: Estos jóvenes atrevidos llegarán á abrirse camino, si me uno á ellos, llegaré al mismo tiempo al puerto de la fama.

—Muy bien—dijo Schaunard;—¿no hay más salsa?

—No—respondió Rodolfo,—la edición está agotada.

—Por otra parte—prosiguió Marcelo,—ese mortal envidioso que Colline patrocina, no aspira tal vez al honor de nuestra intimidad, sino impelido por sus culpables pensamientos. Nosotros no estamos solos aquí, señores,—continuó el orador lanzando sobre las mujeres una mirada elocuente;—y el protegido de Colline, introduciéndose en nuestro hogar bajo el manto de la literatura, podría bien ser que resultara un falaz seductor. ¡Reflexionad! Por mi parte, voto contra la admisión.

—Pido la palabra para una rectificación—dijo Rodolfo.—En su notable improvisación, Marcelo ha dicho que el llamado Carlos quería introducirse en nuestra casa, con objeto de deshonrarnos, bajo el MANTO DE LA LITERATURA.

—Era una figura retórica—dijo Marcelo.

—Protesto de esa figura; está mal dicha. La literatura no tiene manto.

—Puesto que ejerzo aquí las funciones de relator—dijo Colline levantándose, —sostendré las condiciones de mi informe. Los celos que le devoran perturban las facultades de nuestro amigo Marcelo; el grande artista es un insensato...

—¡Orden!—gritó Marcelo.

—...un insensato hasta tal punto, que él, tan buen dibujante, acaba de introducir en su discurso una figura cuya incorrección ha puesto de relieve el ilustrado orador que me ha precedido en esta tribuna.

—¡Colline es un idiota!—gritó Marcelo, dando tan fuerte puñetazo en la mesa, que determinó una profunda sensación entre la vajilla.—¡Colline no sabe nada en materia de sentimiento, es incompetente en la cuestión, porque tiene un libro de lance en lugar de corazón! *(Risas prolongadas de Schaunard).*

Durante todo este tumulto, Colline sacudía con gravedad los torrentes de elocuencia contenidos en los pliegues de su corbata blanca. Cuando se hubo restablecido el silencio, continuó su discurso de esta manera:

—Señores, con una sola palabra voy á desvanecer de vuestros espíritus los temores quiméricos que las sospechas de Marcelo hayan podido infundiros con respecto á Carlos.

—Veamos si logras desvanecerlos—dijo Marcelo chanceándose.

—No será más difícil que esto—respondió Colline, apagando de un soplo la cerilla con que acababa de encender su pipa.

—¡ Qué hable! ¡ Qué hable!—gritaron en masa Rodolfo, Schaunard y las mujeres, para quienes el debate ofrecía un gran interés.

—Señores—dijo Colline,—aunque haya sido atacado con violencia y personalmente en este recinto, aunque se me haya acusado de haber vendido la influencia que puedo ejercer sobre vosotros por unas copas de alcohol, fuerte con mi conciencia, no responderé á los ataques que se han dirigido á mi probidad, á mi lealtad, á mi moralidad *(Emoción)*. Pero hay una cosa que debo hacer respetar. *(El orador se da dos puñetazos en la barriga)*. Es mi prudencia tan conocida por vosotros, y que acabáis de poner en duda. Se me acusa de querer introducir entre vosotros á un mortal que abriga propósitos hostiles contra vuestra dicha... sentimental. Esta suposición es un insulto á la virtud de estas damas, y además, un insulto á su buen gusto. Carlos Barbemuche es muy feo. *(Signos negativos visibles en el rostro de Eufemia Tintorera. Ruido debajo la mesa. Es Schaunard que corrije á puntapiés la franqueza comprometedora de su joven amiga)*.

—Pero—prosiguió Colline,—lo que va á reducir á polvo el miserable argumento de que mi adversario se ha hecho arma contra Carlos, con objeto de explotar vuestros temores, es que dicho Carlos es filósofo *platónico*. *(Sensación en el banco de los hombres, tumulto en el banco de las mujeres)*.

—¿Qué quiere decir platónico—preguntó Eufemia.

—Es la enfermedad de los hombres que no se atreven á buscar á las mujeres,—dijo Mimí;—yo tuve un amante así y lo abandoné á las dos horas.

—¡Qué tonterías!—exclamó la señorita Musette.

—Tienes razón, querida—le dijo Marcelo,—el platonismo en amor, es como echar agua al vino, ¿entiendes? Bebamos nuestro vino puro.

—¡Y viva la juventud!—añadió Musette.

La declaración de Colline había determinado una reacción favorable á Carlos. El filósofo quiso aprovecharse del éxito del movimiento operado por su elocuente y hábil defensa.

—Ahora—prosiguió,—no veo la justicia de las prevenciones que podrían elevarse contra ese joven mortal, quien, al fin y al cabo, nos ha hecho un gran favor. En cuanto á mí, á quien se acusa de haber obrado irreflexivamente queriendo introducirle entre nosotros, considero esta opinión como atentatoria á mi dignidad. He obrado en este asunto con la prudencia de la serpiente; y si un voto motivado no me concede esa prudencia, presento mi dimisión.

—¿Quieres hacerlo cuestión de gabinete?—dijo Marcelo.

—Sí—contestó Colline.

Los tres bohemios consultaron entre sí, y de común acuerdo acabaron por restituir al filósofo el carácter de alta prudencia que reclamaba. Colline concedió en seguida la palabra á Marcelo, quien, algo curado de sus prevenciones, declaró que tal vez votaría por las conclusiones del relator. Pero antes de pasar á la votación definitiva

que debía abrir á Carlos la intimidad de la bohemia, Marcelo hizo poner á votación esta enmienda:

«Como la introducción de un nuevo miembro en el cenáculo era cosa grave, y como un extraño podía aportar en él elementos de discordia, ignorando las costumbres, los carácteres y las opiniones de sus camaradas, cada uno de los miembros pasaría un día con el citado Carlos, y se dedicaría á investigar su vida, sus gustos, su capacidad literaria y su guardarropa. Los bohemios se comunicarían enseguida sus impresiones particulares, resolviéndose después acerca la denegación ó la admisión: además, antes de ser admitido, Carlos debía sujetarse á un noviciado de un mes, es decir, que antes de este plazo no tendría derecho á tutearles y de ir con ellos del brazo por la calle. Cuando llegara el día de la recepción, el recipiendario daría á su costa una fiesta espléndida. El presupuesto de esos regocijos no podía elevarse á menos de doce francos».

Esta enmienda fué aceptada por mayoría de tres votos contra uno, el de Colline, que encontraba que no había suficiente confianza en él, y que la enmienda atentaba de nuevo á su prudencia.

Aquella misma noche, Colline llegó expresamente temprano al café, con objeto de ser el primero en ver á Carlos.

No tuvo que esperar mucho rato. Carlos llegó casi en seguida, llevando en la mano tres enormes ramilletes de rosas.

—¡Hola! — dijo Colline sorprendido. — ¿Qué piensa usted hacer de este jardín?

—Me he acordado del consejo que me dió ayer; sus amigos vendrán sin duda con las señoras, y

para ellas he traído estas flores; ¿verdad que son bonitas?

—Cierto, lo menos cuestan quince sueldos.

—¿Lo cree usted así?—repuso Carlos:—en el mes de diciembre, podía usted decir quince francos.

—¡Cielos!—exclamó Colline,—un terceto de escudos por estos sencillos dones de Flora, ¡qué locura! ¿Es acaso pariente de los Cordillières? Pues bien, querido señor mío, ahí tiene quince francos que nos veremos precisados á tirar por la ventana.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

Colline contó entonces las sospechas celosas que Marcelo había hecho concebir á sus amigos, y dió conocimiento á Carlos de la violenta discusión que tuvo lugar entre los bohemios á propósito de su admisión en el cenáculo.

—Yo he protestado de que sus intenciones de usted eran inmaculadas—añadió Colline,—pero no por ello la oposición ha sido menos violenta. Guárdese usted, pues, de renovar las celosas sospechas que han podido concebir respecto de usted, no mostrándose excesivamente galante con las damas, y para empezar, hagamos desaparecer estos ramilletes.

Y Colline tomó las rosas y las ocultó en un armario que servía de depósito de objetos inútiles.

—Pero aun no lo he dicho todo—prosiguió:—esos señores desean, antes de ligarse íntimamente con usted, dedicarse, cada uno en particular, á una información sobre su carácter de usted, sus gustos, etc.—Después, para que Barbemuche no chocara con sus amigos, Colline le trazó rápida-

CAMPS

mente un retrato moral de cada uno de los bohemios.

—Procure usted hallarse de acuerdo con ellos separadamente,—añadió el filósofo, y al fin todos serán suyos.

Carlos se sometió á todo.

Los tres amigos llegaron poco después, acompañados por sus mujeres.

Rodolfo se mostró cortés con Carlos, Schaunard estuvo familiar, Marcelo permaneció frío. En cuanto á Carlos, se esforzó en mostrarse alegre y afectuoso con los hombres, manteniéndose indiferente hacia las mujeres.

Al separarse por la noche, Barbemuche invitó á Rodolfo á comer para el día siguiente. Unicamente le rogó que fuera á su casa á medio día.

El poeta aceptó.

—Bueno—se dijo,—yo empezaré la información.

Al día siguiente, á la hora convenida, Rodolfo se presentó en casa de Carlos. Barbemuche vivía efectivamente en un hermoso palacio de la calle Real, donde ocupaba un cuarto en que reinaba un cierto *confort*. Pero lo que admiró á Rodolfo, fué ver, en pleno día, las ventanas con los postigos herméticamente cerrados, las cortinas corridas y dos bujías encendidas sobre la mesa, por lo que pidió explicaciones á Barbemuche.

—El estudio es hijo del misterio y del silencio —respondió éste.

Sentáronse y hablaron. Al cabo de una hora de conversación, Carlos, con una paciencia y una habilidad oratoria infinitas, supo formular una frase que, á pesar de su humilde forma, era nada menos que una amenaza á Rodolfo para que oyera

un pequeño opúsculo que era el fruto de las vigilias del sobredicho Carlos.

Rodolfo comprendió que había caído en el lazo. Teniendo curiosidad, no obstante, de conocer el color del estilo de Barbemuche, se inclinó cortesmente, asegurando que estaba complacido de lo que...

Carlos no entendió el resto de la frase. Se apresuró á correr el pestillo de la puerta del cuarto, la cerró por dentro con llave, y volvió al lado de Rodolfo. Luego tomó un pequeño cuaderno, cuyo tamaño prolongado y escaso volumen hicieron asomar una sonrisa de satisfacción á los labios del poeta.

—¿Es el manuscrito de su obra?—preguntó.

—No—respondió Carlos,—es el catálogo de mis manuscritos, y busco el número del que usted me permite leer... Aquí está: *Don Lope, ó la fatalidad,* número 14. Está en el tercer estante,—dijo Carlos, y se dirigió á abrir un pequeño armario en el que Rodolfo divisó con espanto una gran cantidad de manuscritos. Carlos tomó uno, cerró el armario y fué á sentarse frente por frente del poeta.

Rodolfo echó una ojeada sobre uno de los cuatro cuadernos de que se componía la obra, escrita en un papel grande como el Campo de Marte.

—¡Vamos—se dijo,—no está en verso, pero se titula DON LOPE!

Carlos tomó el primer cuaderno y empezó su lectura así:

«En una fría noche de invierno, dos caballeros, envueltos en los pliegues de sus capas y montados en perezosas mulas, caminaban uno al lado de otro por uno de los caminos que atraviesan la so-

ledad peligrosa de los desiertos de Sierra Morena...»

—¿Dónde estoy?—pensó Rodolfo aterrado por este principio. Carlos prosiguió leyendo el primer capítulo, todo él escrito por el mismo estilo.

Rodolfo escuchaba sin fijarse é iba discurriendo un medio de evadirse.

—Me queda la ventana,—decía entre sí;—pero aparte de que está cerrada, nos hallamos en el cuarto piso. ¡Ah! Ahora comprendo todas sus precauciones.

—¿Qué le parece á usted mi primer capítulo?—preguntó Carlos;—yo se lo ruego, no me oculte sus censuras.

Rodolfo creyó recordar que había oído algunos párrafos de filosofía declamatoria sobre el suicidio, proferidos por el llamado Lope, héroe de la novela, y respondió á todo evento:

—La gran figura de Don Lope está estudiada con conciencia; me recuerda la *Profesión de fe del vicario saboyano;* la descripción de la mula de don Alvaro me gusta infinitamente; diríase que está dibujada por Géricault. El paisaje presenta hermosas líneas; en cuanto á las ideas, se ve la simiente de Juan Jacobo Rousseau sembrada en el terreno de Lesage. Permítame una sola observación. Pone usted demasiadas comas, y abusa de la palabra *en adelante;* es una bonita palabra que produce buen efecto de vez en cuando, porque da cierto color, pero no conviene abusar de ella.

Carlos tomó su segundo cuaderno y leyó otra vez el título de DON LOPE, Ó LA FATALIDAD.

—Hace tiempo conocí á un Lope—dijo Rodolfo;—vendía cigarrillos y chocolate de Bayona; sería tal vez pariente del de usted...Siga, siga ...

Al terminar el segundo capítulo, el poeta interrumpió á Carlos.

—¿Qué? ¿no siente usted la garganta fatigada?

—No—respondió Carlos;—ahora va usted á oir la historia de Inesilla.

—Me gustará mucho... No obstante, si está usted cansado—dijo el poeta— no convendría...

—¡CAPÍTULO III!—leyó Carlos con voz clara.

Rodolfo examinó atentamente á Carlos y observó que tenía el cuello muy corto y la tez sanguínea.

—Me queda aún una esperanza—pensó el poeta cuando hubo hecho aquel descubrimiento.—La apoplegía.

—Pasemos al capítulo IV. Me hará usted el favor de decirme qué le parece la escena de amor.

Y Carlos reanudó su lectura.

En cierto momento en que miró á Rodolfo para leer en su rostro el efecto que le producía su diálogo, Carlos apercibió al poeta que, inclinado en la silla, tendía la cabeza en actitud de un hombre que escucha lejanos sonidos.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó.

—¡Silencio! — dijo Rodolfo: — ¿no oye usted? ¡Me parece que tocan á fuego! ¿Si fuéramos á verlo?

Carlos escuchó un instante, pero no oyó nada.

—Me habrán zumbado los oídos—dijo Rodolfo —continúe: Don Alvaro me interesa prodigiosamente; es un noble joven.

Carlos prosiguió leyendo y puso toda la harmonía de su órgano en esta frase del joven Alvaro:

«Oh, Inesilla, quien quiera que seáis, ángel ó demonio, y sea la que quiera vuestra patria, mi

vida es vuestra, y os seguiré, lo mismo al cielo, que al infierno.»

En aquel momento llamaron á la puerta y una voz llamó á Carlos desde fuera.

—Es mi portero—dijo yendo á entreabrir la puerta.

Era efectivamente el portero; llevaba una carta, Carlos la abrió con precipitación.—Maldito contratiempo,—dijo;—tenemos que dejar la lectura para otra vez; acabo de recibir una noticia que me obliga á salir sin tardanza.

—¡Oh!—pensó Rodolfo—es una carta llovida del cielo; reconozco en ella el sello de la Providencia.

—Si quiere usted—prosiguió Carlos,—podemos ir juntos al asunto que me indica el mensaje, y después iremos á comer.

—Estoy á sus órdenes—dijo Rodolfo.

Por la noche, cuando volvió al cenáculo, el poeta fué interrogado por sus amigos respecto á Barbemuche.

—¿Estás contento de él? ¿Te ha tratado bien? —preguntaron Marcelo y Schaunard.

—Sí, pero me ha costado caro—respondió Rodolfo.

—¡Cómo! ¿Acaso te ha hecho pagar, Carlos?— preguntó Schaunard con creciente indignación.

—Me ha leído una novela en cuyo interior se nombra á don Lope y á don Alvaro, y en donde los galanes llaman á su amante *Angel ó Demonio.*

—¡Qué horror!—dijeron todos los bohemios á coro.

—Pero visto bajo otro aspecto—dijo Colline—dejando aparte la literatura, ¿cuál es tu parecer sobre Carlos?

—Es un buen joven. Por lo demás, vosotros podréis hacer personalmente vuestras observaciones. Carlos desea tratarnos á todos, uno después de otro. Schaunard está invitado á comer para mañana. Debo advertiros únicamente—añadió Rodolfo,—que cuando vayáis á casa de Barbemuche, desconfiéis del armario de los manuscritos, porque es un mueble peligroso.

Schaunard fué exacto á la cita, y se entregó á una investigación de perito subastador y de hujier que operen un secuestro. Así es que, cuando se reunió con sus compañeros por la noche, llevaba el espíritu lleno de notas; había estudiado á Carlos bajo el punto de vista de los objetos mobiliarios.

—¿Qué tal?—le preguntaron—¿cuál es tu opinión?

—Pues—repuso Schaunard,—que ese Barbemuche está repleto de buenas cualidades; sabe los nombres de todos los vinos, y me ha dado á comer platos delicados, como no saben hacerlos en casa de mi tía el día de su santo. Me ha parecido que está íntimamente relacionado con los sastres de la calle Vivienne y con los zapateros de los Panoramas. He notado, además, que tiene aproximadamente nuestra estatura, lo que hará que podamos prestarle nuestra ropa si la necesita. Sus costumbres son menos severas de lo que Colline quería dar á entender; se ha dejado llevar por todas partes donde he querido, y me ha pagado un almuerzo en dos actos, el segundo de los cuales ha tenido lugar en una taberna del mercado donde soy conocido por haber celebrado algunas orgías durante el carnaval. Carlos entró allí como hombre acostumbrado. ¡He dicho! Marcelo está invitado para Mañana.

Carlos sabía que Marcelo era, entre los bohemios, el que ponía más obstáculos á su recepción en el cenáculo: así es que le trató con un cuidado especial; pero cuando se ganó por completo la voluntad del artista, fué haciéndole concebir le esperanza de que le proporcionaría retratos entre la familia de su discípulo.

Cuando llegó el turno á Marcelo de emitir su informe, sus amigos no encontraron ya en él aquella hostilidad que de propósito había mostrado contra Carlos.

El cuarto día, Colline informó á Barbemuche que quedaba admitido.

—¡Qué! ¿Me han admitido?—dijo Carlos en el colmo de la alegría.

—Sí—respondió Colline,—mas con correcciones.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que usted tiene todavía un cúmulo de pequeñas y vulgares costumbres de las que deberá corregirse.

—Haré cuanto pueda por imitarles—respondió Carlos.

Durante todo el tiempo que duró su noviciado, el filósofo platónico frecuentó asiduamente á los bohemios; y puesto en condiciones de estudiar con más profundidad sus costumbres, no dejaba algunas veces de experimentar grandes sorpresas.

Una mañana, Colline entró en casa de Barbemuche con el rostro radiante.

—¡Hola, amigo!—le dijo,—es usted definitivamente de los nuestros, ya está resuelto. Falta designar únicamente el día de la gran fiesta y el sitio en que deba verificarse; vengo para ponerme de acuerdo con usted.

—Esto marcha perfectamente,—respondió Carlos:—los padres de mi discípulo están ahora en el campo; el joven vizconde, de quien soy el mentor, me cederá por una noche las habitaciones: así estaremos con más comodidad; pero será preciso invitar al joven vizconde.

—Esto sería una cosa muy bonita,—respondió Colline;—así le abriríamos los horizontes literarios; pero ¿cree usted que consentirá?

—Estoy seguro de antemano.

—Entonces, sólo nos falta fijar el día.

—Ya arreglaremos esto en el café esta noche—dijo Barbemuche.

Carlos se fué inmediatamente á ver á su discípulo y le participó que acababa de ser recibido miembro de una alta sociedad literaria y artística, y que, para celebrar su recepción, pensaba dar un banquete seguido de una pequeña fiesta; y al propio tiempo le invitaba para formar parte de los comensales.

—Y como usted no puede retirar tarde y la fiesta se prolongará hasta la media noche, para comodidad suya — añadió Carlos, — la daremos aquí, en estos salones. Francisco, el doméstico, es discreto, sus padres de usted nada sabrán, y usted habrá contraído relaciones con las personas de más talento de París, artistas, autores.

—¿Conocidos?

—Conocidos, ciertamente; uno de ellos es redactor en jefe de *La gasa de Iris* que recibe su madre de usted; son personas distinguidas, casi célebres; yo soy amigo íntimo suyo; tienen buenas mujeres.

—¿Habrá mujeres?—dijo el vizconde Pablo.

—Enloquecedoras—repuso Carlos.

—¡Oh, querido maestro, cuánto se lo agradezco! Ciertamente, daremos la fiesta aquí; haré encender las arañas y quitar las fundas de los muebles.

Por la noche, en el café, Barbemuche anunció que la fiesta tendría lugar el sábado siguiente.

Los bohemios encargaron á sus amantes que pensaran en sus tocados.

—No olvidéis—les dijeron,—que vamos á asistir á verdaderos salones. Así, pues, preparaos; trajes simples, pero ricos.

A contar desde aquel día, toda la calle quedó enterada de que Mimí, Eufemia y Musette iban á frecuentar la alta sociedad.

Por la mañana del día de la solemnidad, ocurrió lo siguiente: Colline, Schaunard, Marcelo y Rodolfo se dirigieron en corporación á casa de Barbemuche, quien se sorprendió al verles tan temprano.

—¿Ha ocurrido algún inconveniente que obligue á aplazar la fiesta?—preguntó con cierta inquietud.

—Sí y no,—respondió Colline.—He aquí lo que ocurre. Entre nosotros nunca hacemos cumplimientos; pero cuando debemos hallarnos con extraños, queremos conservar cierto decoro.

—¿Y qué?—preguntó Barbemuche.

—Que—prosiguió Colline,—como nosotros hemos de encontrarnos esta noche con el noble joven que nos abre sus salones; por respeto hacia él y por respeto hacia nosotros mismos, que podría comprometer el aspecto casi desaliñado de nuestros trajes, venimos simplemente á pedirle si podría prestarnos, por esta noche, algunas prendas de corte más elegante. Nos es casi imposible,

ya lo comprende usted, entrar de blusa y de gabán bajo los artesones de esta suntuosa residencia.

—Mas yo no poseo—dijo Carlos,—cuatro trajes negros.

—¡Ah!—dijo Colline—nos arreglaremos con lo que haya.

—Vean ustedes, pues—repuso Carlos abriendo un armario bastante bien provisto.

—Pero si aquí tiene usted un arsenal completo de elegancias.

—¡Tres sombreros!—dijo Schaunard extasiado; —¿se pueden poseer tres sombreros cuando no se tiene más que una cabeza?

—Y las botas—dijo Rodolfo.—¡Mirad!

—¡Qué si hay botas!—gritó Colline.

En un abrir y cerrar de ojos había escogido cada uno un equipo completo.

—Hasta esta noche—dijeron despidiéndose de Barbemuche;—las damas se han propuesto estar deslumbrantes.

—Pero—dijo Barbemuche echando una ojeada á la percha completamente desguarnecida,—no me dejan nada para mí. ¿Cómo voy á recibirles?

—¡Ah! en cuanto á usted—dijo Rodolfo,—es indiferente, usted es el dueño de casa; puede dejar á un lado la etiqueta

—No obstante—dijo Carlos,—sólo queda una bata, un pantalón con pie, un chaleco de franela y unas zapatillas; todo se lo llevan ustedes.

—¿Qué importa? Queda usted excusado de antemano—respondieron los bohemios.

A las seis, estaba dispuesto un espléndido banquete en el comedor. Llegaron los bohemios. Marcelo cojeaba un poco y estaba de mal humor. El

joven vizconde Pablo se acercó presurosamente á las damas y las condujo á los mejores sitios. Mimí vestía un traje de alta fantasía. Musette iba compuesta con un gusto provocativo. Eufemia parecía una ventana de vidrios de colores, y no se atrevía á sentarse á la mesa. La comida duró dos horas y reinó en ella la más cordial alegría.

El joven vizconde Pablo pisaba con entusiasmo el pie de Mimí, que estaba á su lado, y Eufemia repetía de todos los platos. Schaunard se deslizaba entre pámpanos. Rodolfo improvisaba sonetos y rompía las copas marcando el ritmo. Colline hablaba con Marcelo, que seguía malhumorado.

—¿Qué tienes?—le decía.

—Sufro horriblemente de los pies y esto me cohibe. Este Carlos tiene un pie de mujer.

—Entonces—dijo Colline,—bastará que se le dé á entender que esto no puede continuar así, y que en lo sucesivo se ha de hacer el calzado algunos puntos más ancho; traquilízate, ya arreglaré yo esto. Pero pasemos al salón, á donde nos aguardan los licores de las islas.

La fiesta volvió á reanudarse con mayor brillantez aun. Schaunard se puso al piano y ejecutó, con una prodigiosa inspiración su nueva sinfonía: LA MUERTE DE LA NIÑA. La hermosa MARCHA DEL ACREEDOR obtuvo los honores de la triple repetición. Quedaron rotas dos cuerdas del piano.

Marcelo seguía siempre de mal talante, y como Carlos se le acercara para quejarse de su comportamiento, el artista le contestó:

—Señor mío, nosotros no seremos jamás amigos, por la siguiente razón. Las diferencias físicas son casi siempre seguro indicio de diferencia mo-

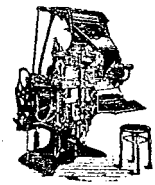
ral; la medicina y la física están de acuerdo sobre este punto.

—¿Así, pues?—dijo Carlos.

—Así, pues, prosiguió Marcelo mostrando los pies, su calzado, excesivamente estrecho para mí, me indica que no tenemos el mismo carácter; por lo demás, su fiestecita ha estado agradabilísima.

A la una de la madrugada, los bohemios se retiraron á sus casas, dando largos rodeos. Barbemuche se sintió indispuesto y pronunció discursos insensatos á su discípulo, que, por su parte, soñaba en los azules ojos de la señorita Mimí.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Compuesto con las máquinas "Linotype"
de la última

El Anuario de la Exportación
Industria y Comercio (S. A.)
Paseo S. Juan, 54 Barcelona